

# LA CIUDAD DEL VICIO

## BIBLIOGRAFIA

MEMORIAS DE RAUL BRANDÃO: 1.<sup>er</sup> volumen, 2.<sup>a</sup> edición.—Enero de 1900.—Julio de 1910.—Edicão da Renascença Portuguesa.—Porto, s. a.

Lopes d'Oliveira: *Intellectuaes*; III.—*Fialho d'Almeida*.—Folleto de 108 páginas.—Coimbra, Casa Europa Editora.—1903.

Vizconde de Vila.—Moura; *Fialho d'Almeida*.—Edicão da Renascença Portuguesa.—Porto, 1917.

IN MEMORIAM.—*Fialho d'Almeida*.—Organizado por Alberto Saavedra e Antonio Baccadas.—Porto, 1917.

Fidelino de Figueiredo: *História da litteratura portuguesa realista (1871-1900)*.—(Véase el capítulo x, páginas 260 a 268 y 291 a 294).—Lisboa, 1914.

Dr. Mendes dos Remedio: *Historia da litteratura portuguesa, desde os origens até a actualidade*.—(Véanse págs. 644 a 646).—4.<sup>a</sup> Edicão refundida: França Amado, Editor, Coimbra, 1914.

Vizconde de Vila.—Moura e Antonio Carneiro: *Grandes de Portugal*.—Edicão da Renascença Portuguesa.—Porto, 1917.

# LA CIUDAD DEL VICIO

NOVELAS Y CUENTOS POR FIALHO  
D'ALMEIDA, TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO  
DE ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO



BIBLIOTECA NUEVA  
MADRID

\*

## FIALHO D'ALMEIDA

### I. LA VIDA ATORMENTADA DE FIALHO D'ALMEIDA

**F**IALHO d'Almeida era uno de esos temperamentos reconcentrados, ardientes, comidos de odios y de rencores, viéndose siempre perseguidos y vejados—aun en el caso de ser triunfadores, como era el caso de Emilio Zola... Esos temperamentos producen los fanáticos, saturados de odios y de miedos, y son en el catolicismo los Pedros de Arbués y los Torquemadas, en el protestantismo los Calvinos, en el racionalismo los Volney y los D'Holbach, en la literatura los Rousseau; gentes sin serenidad interior, sin esa *acquiescentiâ in seipso* que pedía Spinoza al filósofo; gentes un poco sórdidas, roídas de luchas internas, viviendo siempre en acecho del prójimo, morbosos caracteres que se sustentan de menudas manías persecutorias...

Yo no los acepto ni los comprendo (en cuanto que comprensión implica tolerancia) esos temperamentos; pero psicológicamente me los explico. Si hay un caso en que la explicación venga llana y

## F I A L H O      D ' A L M E I D A

sencilla a la mano, es el caso de Fialho d'Almeida. Fué un atormentado, un martirizado desde niño. Bebió muchas lágrimas y sorbió muchas amarguras desde la cuna; luego las vertió en sus obras, empapadas de llantos, gemidos y más aún de dicterios y de imprecaciones. Estuvo sometido desde niño a la miseria negra y «maltrapilho» de la ínfima mesocracia rayana en la plebe. Portugal es un país misérrimo y la familia de Fialho era de las más pobres de Portugal... Toda la vida de Fialho prosigue luego como un combate constante y trágico con la miseria, con la escasez, con la mediocridad. Ni por la literatura, que le dió tanta reputación, llegó a redimirse de la penuria. ¡El, que se sentía por dentro un alma de príncipe italiano, bregando fatal e irremediabilmente hasta los últimos años de su vida, con la pobreza, con la bohemia negra, con la sordidez de los trajes, con la mezquindad de los tabucos que habitaba y con la ruindad de las comidas que ingería!... Habría muchos días en el que Fialho no pudiera comer más que esa ración de *peixe* frito que por dos *vintems* unos hombres negros o unas *varinas* garridas dan en las freidurías del *Poço do Borratem*, o en las callejuelas que desde allí arrancan, formando en su laberinto angosto y maloliente el barrio de la Morería...

Nació en 1857 en el silencioso rincón del Alentejo que se llama Vila de Frades—nombre simbólico para producir un rebelde, Villa de Frailes antaño, almáciga ahora de noble rebeldía—en plena *charneca*, en el corazón de Portugal. Era hijo del

## L A C I U D A D D E L V I C I O

humilde maestro de escuela del villorrio; el clásico maestro que, en Portugal como en España, mísero y hambriento, es blanco de la vaya y mofa castellanas, de la *troça* grosera y *relas* lusitana, por comediógrafos y zarzueleros... *um mestre-escola da terra*, dice el propio Fialho, que nos ha descrito a su padre con colores de tinte sombrío. Era un «tipo de santo austero en un alma de soñador»... Toda la familia de Fialho había sido humildísima; venía de progenie labradora... En la *Tragedia de un hombre de genio oscuro* parece describirse a sí mismo, cuando dice poniendo en su pluma todo el veneno que su alma destilaba: «Todos los hermanos de mi madre cavaron la tierra y aún hace pocos años el sepulturero de V... era mi pariente... De aquí viene, sin duda, mi odio a los ricos. Al primer abordaje no puedo esquivarme de pensar que hay en la fortuna de ellos, superfluo, el quiñón de mi familia miserable...»

La bella frase, bien torneada y burilada, envuelve todo un sistema de odios y toda una concepción de la vida, inherente y peculiar a Fialho. Nacido en pobre casucha de adobes, construída por picapedreros de su casta, había de incubarse en su alma de niño odio a las clases elevadas. Quizá en el fondo la aversión que sintió siempre a Eça de Queiroz no fué más que envidia, envidia social, hacia el mozo bienquisto en la buena sociedad; hacia el mozo *yanota* que vivía en el extranjero, que sólo aparecía por Lisboa de tarde en tarde a exhibirse; cuyos amigos eran los fidalgos más ricos o más entonados de Por-

## F I A L H O D ' A L M E I D A

tugal; el Marqués de Soveral, el Conde de Arnoso, el Conde de Sabugosa, toda la *roãa chic*...

Desde la niñez tiene Fialho clavada en la retina la visión afrentosa del niño despreciado por sus compañeros de colegio más ricos. Toda la amargura que rezuma la obra *fiathesca* se explica con esta infancia áspera y hostil. A los seis años, el padre, tal vez realizando un esfuerzo supremo, lo trae internado al Colegio Europeo, entonces en el *Largo do Conde Barão*; allí entre los insultos y desprecios de los meninos ricos que le arrojan toda la intuitiva injusticia de los niños, pasa las primeras penas, siente los primeros dolores, esos dolores sordos de los niños que tan admirablemente han plasmado en sus novelas Daudet y Dickens...

La clientela del Colegio estaban reclutada, entre los niños de la burguesía de Lisboa; él era quizá, entre los colegiales, el de más humilde extracción... Y ni siquiera pudo permanecer mucho tiempo en el colegio. Aquella vida de estudio y de sujeción había sido para él, por anticipado y como en *avant-goût*, el resumen de todas las amarguras que luego había de sufrir en su vida de hombre, la sonrisa desdeñosa del fatuo hidalgo, el desdén marcado del *bacalhoeiro* enriquecido, el cinismo despótico que trata de humillar al débil, poniéndole el pie en la cerviz para hacerle entender su flaqueza y su inferioridad: todo eso debió sentir Fialho en el umbral de su vida, en aquel colegio situado en el barrio animado y comercial del Conde Barão, con sus callejuelas y «boqueirões» que salen a los muelles; *Boqueirão do Duro*,



## L A C I U D A D D E L V I C I O

*Boqueirão dos Fereiros, "Escandilhas da Praia.*

En 1872 abandona el colegio porque su padre no puede sostenerle en él ni pagar la mesada módica que pagaba. Entonces cesa para Fialho la feroz e injusta convivencia con sus condiscípulos, entre los cuales había sufrido tanto y había palpado tan a las claras su dependencia e inferioridad social... Va a servir luego en una farmacia, como dependiente mal tratado y mal retribuído. ¡Qué triste debió de ser para Fialho esa época de dependencia, sintiéndose ridículo mancebo de botica, él que dentro de sí advertía ya la llama creadora del genio literario!... Así como Daudet contó en *Petit chose* las amargas de su adolescencia cuando sirvió de profesor en un colegio privado, creo yo que Fialho quiso reflejar en el *marçano* que nos pinta en su hermoso cuento *Oroubo*—contenido en esta colección A CIDADE DO VICIO—algo de sus amargas de mancebo de botica, y debió al escribir esas páginas poner en ellas cierta emoción autobiográfica, aunque disfrazada bajo el velo de la narración novelesca. Fialho fué, pues, por algún tiempo de su vida, un dependiente de farmacia como aquel que tan admirablente nos ha trazado Flaubert, en *Madame Bovary*. ¡Cuáles no debieron ser las bajezas y humillaciones que allí sufrió, en la trastienda de la botica, bajo la mirada inquisitiva del amo y sometido a convivencias de gente rahez e inferior a su nivel moral y mental!... Practicaba (digamos la palabra técnica) en la farmacia, seguía los cursos de Medicina, alternando las clases con los servicios de aquella dependencia mercantil que se

## F I A L H O D ' A L M E I D A

disfrazada con el señuelo de ayudantía de trabajo de laboratorio... Es menester oírle a él mismo su calvario cuando narra las cuitas que cuesta ganar el amargo pan del salario: *tão de theringa elle e que o nosso povo diz que o diabo o amassou*, dice comentando esta época de la vida de Fialho un biógrafo suyo, el Sr. Lopes d'Oliveira.

Oíidle al mismo Fialho narrar, en la autobiografía inserta en el volumen A ESQUINA (1910), su etapa farmacéutica en aquellos años de adolescencia, cuando la sensibilidad está en carne viva y se sienten más acerbadas las heridas que nos infiere el mundo..

«Y allá voy a pudrirme siete años en una botica, una botica que era la proyección agravada de la existencia del colegio, con una clausura más rigurosa, una fatiga física más fuerte y considerables empeoramientos de trato y de convivencia, de los cuales aún hoy no me puedo acordar sin crujir los dientes de despecho... Durante siete años de emplastos y de píldoras, nadie puede imaginarse los tormentos que sufrí... Me daban tres horas, los domingos, para oxigenarme los pulmones, cansados de respirar hedores de drogas y hierbas podridas; mi alimentación era una bazofia que sobraba de la comida de la familia del patrón y que apenas podré comparar, como nutrición y aspecto, a los peores ranchos, que los soldados distribuyen en los cuarteles a la pobretería... Dormía en un cuchitril de seis palmos de ancho por veinte de largo y diez de altura; en un jergón metido en una especie de gaveta que cada mañana volvía a introducirse en la

## L A C I U D A D D E L V I C I O

pared, y de la cual tantas veces pedí a Dios me tallase un ataúd para acabar de una vez con mis grotescas calamidades... La rebotica donde yo practicaba, era tan vieja, oscura, infecta y desnuda de adornos, que aún hoy me sorprende la pujanza vital de este arcabuz de cuerpo que pudo resistir siete años aquel infierno de ratones, piojos, miseria alimenticia y rancias aromáticas de ungüentos prehistóricos...»

Sigue la carrera de medicina sin duda con ánimo de ejercerla, para emanciparse de aquella dependencia grosera de la farmacia. Mas pronto le sobreviene una desgracia; la de la muerte de su padre, que le arranca del laboratorio farmacéutico «donde le minaban el tedio y un ansia de libertad insaciable.» En su cuento *La Tragedia de un hombre de genio oscuro* escribe él, con palabras en que no hay más que sustituir los pronombres posesivos de tercera persona por los de *primera*; ¡tan transparentemente autobiográficas son!... «El fallecimiento de su padre, obligándole a abandonar botica y estudios para ir a ayudar al bienestar de los suyos, amenazado terriblemente por aquella muerte que les dejaba a las puertas de la miseria...» Ese año de regreso a la vida sencilla de aldea, ejerció en el espíritu de Fialho una saludable influencia. El mismo Fialho escribe evocando ese año de vida campestre: «Una nostalgia del campo acude al espíritu de quien, como yo, tiene acá dentro, bajo las envolturas postizas de un pensador y de un articulista, el alma cándida, contemplativa y simplona de un aldeano arrancado al cultivo de sus campos y de un labra-

dor cautivo que en todos instantes suspira por la reja del arado...»

Después de ese año de reposo, vuelve a Lisboa a terminar los cursos médicos, y convencido de que la desgracia se había cebado en la familia y de que nadie le podía ya valer, decidióse a bastarse a sí mismo. Vivió entonces de alguna colaboración suelta por Diccionarios y pequeñas hojas literarias. Habla él siempre de sí mismo, embozadamente, en tercera persona, a través de ese cuento que, para ser autobiográfico, tiene un título inmodesto en demasía: *La tragedia de un hombre de genio oscuro*. Dice que vivió de esa colaboración «y de las lecciones que iba dando a la hora en que sus condiscípulos holgaban, descuidados, felices, bien comidos, bien vestidos, ignorando el martirio del pan ganado a *patacos* y los prodigios de energía heroica consumida en vencer economías de cigarros y de cenas, y en desaparecer, en fin, de todas partes donde el éxito ocupa lugar y donde podría notarse nuestro traje viejo, nuestra pelambreira crecida y nuestras botas roídas por los tacones ...»

¿Compréndese ahora la tristeza de Fialho y con cuan legítima queja le ha oído decir Raul Brandao: *O que eu soffrí! O que eu soffrí!...* («¡Lo que yo sufrí, lo que yo sufrí!...»)? Desde el año 1857 en que nació, hasta el año 1912 en que murió, puede resumirse su vida en esta frase: fué un continuo padecer...

## II. EL ASPECTO LITERARIO DE FIALHO D'ALMEIDA

Hay artistas que han nacido para entregarse a su arte como a una faena devastadora y cruenta; que les va agotando de día en día, lentamente, como un sacrificio cotidiano; hay otros que se entregan a él como a una fútil y liviana distracción, como a un descanso en el tráfago de la vida, como a un flirteo risueño y entretenido. Aquellos son los crucificados del arte, los que Edmond y Jules de Goncourt han desmenuzado con ferocidad sádica al autobiografiarse en su famoso *Journal*.

Los unos vótanse al arte como a una esposa exigente, esclavizada e insaciable, *sed non satiata*; los otros balancéanse y se mecen en él como en los brazos de una indolente y frágil amante que ni exige fidelidad ni reclama pasión profunda, sino que se contenta con leve y fugaz afección, emanada de la simpatía. Para aquellos, el arte tórnase a la larga un tirano terrible que no compensa con la realización de obras bellas las torturas y los esfuerzos a que somete—porque suelen ser esos crucifixos del Arte los menos satisfechos de su obra;—para estos últimos, el Arte es un amable compañero que encanta y

ameniza la vida. Eça de Queiroz era de los atormentados por el arte, de los que en él tuvieron a la vez su ídolo y su *bête noire*; de los que se apasionaron con pasión ciega por ese Moloch devorador, sacrificando a él vigiliando, amenidades y dulzuras del vivir, de los que aspiraron a una prosa *como ainda nao ha*, según confiesa su «idealización literaria»; Fradique Mendes... En cambio, Julio Diniz que, como el mismo Eça decía, *viveu de leve, escreveu de leve, observou de leve*, es tipo de los segundos, de los que toman el arte por pasatiempo y superficial *scherzo*.

Pues lo curioso de la contextura literaria de Fialho d'Almeida es que pertenece a la vez a uno y otro grupo. Por la intensidad y esfuerzo que pone en el trabajo es un torturado del estilo, un devoto, un crucificado de las letras, a quien la palabra, el depurado refinamiento de la palabra, le arranca gritos de dolor; está en potro de tormento para bruñir, pulir, taracear y repujar los períodos; mas, por otra parte, largas etapas de indolencia y de *dolce far niente* meridional parecen adscribirle al otro grupo, al grupo de los que toman el arte por un *scherzo*, por un episodio... Eça de Queiroz, entregado a faenas consulares, no sufragando su vida con el cultivo del arte; pasa, sin embargo, la existencia trabajando; Fialho, en cambio, que del arte come, que se sustenta del «pie de altar», como se dice de los sacerdotes, pasa temporadas sumido en la pereza negligente de un napolitano, haciendo vida de *vadio* (holgazán), lisboeta, de café en café y de *tabacaria* en *tabacaria*, murmurando, flaneando, flirteando, viendo correr la vida, sin producir una sola página y vagando por las esquinas

## L A C I U D A D D E L V I C I O

de la vieja Lisboa... Un libro suyo, de los más interesantes, tiene un título que es característico de su temperamento, A ESQUINA, como representación del espíritu holgazán y callejero que era el autor... Y este libro fué precisamente publicado después de diez años de holganza, que habían transcurrido desde la publicación de los últimos fascículos de OS GATOS, la revista satírica similar a AS FARPAS; diez años de retiro y silencio literario en el natal Alemtejo...

Así se explica que Fialho haya dejado una obra inferior en cantidad a la de cualquiera de sus contemporáneos; y que en sus treinta y cinco años de producción literaria solo haya publicado menos de una docena de libros... Cuando tenía que esforzarse por ganar el sustento con la pluma, hubo de ser forzosamente más fecundo y pródigo; en cuanto Dios, por conducto de su esposa, le proporcionó ociosos ricachones en su heredad vasta y frondosa de Cuba (Alemtejo) Fialho se abandonó a su natural propensión. Juan Pablo Richter, el humorista alemán, decía que la pereza era el estado natural del hombre; por lo menos era el estado natural de Fialho.

Casó Fialho, en su madurez casi crepuscular, con una prima rica que había consumido su vida esperándole soltera; y luego volvía de cuando en cuando por Lisboa «a deslumbrar» con un nuevo y horrible traje. Raul Brandao, que nos cuenta esto, nos añade que no era ese el Fialho verdadero, sino otro extraño tipo intratable y pobre, el pelo ralo y la enorme boca llena de sarcasmos: ¡Qué bien lo dice Raul Brandao en una de las más bellas páginas de sus *Me-*

## F I A L H O   D '   A L M E I D A

*memorias*, en esa página que es una medalla admirable de Fialho d'Almeida: *Fialho não è este janota de palio rico, com uma joia tão grande que parece falsa na gravata de veludo!*... (Véanse las *Memorias* de Raul Brandao, págs. 61, 75 y 76.) No, Fialho no es ese *janota* que lleva «una joya tan grande que parece falsa en una corbata de terciopelo...» El mismo sentía *saudades* de esa vida absurda de otros tiempos cuando divagaba bajo la luna, *blagueur* y bohemio, en las correrías por burdeles y tabernas o en excursiones románticas a los barrios de Alfama, Morería y Graca, los tres barrios típicos de Lisboa... Era el Fialho que le decía a Raul Brandao: *¡Esta vida artificial de Lisboa, cómo siento allá su falta!*... o el Fialho que clamaba en noches trágicas de bohemia, en la peña de amigos del café **Martinho**:—*¡Lo que yo sufrí, lo que yo sufrí!*...

✱



### III. OBRAS LITERARIAS DE FIALHO D'AL- MEIDA

Todas las obras que ha dejado Fialho, puede decirse que son fragmentarias y truncadas; nunca llegó a producir una novela de gran aliento. En su libro de cuentos *A CIDADE DO VICIO* (*segundo livro de contos*), en la edición primera (Ernesto Chardron, editor, Porto, 1882) que hoy se traduce al castellano, anunciaba como en preparación una trilogía de novelas: *O seductor Meyrelles*, *A Fabrica*, *A Quebra*. Nunca llegó a publicarlas, ni tal vez a bosquejarlas siquiera.

Publicó solo libros de cuentos y dentro de ellos algunos que tenían proporciones de novelas cortas: como *O Morgado* o como *Madonna do Campo Santo*, (que excluyo de este volumen por sus dimensiones excesivas); como *A ruiva*, *O Antiquario*, etc. En cuanto a sus libros de crónicas y de crítica social, es curioso que varios de ellos tengan este subtítulo: *Fornal d'um vagabundo...* Así los dos libros *VIDA IRÓNICA* y *A ESQUINA* y el *BARBEAR, PENTEAR...* que fué publicado póstumamente...

Los libros de cuentos publicados por Fialho d'Almeida son: (*CONTOS* 1881), la primera de sus produc-

ciones, la que le dió a conocer al público, confirmando los presagios que ya había hecho concebir a los que hubieran leído su cuento *Funambulo de marmore*, publicado en 1877; después, con un año de diferencia, A CIDADE DO VICIO (segundo libro de cuentos), publicado en 1882, y que ahora se traduce al castellano; luego O PAIZ DAS UVAS (1893) publicado al cabo de once años de silencio en la literatura novelesca y por fin, en 1899, LISBOA GALANTE.

Como cuentista, Fialho es sin duda alguna el Maupassant portugués, que en colorida expresión representa personajes a los cuales da una vitalidad admirable y reproduce con relieve máximo paisajes de la ciudad o del campo. Pero hay otro aspecto en la producción artística de Fialho; es su aspecto de cronista y de crítico social, en el cual influyeron tanto las amarguras y dolores de su vida. Tal transcendencia tiene su vida en sus obras (y sobre todo los primeros años de su vida), que el Vizconde Villa-Moura no vacila en dividir su libro sobre Fialho d'Almeida en cuatro partes, dos de las cuales parecen derivación y corolario de las otras. Las dos primeras titúlense: *Cuba e Villa de Frades* y luego *A índole de Fialho*. Y las otras dos últimas *O pamphletario* y *O artista*. Cuba es la finca donde últimamente vivía; Villa de Frades la aldehuela donde nació; y en esos dos rincones del Alemtejo está toda la historia y aún toda la ideología de Fialho, con el intermezzo de sus estancias bohemias en Lisboa... que son la mitad de su vida. Y la índole del Fialho de madurez resulta de su infancia en Vi-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

lla de Frades, desamparado de toda suerte de recursos, viviendo la vida del niño humilde, pobre, la vida del paria, hasta que llega a cierta representación literaria y se redime un poco, poquísimo—porque su verdadera redención está en el matrimonio, cuando casa con prima rica, y cuida de su hacienda, de sus campos de habas y de sus viñas, tiempos de liberación económica para él, que ya le cogían desgraciadamente muy gastado, tiempos en que él decía a sus amigos en el Martinho:—*O que eu trato de editar è um vinhinho branco là' de Cuba...*

De sus tiempos combativos de polemista duro, de pamfletario violento, nos restan Os GATOS que nacieron en Fialho por un deseo de emular *As Farpas* de Ramalho Ortigao y Eça de Queiroz. Publicáronse Los GATOS desde 1889 hasta 1894 y a través de su colección, que ya es difícil de encontrar por Lisboa, se pueden recoger todos los aspectos de la sociedad portuguesa: los escándalos del alto mundo, los cohechos de la política, los crímenes de la literatura, los esperpentos del arte... No tienen el aspecto doctoral y dogmático que a ratos dió Ramalho a *Las Farpas*; tienen un aspecto más irónico y constantemente zumbador. Fialho es un pesimista terrible y un profeta condenador de la sociedad portuguesa, mucho más áspero y desenfadado aún que Eça de Queiroz; por eso no se concibe bien la pasión de los portugueses por Fialho y su resquemor con Eça, cuando a ratos, aquel fué más duro que éste con sus compatriotas... Muy avisadamente, dice el culto crítico F. de Figueiredo, en el capítulo X de su *Historia da litte-*

*ratura realista*; «Quien recorre *Los Gatos*, encuentra desde la primera a la última página, el desenvolvimiento de una concepción de la sociedad portuguesa, de todo su maquinismo funcional, de toda su vida moral, y mental en que sólo hay pesimismo y desdén...»

En este mismo orden de crítica social y de crónica alada, ligera, satírica, zumbona, Fialho escribió después de los cinco años y cinco volúmenes que *Los Gatos* vivieron, otros libros como *PASQUINADAS*, que contiene algunas duras apreciaciones acerca de Eça de Queiroz, a las cuales éste contestó en carta publicada en la *Revista de Historia*, n.º 9, 1914;—*PASQUINADAS* es de 1891; en 1892 publica *VIDA IRÓNICA*, que contiene algunas apreciaciones muy hispanófilas e iberistas, que yo he señalado en otro estudio sobre Fialho; en 1903 publica *A ESQUINA*, y póstumamente, recógense en colecciones de libros sus crónicas dispersas, sus artículos de crítica artística, sus burlonas sátiras de la sociedad portuguesa; y así surgen dos libros, tan leídos, tan agotados, que hoy son casi *introuvables* en las librerías de Lisboa; dos libros ornados con los títulos pintorescos que amaba Fialho: *BARBEAR, PENTEAR...* y *SAIBAM QUANTOS...*

Como cuentista, ya lo he dicho, Fialho es el *Maupassant* portugués, el maestro insuperable de este género. A más de una gran originalidad en los asuntos, se aprecian en Fialho dos cualidades eminentes: una formidable visión plástica, solo superada por Eça, y una ardiente imaginación evocadora, «con accesos de lo que llamaremos alucinación colorista»,

## L A C I U D A D D E L V I C I O

dice un ilustre crítico lusitano. Realmente, Fialho a ratos se embriaga de color, es un borracho de luz; y otras veces es un nocturno, un fúnebre, un artista a lo Rembrandt, a lo Rops, a lo Goya... Posee un estilo nervioso, irregular, descompuesto, inharmónico, a ratos con fulguraciones geniales y otras veces con desviaciones de colorista mórbido y hasta con escapes de un mal gusto atroz... Si hay un novelista a quien del todo recuerda, es al Huysmans primitivo de *Les Sœurs Vatard*.

De todas suertes, Fialho d'Almeida es un formidable maestro, un escritor popular y estimadísimo en Portugal y un escritor casi totalmente desconocido en España, país que él tanto visitó, conoció, amó y enalteció... Pienso, pues, que merece la pena de ser revelado al público español, amante de las buenas letras, como una de las fisonomías literarias más originales e interesantes de la literatura portuguesa a fines del siglo XIX y principios del siglo XX; como uno de los maestros de que, como de Garrett, Camillo y Eça, se puede enorgullecer Portugal.

*Andrés González-Blanco.*

Lisboa, en el Café Martinho; Enero 1920.



## SINFONIA DE OVERTURA

**I**NSOPORTABLE la vida en Lisboa;—el termómetro subiendo sin atender a las súplicas, subiendo y pudriéndolo todo; los despojos subterráneos y la frescura de las mujeres, la carne de venta al por menor y la carne de alquiler, los artículos de los periódicos diarios y los artículos alimenticios!... En Lisboa se suda mucho, por la piel y por los criados... Y a veces, bajo el influjo de una hora de sol o de publicidad, cualquier persona se arriesga a quedar con la ropa chorreando agua y con la reputación hecha añicos...

En el verano, semejante fenómeno se exagera con violencias ecuatoriales; ni helados ni discreción, logran atenuarle los ímpetus... No hay más remedio que padecer o marcharse. Yo me marché..

¡No imaginan qué sencillez holandesa de *toilette* y qué frescura de linos, visibles en chaquetas sin forro y en pantalones sin forma!... Botones de madreperla del diámetro de relojes, altas polainas atándose a la pierna por correas en cruz, el cinturón de cuero con

calabaza para el agua, sombrero tirolés y bordón herrado, teniendo la mochila colgada en la punta... Además de esto, excelente salud, poco dinero, mucha alegría y ningún peso de conciencia... Magnífico, ¿no es verdad?, ser joven y saber despreciar a los tontos. En estas digresiones de andarín solo me entristece no llevar alguien al lado...

Tengo amigos, pero son los peores enemigos de que doy fe; y por esos cafés, tabaquerías y alamedas, dándonos el tuteo de leal camaradería, ofreciéndonos puros, riéndonos y enlazando los brazos, es de ver con qué risueña perfidia nos sabemos detestar recíprocamente... Esta hostilidad sagaz, enguantada y fina, que se llama ahí confraternización literaria y bajo cuya égida se dan comidas en el Gibraltar (I), elogios en las gacetas e impagables maledicencias en cónclaves recónditos, no pasa de ser un juego elegante, ganado por los que saben reír y siempre pagado por los que se ponen verdes de cóleras refrenadas...

Resumiendo, partí solo... Junio... ¿ya saben?... cuando empalidecen los trigos espigados y secos, las cigarras chirrían en los olivares y el azul es cáustico... Comienzan por la provincia en ese tiempo romerías a las ermitas rústicas y las ferias de ganado llaman a la turbamulta de los labradores y mayoresales...

(I) Por una coincidencia realmente curiosa y no buscada por mí, es en el *Café-Restaurant Gibraltar* donde una noche de Enero y de *Iuar* clásico portugués, comienzo la traducción de este libro. El *Gibraltar* es un típico *Café-Restaurant* frecuentado mucho por marinos que vienen del próximo *Caes de Sodré*. Está en el propio *Caes de Sodré*, con vuelta a la *Travessa do Corpo Santo*.—N. del T.



## L A C I U D A D D E L V I C I O

Fuera de puertas aún salían escasos mobiliarios de la *Baixa* (1), camino de la oásis burócratas: Siete-Ríos, Campo Grande, Bemfica y Lumiar, en que todo buen oficial del Estado, mercero enriquecido o tísico pobre, va a tonificarse con el buen aire de los campos sin abandonar, no obstante, sus menesteres de *intramuros*.

El tifus ya hacía propaganda por esos barrios en las alas del miasma surgiendo de todo aquel conglomerado; de los decretos en sordina, de las conciencias gangrenadas, de las loterías de la Misericordia, (2) de los cuarteles, de los tribunales y de las alcantarillas...

Teatros cerrados, librerías con moscas, todo fatigado; y soldados parándose en las esquinas a deletrear grandes carteles que anuncian: *El Hereje*, *Las Máquinas de familia* (?), *La Orgía*, y *El Fiacre número 13*, que según me cuentan es revolucionario también... ¡y tremendo, con mil diablos!...

El campo en Junio se despoetiza en el país cerealífero. Grandes zonas amarillentas de mies, pastos secos revistiendo la pocilga, barrancos sin pozo de agua, zarzales dejando colgar las moras en racimos, y toda la legión de aves emigratorias que acaban de cruzar el estrecho: tórtolas, cigüeñas, cucos... En los

(1) Llámase en general a *Baixa* toda la ciudad reedificada por el Marqués de Pombal después del terremoto; toda la parte baja de Lisboa, a orillas del Tajo.—T.

(2) Llámase así a la lotería nacional portuguesa que el Estado patrocina y cuyos ingresos destinanse a la Casa de Misericordia, edificio anejo a la Iglesia de S. Roque, en Lisboa.—*N. del T.*

## F I A L H O D ' A L M E I D A

montes de roca, irrumpen pájaros entre los peñascos calvos; los jazmines dan flores en espiguillas largas; asciende la viña por encima de los árboles, vistiéndolos los troncos con pámpanos esplendentes; están hinchadas, metálicas y redondas de follaje, las higueras picadas por los primeros caparrotas... Y al margen de las riberas, en las tierras grasas y fangosas, los melonares se expanden en frutos de meridianos finos, trazando de antemano las bellas tajadas que han de partirse en las sandías rojas y frescas, y en esos ricos melones de olor, que en las comidas de ceremonia a tanta persona sería han comprometido... Después, calabazas, «frailes», descansando en el heno al borde de los regatos y picando la monotonía de los surcos celulares que van rastreando en la tierra reseca de las huertas... Todos los pomares maduros y naranjos floreciendo en frutos nuevos y mostrando aún colgantes los frutos viejos; la interminable colonia de las ciruelas y pasas; los albaricoques de pieles blandas y contactos aterciopelados; la pera ventruda y monótona de cáscara; la guinda y la cereza tan pintorescas y picantes para el paisaje y para el paladar... ¡Y cerrando el cortejo... los melocotones!...

Adoré a una mujer que gustaba de ellos y tenía una gracia infinita al morderlos con sus blancos diente-citos de roedora... Si cogiéndole la barba con la punta de los dedos, dulcemente la forzaba a inclinarse toda en el respaldo de la silla, para depositar algún secretito irritante en la concha rosada de la oreja, su boca roja goteante de los jugos perfumados

## L A C I U D A D D E L V I C I O

matábame de sed y me enloquecía de amor... ¡Pobre quincallera rubia!... Tamaña ferocidad la poseía ante esos frutos voluptuosos y cálidos, que una vez engullóse los huesos y salió para el cementerio...

En su nicho, como lección a los incautos, viridesciente melocotonero todos los años se carga de frutos, brotando de ese cuerpo que fué vaporoso como una desnudez de Fragonnard y blanco con la inexplicable blancura que se diría hecha con las primeras *nuances* de la hortensia, plumajes del vientre de las cigüeñas y corazones de rosas blancas...

Como peregrino que va de lugarejo en lugarejo y de cabaña en cabaña, en busca de alguien que se le escapa, así de bordón y esclavina como la bella doña Auzenda, yo me aventuro por esos campos y tierras, echando la siesta en los molinos, conviviendo con los bueyes leales, pernoctando en las eras bajo el mirar de las estrellas, pasando a vado los ríos, cruzando carreteras y deteniéndome a coger en las horas de sed tórrida los madroños bravíos de las espesuras... Esta existencia de gitano me reconforta y me endurece. Tengo la piel tostada, crecida una gran barba y los músculos de las piernas y los brazos estirados como un acero de recio temple... Como el córneo cacho de pan de los cavadores y la sardina arenque con una bota de vino álemteja no encima... No leo periódicos; lo cual ex-

plica la singular lucidez que en mí reflorece a momentos.

Todas las mañanas, el sol me encuentra de sombrero en la mano y dando silbidos de mirlo, en las prominencias adustas que los valles dominan, como púlpitos sobre las naves rumorosas de los templos... En derredor de mí desgárranse los vapores de la niebla matinal; serranías confusas a lo lejos; hayas, álamos y plátanos dibujan la curva sinuosa de las riberas, donde el rebaño converge a beber despacito, despacito, en un ritmo de cencerros distantes... Y sobre manchas verdes de vegetales rastreros, trechos de mies madura, cañaverales y huertecillos, andan esparcidas, en pulverizaciones de blanco, las casitas de montes, aldeas, molinos y conventículos...

Los gallos tocan alegremente la alborada; van allá abajo trabajadores de sombrero ancho y alforjas; todo canta: sol, gallos, aspas de los molinos, gente que pasa, quien vuela en los aires, quien salta en las ramas, quien de piedra en piedra corre en el fondo de los barrancos verdes, quien en los hilos telegráficos vibra, y hasta quien llora; ¡tan fantástica es la resonancia de esta cúpula cerúlea, extasiada en la luz del sol occidental!

En la travesía emprendida, apunto las diferencias de tipo, los usos, el énfasis del lenguaje, los vestuarios, las habitaciones, los procedimientos decorativos del interior, la hospitalidad para los extraños, el color de la piel y la vivacidad ingénita de cada pueblo y cada provincia... Hay cuentos populares que

## L A C I U D A D D E L V I C I O

comienzan con tono devoto en el Minho y acaban con tonò equívoco en el Algarve. (I)

El tono de las canciones, en que se sorprende la índole, las creencias y el íntimo vivir de las gentes, decae en alegría del Norte al Sur y de Occidente para Oriente, a medida que nos vamos apartando del agua y que la vegetación es más seca y la tierra más árida y menos caudalosos los ríos y más distante el océano...

Comparo *La Cañita verde*, el *Verdegay* y las farándolas del Miño y del Duero, con la monotonía impregnada de tristeza, vagorosa y fúnebre, de las canciones del Bajo Alemtejo y siento a través de ellas el país extendiéndose en zonas de cultivo cada vez menos intenso: en el Minho las risueñas vegas empapadas de agua, completamente cultivadas, verdes radiantes a la luz de un sol claro, húmedas de bruma matinal, toda la erupción de la vida dispersa en palpitaciones por una población enorme y fecunda, que es bella y sana, con el instinto colorista, visible en sus trajes garridos y chillones, que da a ese paisaje exuberante accesorios maravillosos;— en el Alemtejo, pocilga casi siempre árida, interminable, abrasada por el sirocco, reverberando en el verano ardores mortales, en una luz cruda que va quemando implacablemente las epidermis y los ojos... Y aquí comienzan las dificultades de la vida

---

(I) Será ofender la cultura del lector español no suponerse enterado de la geografía peninsular y recordarle que el Minho y el Algarve son respectivamente las dos regiones extremas de Portugal: el extremo Norte y el extremo Sur.—*N. del T.*

## F I A L H O     D '   A L M E I D A

por la inclemencia hostil del medio, faltan los pescados que son hartura y felicidad, faltan la carne, las ricas hortalizas, gran parte de los frutos...

Diluída en esa área formidable, la población es rara, dejando la agricultura sin brazos. En ciertos parajes, la raza está mal cruzada por la fatalidad de los casamientos consanguíneos, impuestos por la distancia que media entre poblado y poblado, y aún porque casi siempre, aldeas y villas tuvieron por núcleo una familia o dos, debilitándose la descendencia por la mala alimentación y por la regresión a un mismo tipo uniforme, de ciertas en ciertas generaciones... Otra vegetación implantada en otro suelo, comenzó a surgir, sin embargo, paso a paso, un día no sé cuando, después de largo caminar... Centelleaba a lo lejos un espejo cáustico, movedizo y sin marco. Apareció el pinar, primero en masas informes, después escaseando, en las avanzadas contra la gran arena relampagueante de las dunas. Mudaba el clima, endulzándose de humedad salada, de los olores de la marea y de las resinas del bosque... Y siempre ante mí esa coruscación del agua sin término, espumeando en las crestas... y teniendo a trechos mosaicos de azul y oro. En la altura en que iba me detuve conmovido, mirando por un momento la feérica decoración así extraordinariamente impregnada de luz... Y me quité reverentemente el sombrero para saludar al Océano...

La convivencia del mar, profunda y amplia, ha-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

ce-al hombre bueno y sencillo de espíritu, por la contemplación de esas superficies tranquilas y azules, imagen de la pureza y de la fuerza, sobre las que los ojos vagan idealmente como madreperlas de verano... Hay en el mar un mundo extraordinario de seres pintorescos y fecundos, recortados en las formas más caprichosas y llenos de los más bellos cambiantes... Y las poblaciones litorales, risueñas entre las rocas y la arena, con las sucursales flotantes de los barcos de pesca y de las redes, ofrecen a los nervios del turista, finas sensaciones que le compensan de la vida cardíaca de los centros cultos, que hace viejos a los hombres de treinta años y cínicos a los que aún no tienen barba... Porque estamos en un período seco, analítico y vertiginoso, que lleva a la locura a los más delicados y a desalientos seniles a los más robustos... No contentos con diseccionar a otros, con desmenuzarlos por una especie de sensualidad, en lo íntimo de sus sensaciones, de sus ideas, de sus vicios y de sus males, vamos también poniendo al desnudo por el escalpelo, nuestro organismo, víscera a víscera, nervio a nervio y vaso a vaso, buscando el secreto de la vida en las experiencias del anfiteatro clínico, queriendo sentir por el refinamiento de describir la impresión, queriendo sufrir para viviseccionar nuestros dolores, en una crueldad inconsciente que mata y mata...

Veán las obras de arte moderno. Se desvaneció la idealización translúcida de los bellos cuerpos perfectos y blancos, se desvaneció el aristocrático refinamiento de las pasiones académicas y nobles, en que

## F I A L H O D ' A L M E Y D A

las figuras ostentaban, en los cuadros, en las estatuas, en los poemas y en las novelas, actitudes gloriosas, armónicas, reguladas y altivas. Por ellas sólo lo bello vivía, eran héroes los hombres, la vida no se convulsionaba en miserias torpes, el propio vicio era bello y la desgracia simpática... ¡Ahora no!... Cada artista fija en el lienzo, en el libro o en el mármol, lo que ve, y a veces lo que solo consigue alcanzar por un iluminismo interior, puesto al servicio de resolver algebraicamente el complicado problema psicológico...

Dejando de consagrarse exclusivamente a los felices de este mundo, nobles, opulentos y reyes, para descender a la generalidad de las masas y de las clases bajas, la obra de arte, para ser útil, ha de ser sincera; y para ser sincera ha de copiar la vida laboriosa, mortificada y doliente de las poblaciones modernas, los talleres, las fábricas, los burdeles, la calle, los hogares tristes de burócratas y todos los empocilgamientos de la promiscuidad mendicante, cubierta de parásitos y de pústulas; esa vida que encallece las manos, atrofia los miembros, demacra las fisonomías, macera las epidermis y perturba el juego de la circulación, que hace del cerebro una monstruosidad patológica, por la actividad sin reposo que le imprime, debilitando las demás vísceras en provecho de su avidez de función, haciendo saltar chispas con el choque contra todo, esas chispas que, condensadas en cierto punto, constituyen el genio, de cuya exacerbación resultan la locura y la muerte.

Esta violencia del arte embota los sentidos de pri-



## L A C I U D A D D E L V I C I O

sa, gastando precózmemente los resortes íntimos de los espontáneos impulsos, de la abnegación, del sacrificio, del amor y del valor, convirtiendo al hombre en un ser artificial y mecánico, con puntos de vista escénicos en sus movimientos y en sus discursos, desconsoladoramente egoísta y cínico. No hay fuerza nerviosa que resista a este abuso de la vibración y hay días en que las ideas se nos barren, una ignorancia imbécil nos estrangula, y brumosas tristezas de cárcel vienen descendiendo sobre nuestros ojos y nuestros labios, en el letárgico cansancio que llega siempre, después de semanas de exagerada mentalidad. Quedamos entonces como sonámbulos, miramos sin ver, todo duele, una desesperación sorda nos tortura... Y el estómago no digiere bien, el pulmón nos niega su mecánica de fuelle, la sangre es tumultuosa, con una palpitación cortada de silencio, duelen las articulaciones, duélenos la cabeza, duélenos todo... ¡Es un ampulamiento sombrío, un odio contra libros, contra dioses y contra hombres!..

En estas crisis mórbidas del alma en la bestia, nada como la intimidad del agua para reconstituir y para reposar. Se crea en nosotros una limpidez provocada por la impecable serenidad del mar, extenso y liso como un espejo mágico. Cuando más, a veces, una elipsoide de espuma burbujea en el dorso de alguna aspiración más rebelde (deseo, orgullo refrenado, sinsabor o pasión), como la ola que, destacando pura de la gran masa, se orla de blanco al reventar en la playa...

¡Con qué quietud interior me extendí entonces

## F I A L H O D ' A L M E I D A

en las arenas, cubierto de polvareda, cubierto de azul y bendiciéndolo todo!... No me acuerdo en qué punto de la costa fué esto; pero era magnífico...

¡Qué amplitud de paisaje, qué prodigalidad de azul, qué luz irradiante!... Hacia un lado había agrupaciones plutónicas, rocas a plomo, agujereando en cavernas sonoras de la onda que iba y venía, chapoteando y refluyendo... Promontorios irregulares salían de la gran mole color de herrumbre, en trombas que se alargaban como para beber... A la izquierda, llanuras de arenas en forma de circo rebriaban a los latigazos del sol. Delante el mar y la duna cortando la retirada, por último, donde falanges de pinos vivaqueaban sosegadamente... Sobre un islote calvo como un pináculo, el faro salía del agua, negro en el cielo luminoso y se expandía en la plataforma de la linterna en troneras desmoronadas con agudas torrecillas en los ángulos...

Era así como un dedo de coloso sobre cuya uña roída, a gritos, revoloteando por centenares, aves marinas venían a posarse con temblores de alas, goelands, alciones, gaviotas, golondrinas del mar... Los pescadores lanzaban sus redes a lo ancho, cantando, venían sobre el agua campanadas de alguna campana misteriosa. Todo ese vivir feliz, sin rebeldías ni artificios, me conmovió por la sencillez, por la probidad y por la gracia primitiva y ruda... Tuve una áspera nostalgia, no sé de qué otra existencia vivida por mí, por mi padre o por cualquiera de mi raza, en no sé qué tiempos históricos y olvidados.. Sentía como una vuelta a la patria, reconocía las formas, y volvía a res-

## L A C I U D A D D E L V I C I Q

pirar en los aires perfumes amigos, que me intoxicaban una especie de alegría... Mi actividad era repartida entre las tripulaciones de los barcos de pesca, largas pláticas en el barracón de salvavidas, o arreglando redes a la puerta de las cabañas... Así yo aprendí a ver y a recomponer esos grandes lobos de mar, feroces y creyentes, con sus ojos pequeños de pupila inquieta, blusa azul sobre los hombros cuadrados, piernas desnudas, barba rala, ágiles y gigantes, con una profunda melancolía en el rostro. Las lenguas de la onda viven lamiendo la playa humildemente, como un perro fiel que halaga al dueño. En bandas, los chicuelos desnudos echábanse a rodar por la arena o hacían bullir el agua zambulléndose. ¡Y yo sin saber cuál era más puro y transparente, si el cielo o el mar!... A la noche recogía mis impresiones garrapeando en mi *carnet*, y a la palidez sonámbula de la luna, dormían las cabañas arrulladas por la voz del Océano y la linterna gigante del faro encandilaba a las aves del mar, haciéndoles suponer que rompía el alba...

Tres meses así. Cuando una noche desperté al estrépito de las olas; la bruma había venido, haciendo dislocaciones de humareda compacta, de color ceniza claro por los efectos de la fosforescencia, que hacía del mar un ponche en llamas, que al rumor del viento fuese removiéndose procelosamente... Y en rebelión el agua aullaba, chapoteaba en las cavernas, sollozaba, cantaba y reía... Playa adelante, despertados de repente, los pescadores gritaban en coro, no viendo a los barcos sujetos a la amarra... Iba a co-

*F I A L H O D A L M E I D A*

menzar el mal tiempo. Yo había pergeñado este libro en los ocios de la bella estación que moría. Y en esa mañana me marché...

## II

### LOS NOVILLOS

**V**ÍSPERA de San Juan en la aldea!...

Las doce campanadas acababan de dar en una cálida noche de estío, luminosa de luna y perfumada de heno... Nada más dulcemente tranquilo que la contemplación del paisaje de viñas y olivares que se gozaba en la ladera de la aldea, camino de la fuente... En la cima del ribazo, la fachada de la iglesia extendía sobre el azul pálido las agujas blancas de las torres, donde, por respeto a la santidad de la hora y de la víspera, ni las lechuzas soltaban pío...

Conforme a la costumbre, cuando sonó la última campanada, las muchachitas, a pelo, con guirnaldas de jazmines en el peinado, del cual colgaban ciruelas y peras de San Antonio, sayas cortas garridamente listadas de rojo, pies ligeros y un mariposear de canciones que avergonzaban en los campos a los ruiseñores de los zarzales, pusieron en la cadera las jarras de barro, y en parejas, trocando confianzas, descendieron por el sendero hasta la fuente. La fuente era el monumento de la aldea, con su ancho brocal de traza bíblica, buena piedra rayada por los

pedestales de los cántaros, amplios asientos de granito en derredor, para quien llegaba cansado, una duerna inclinada donde bebía el ganado y media penumbra trémula de pimenteros y sauces llorones...

En la víspera de San Juan, a media noche, el agua de las fuentes es sagrada, sagrada como los remedios eficaces, como la bendición nupcial que un cura viejo da a los novios, como los vestidos y los relicarios de las imágenes, como la cruz de los atrios desiertos, como los mastranzos (1) de las ermitas distantes, como los corderos ofrecidos como tributo por las fiestas de Pascua... Quien la bebe viva en aquella hora, junto a la fuente donde la luna espejea, y en cuyo fondo duermen suavemente los reflejos de las estrellas, es feliz todo el año, fecundo si es mujer y buen trabajador si es hombre...

¡Buen San Juan, todo risueño y desnudo, en su altar de la iglesia, con el corderito blanco a un lado, la banderola al otro, y la regordeta manecita de niño bendiciendo con gracia inocente las cabezas que se inclinan ante él!...

Las muchachas envolvían de las jarras de Extremoz en las cuerdas de sacar agua, y en la limpidez de la fuente, sentíase el gluglu sonoro de vasos sumergiéndose... Tan fresca el agua, tan sabrosa de filtros de luna y perfumes de amor... ¡Oh, qué bueno es ser joven!...

---

(1) Fialho d'Almeida, que conocía muy bien su idioma así en sus formas arcaicas como en las modernas, emplea aquí la forma arcaica *mentrasthe* para designar el mastranzo, la menta silvestre, forma casi idéntica a la castellana arcaica *mentastro*, del latín *mentastrium*, hoy sustituida por mastranzo.—N. del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Toca ahora llenar las cestas... Algunas de las mozas entraban en las viñas a coger hojas de parra para adornar de guirnaldas las cinturas finas, las cabezas rubias y las porosas tripas de los cántaros árabes. Y a parejas, ondulando las caderas, iban subiendo la cuesta, llenas de esperanza y radiantes de sueños, y el rumor de los cánticos fluctuaba en el aire tranquilo de media noche, en cuya limpidez San Juan benévolo, extendía sus manos llenas de promesas...

Rosario no bajó de la heredad hasta la una; ¡la gran perezosa!... ¡Y solita fué por entre los árboles con una palidez de audacia que le sentaba bien...! Todo en el monte quedara durmiendo; el padre estirado en la era; la madre roncando en la alta cama de matrimonio, los rapaces encima de las gavillas de trigo, los bueyes echados debajo de las encinas del prado... Sólo dos novillos, casi bueyes hechos, retozaban en los henos, empujándose, apelotonándose, hurtándose los cuerpos vigorosos, con una alegría de titanes en bacana... Y todos blancos, mansísimos y perfumados, diríanse príncipes encantados, olvidados de sus palacios de oro, en aquella metamorfosis exigida por alguna vieja hada gruñona...

Rosario estuvo aún un momento mirándolos. Era el novillo de la vaca *Morisca*, más la novilla del vecino Pedro, pastor de la próxima heredad...

—¡Díaño! dijo ella riéndose consigo misma, el cántaro en la cadera; ¡tan pequeñitos y ya enamorados!...

Y cantando descendió la ladera... ¡Qué luna lucía y

qué silencio se prolongaba...! Ni un ay de <sup>l</sup>rui señor noctámbulo, ni un eco de canciones desvaneciéndose en las quebradas... Un poco más allá, en el cabezo del otero, el formidable bulto de un dolmen negro dibujando como el blanco de unos ojos maliciosos, guiñados en ojeadas de lascivia... Y atravesando en un haz ese bulto, la polvareda final de la luna, ~~venía~~ en aureola a cercar de una fantástica vaporización ese perfil de zagala israelita... Cuando llegó a la fuente, vió la pradera cubierta de ovejas, que, empujándose en silencio, topando, cayendo y mordiendo el polvo que levantaban, tenían prisa en llegar a la gran pila de piedra, para beber... En pie sobre las losas de la fuente, el pastor sacaba agua con un gran cubo de cobre llenando la pila que al punto tornaba a quedar sin gota... Rosario levantó la voz:

—¡Eh, eh, vecino Pedro!...

El pastor cesó de chapotear en el agua, Pedro se levantó:

--¡Eh, eh, Rosario!...

Y ambos inmóviles, sin querer avanzar, quedaron mirándose entre el torbellino del rebaño:

—Buena noche hace, dijo uno.

—Es verdad, dijo el otro; y se hizo un gran silencio...

—¿Entonces qué? ¿vienes a la fiesta de San Juan?...

—Así es...

—Pues ya es tarde por aquí, agregó vagorosamente el pastor.

Rosario tuvo un sobresalto; el monte quedaba le-



## L A C I U D A D D E L V I C I O

jos; no andaba un alma viviente y era tan a deshora... Entonces, mirándose a sí misma, reparó que estaba con el cuello y los brazos desnudos, las primeras redondeces del seno asomando... En esto los novillos blancos rompieron en la pradera a cabriolás y saltos...

—¡También! dijo el pastor... Y sobre las losas de la fuente quedóse inmóvil, bebiendo el aire a sorbos las narices temblorosas, la circulación de la sangre de novillo en las formas atléticas que tenían a la luna destellos soberbios de musculatura...

\*

Las últimas ovejas ya habían bebido y aun por dos veces. Pedro sumergió en el agua santa el gran cubo de cobre para llenar el cántaro de Rosario. Trémula y muda, la muchacha acercábase a él sin osar mirarle, temiendo la primera palabra, cualquier osadía permitida por el abandono del sitio. Eran casi de la misma edad, habían jugado de niños desarrapados y trigueños, rodando por la hierba, con esa alegría salvaje de los que conviven largo tiempo con el ganado, y sin saber lo imitan en sus cabriolas... Sin el menor resabio de amargura, la voz de Pedro díjole:

—Ayer estabas hablando con el boyero del Monte del Trigo... ¿Dices que no?...

—Estaba, sí. La hermana andaba enferma. Y cómo es una rapaza de mi edad...

—Y ahora ¿para qué viniste sólo a estas horas? Dí, anda.

—Estaba durmiendo y se hizo tarde.

—¿Sabes, moza, que si encontrara yo por ahí alguno, no le dejaba comer más pan? ¡Así Dios me salve!...

—¡No hay miedo, hombre! No tienes más que buscar...

A medida que al través de las bruscas interpelaciones de Pedro, ella le sondeaba los recelos adivinando el culto en que él la tenía, iba recobrando sosiego... Sintiéndole entonces vencido, dejando ver en las amenazas sordas los celos que le abrumaban, era Rosario quien hablaba alto ahora, ufana de su felicidad, y orgullosa de dominar. Así estuvieron recostados en el brocal de la fuente, inmóviles, mirando sin pestañear uno para otro, como si ya hubiesen dormido juntos... En derredor, las ovejas emparejábanse, sobre la hierba, aquí y allí, hartas del pasto de la noche y cansadas de dar cabriolas por los ribazos. Vigilantes en las lejanías de la fiesta campestre los dos mastines iban y venían, calmosos y tropezones, haciendo tintinear enormes colleras erizadas de pinchos y olfateando los matorrales, oído alerta, en asechanza...

—Ya hablé otra vez con tu padre, dijo Pedro.

—El año va malo, aventuró la muchachita; sabiendo lo que él iba a decir.

—¿Y va a quedar uno así toda la vida?...

—¡Ay, no!... Pero quien busca casa, necesita qué meter dentro. Tú bien lo sabes, Pedro. Aunque una criatura sea pobre, sí, nadie se casa sin tener algún arreglito. Aquí, por mi parte, poco falta.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

E iba diciendo, una por una, las piezas del equipo, sábanas de estopa, dos almohadas de encaje, colcha encarnada, seis toallas, dos vestidos, y camisas, y un arca nueva...

¡Pedro no estaba tan bien, no! Todo el año la vieja estuviera en cama, unas cabras habían muerto, y condenado invierno sin cuajar la sementera y el campo de habas lleno de alhorra (1). Quien nace para burro, con perdón, nunca llega a caballo... Y los dos suspiraban... Pero cada vez más cerca, los dos novillos se perseguían y acariciaban, en una fiebre de primer amor, espoleado por la resistencia de la hembra, que con las patas extendidas se ponía a la espera de que el macho diese un salto... Y sintiéndole el hocico en las ancas, hurtaba de repente el cuerpo para adelante, haciéndole caer en los pastos. Aquello sucedíase docenas de veces. Cansado entonces, el novillo se paraba apartando las piernas, a jadear sibilante, con la baba corriendo en grandes hilos del hocico, que una mancha rosa sombreaba en tonos de carne sana... Y con la cabeza alta, quedábase mirándola, con mugidos sordos, impregnados de una ternura física que parecía deleitar a la hembra, cuya cola voluble azotaba suavemente la hermosa anca rolliza... Nada era más lascivo, ondulante y gracioso, que la anatomía ágil de la novilla blanca, oreja y nariz movibles, esbozando actitudes de una

---

(1) La Academia Española en su última edición de su Diccionario (1914) solo admite la palabra *alhorre* (de *aljor*, excremento en árabe) para designar una erupción cutánea de los recién nacidos.—*N. del T.*

## F I A L H O D ' A L M E I D A

gracia infinita, saltos de pequeña fiera, contracciones bruscas de trozos musculares, desmerecimientos de desafío y vagas ternuras de esperanza... Y esa escena de tentación que primero había pasado inadvertida al pastor, iba ahora despertando en él minuciosas atenciones y complicadas ideas... Con ojos ávidos seguía el juego tenaz de la novilla, que se ponía más difícil a medida que la rabia del macho iba creciendo y creciendo... Y un alborozo interior le acudía en remolino, haciéndole golpear las sienes y poniéndole la saliva espesa. No era Rosario la imagen con quien él mentalmente reproducía la escena que estaba viendo... Delante de la muchachita, sus audacias de hombre quebrábanse, y sus rabias de novillo mordían el freno de una virginidad montañesa y feroz que los había defendido a ambos de la culpa... Era, sí, una hembra medio mujer, medio vaca, estructura toda animal, harmónica con su brutal instinto de pastor, capaz de sentir e incapaz de pensar; vida rudimentaria en cuerpo de redondeces duras y contactos bovinos, impuesta por las fatalidades de la procreación... Rosario, que se contraía bajo la descarga de rojas centellas que saltaban de los ojos de él, dilatados en cólera bajo las cejas temblorosas, tuvo un miedo álgido que la invadió toda... Y al mismo tiempo, del fondo de su ser y del corazón de las más diminutas regiones de su cuerpo, un ardor, una angustia, una incoherencia de goces innatos, subíanle a la epidermis, ensanchándose, chispeando, ocultando sus fulminantes vibraciones bajo la máscara de la tranquila actitud que adoptara...

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Pedro se acercó más a ella. Los novillos se habían abrazado al final y rodaban por los henos, mugiendo en el exuberante placer de una fuerza desperdiciada... Entonces Rosario, que le encaró de frente, le vió bien la rigidez de las formas negras, el tronco arqueante, que piñas de músculos disformes enfloraban, la redondez desnuda de los deltoides cincelándole magníficamente los hombros de titán, bíceps formidables contraídos bajo la tortura de un deseo reprimido, y en la ruda faz de fundibulario (1) celta, una rigidez que solo de largo en largo, la roja centella, de las pupilas conseguía desmentir... Ella no pudo más, y en la media desnudez en que había venido, se le echó contra el pecho, besando dulcemente ese bronce palpitante, mismamente sobre el corazón... Las manos de Pedro la agarraron por las espaldas y la ciñeron por los riñones, vacilantes en un delirio que le hacía tambalearse como un toro herido entre los cuernos y no sabiendo si ceñirla hasta hacerle estallar los huesos, si arrojarla a lo lejos, donde no la viese más en aquel abandono negligente...

Aquello duró un instante; en el final del cual los brazos del Hércules habían caído nuevamente, el iris de la pupila había quedado tranquilo y toda aquella torre había cesado de temblar...

—Adiós—le dijo él un poco triste.—Y en voz

---

(1) Empleo esta palabra—la misma que emplea Fialho—en vez de la más vulgar y corriente de *hondero* para dar más energía al párrafo. La Academia la incluye en su diccionario.—*N. del T.*

baja, en un secreto de infinita ternura, en que lloraba la ruda voz transfigurada por los ardores de la juventud:

—Cuando estemos casados ¿sí?...

Agarró el cubo; estuvo enrollando la cuerda a la cintura por un cabo, metió dos dedos en la boca, para silbar a los mastines. Y volviéndose de espaldas a la fuente, púsose a recoger a las ovejas, azuzándolas con el gran cayado por los prados arriba... Y más allá, a lo lejos, su voz de montañés cantaba ya en una tonada doliente en que transparecía la tenacidad de un mismo amor, idealizado por una vida entera de esperanzas y sueños castos...

Rosario aún quedó viéndole, laderas arriba, con la manta al hombro, desconsolada por la repulsa y casi llena de desprecio por semejante honestidad... Y camino del monte, iba furiosa, con ganas de darse al novillo blanco de la vaca *Morisca*. Al pasar por la era, entre dos árboles el boyero del Monte de Trigo, que estaba de guardia en las eras, irguió la cabeza...

Y allí mismo, hambrienta como una lechoncilla, Rosario se entregó...

### III

## NOCHE EN EL RIO

**S**E había apagado del todo en el poniente la última tinta paludosa de la tarde, y una sombra igual, atravesada de centelleos de estrellas y palpitaciones de átomos, caía de arriba, disolviendo los contornos de las cosas, y escurriéndose en el agua del río, que se hiciera densa y viva, como una carne de anélido, gelatinoso y susurrante... La canoa en que nos metimos, ligera como una pluma, muy alargada, ondulando a la menor palpitación de la onda, se diría un pequeño túmulo blanco y oro, en que sería delicioso partir coronado de líquenes y algas, hacia los reinos de coral, en el fondo de esos países submarinos, en que las ciudades están hechas de galeones submergidos, las cúpulas de conchas color de zafiro, y las columnatas de fantásticas incrustaciones de moluscosides...

Mientras Lía se ponía al timón, en una *deshabillée* de noche en crespón de China, la alta golilla estrecha abotonándose en el cuello por alamares de cuentas y rasgando un escote cuadrado en el seno;

## F I A L H O D A L M E I D A

una desnudez de brazos pulida, cincelada en la blancura de las carnes histéricas y abriendo alabastros luminosos entre la dragona con cuentas del corpiño y el rugoso cañón de los guantes de punto; iba yo con los remos aferrados al puño, aventurando el barco más allá del muelle, a aquella hora adormecido. Mi vestimenta no era la de un barquero ni era tampoco la de un bañista... La camiseta roja sin mangas dejábame los brazos libres y desnudos; tenía el sombrero de paja, con las alas vueltas, caído a un lado y descubierta un poco de la espalda recia, donde paños musculares contraídos rayaban a veces su estriada dentadura, de luchador glorioso.

El hombre es vanidoso de su fuerza, si de los ojos de la mujer que adora, surge una especie de irradiación voluptuosa, como vistiéndole la desnudez. Lía, que era ardiente por la sangre de su raza, tenía por la forma masculina el culto altivo de las zagalas bíblicas, que en los antiguos tiempos atravesaban solitarias desiertos y tribus hostiles, para venir a desposarse con el soñado esposo de su corazón, pastor como ellas, hercúleo y tímido, de ojos oblicuos y dulces donde en un fulgor amoroso se rimaba todo el poema del país de las palmeras, de las higueras y de los lagos... Había sido su aguja la que había bordado en la franela que me cubría el pecho y el vientre, esos relieves exóticos de flores vivas, en un laberinto de guirnaldas, que se enroscaban en torno de nidos, simbolizando (decía ella) la tenacidad de su amor y la aspiración infinita de su alma, que era ser madre... Y era ella quien, en la ferocidad de su ternu-



## L A C I U D A D D E L V I C I O

ra, se entregaba conmigo a las olas en aquella noche cálida, en la ligera lanchita blanca, que mis remos hacían volar... No imaginan tal vez qué orgullo tenía de aquellos celos de leona fecunda, en cuyos dedos sentía a ciertas horas crispaciones de garras y en cuyos ojos inefables, de tan singular expresión que en ellos podía leer la emoción más vaga, desde la que se traduce en la voz por el grito, por la palabra o por la frase, hasta la que el lenguaje articulado no puede dar, y cuando más se cristaliza en los labios por la sonrisa, dando una perla o una estrofa;—en cuyos ojos (decía yo) a la misma hora vibraba, en un galvanismo instantáneo la íntima dolora (I) de un alma perlada de juventud y de pasión... Sabía bien cuántos quedaban para siempre heridos y prendidos en el rastro de su belleza y cuántos desearían apuñalarme en un antro, diciéndome criminal porque era feliz...

Lía no tenía nada de la escultura antigua, líneas consagradas de modelo napolitano, senos altos, cutis moreno, nariz griega, cabeza de Juno donde se arremolinaban cabellos nocturnos... Era una muchacha, tan fresca como una criatura, y tan blanca como una camelia. Las líneas de su cuerpo instru-

---

(I) Fialho d'Almeida, que conocía a maravilla el español y leía más castellano y literatura contemporánea que ningún otro escritor portugués de su época, trasladó al portugués, irrespetuosamente para los alabarderos del idioma, para los vernáculos a todo trance y costa, para los defensores del purismo exagerado que aquí como allí abundan, esta linda palabra creada por el genio poético de nuestro inmortal Campoamor.—*N. del T.*

mentaban una sinfonía purísima, sin relieves superabundantes o energías lúbricas... ¡Musical, toda esa organización de que se exhalaba un tépido perfume de morbidez excéntrica en risas, sobresaltos y canciones!... Bajo la coloración de una piel luminosa, tan fina que me daba escalofríos al contacto, y bajo la fragilidad errúscá de su cintura tierna y de sus muñecas magníficamente modeladas, nadie podía soñar siquiera la altiva tenacidad, la recia voluntad y obstinación de ese espíritu vibrante, todo incoherente, de pequeños refinamientos y anquilosado en los más extraños prejuicios. En realidad, era necesario venir de una raza atormentada y tenaz, grandiosa en su miseria y filtrándose por siglos innúmeros, a través de los cataclismos de la tierra y de las maldiciones de Dios airado, hoy errante en las asperezas del cautiverio después echada a latigazos hacia el destierro, luego entregada al verdugo y a la hoguera, menospreciada y maldita, para engastar así como una joya rara en la frágil envoltura de un cuerpo adolescente, ese genio caprichoso, que parecía tejido de los vuelos de la golondrina, del *Angelus* de Massenot, de gotas de luz de luna, y del amargor bravío de los frutos silvestres, genio que era bueno y malo al mismo tiempo, luminoso y negro, rítmico, vivo hasta la locura, pero que a veces ~~venía~~ a batir el ala de una negra melancolía; tal vez la hereditaria nostalgia (I) de esa patria ideal, perdida en la

(I) Yo por mi gusto conservaría la palabra *sandade*, tan linda y expresiva, tan típicamente portuguesa; pero no quiero alarmar a los puristas.—N. del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

bruma de esos remotos continentes, donde contemplativas reposan las ruinas de los templos, sobre cuyos capiteles derrocados eternamente duerme la sombra de Sinail...

Por el agua irritada de palpitaciones, la lancha se deslizaba en silencio fuera de la zona aduanera... Se había concebido la idea de una pesca nocturna, que nos hurtase en aquella noche de Casino, a la convivencia de bañistas pretenciosos y de mujeres fatigadas. La noche estancábase en una quietud ahogadora, sin brisas y toda uniforme en su luto... De la ciudad, el gas trazaba en la sombra como un plano de edificio monstruoso, puntuaciones rojas que se alargaban en formidable escala, desde la Torre de Belén, (I) clavada en la punta de una línea arenosa y curva, hasta la otra cornisa que la aglomeración de las casas de Alfama, parecía ocultar. Y de tamaño mole venía un hervor de respiración convulsa, que a flor de agua se afinaba con sutilezas acústicas, refinando cada ruido en su gradación, desde el jadedear de una válvula de fábrica, hasta el grito indistinto de un vendedor de periódicos...

Mirada así de lejos, desde el fondo de aquella sombra salada, Lisboa tenía el aspecto de una gran ciudad entregada a la neurosis trágica del vicio, puesto que se apagaban en la noche las fachadas de los edificios burgueses, las arquitecturas híbridas de los palacios y de los templos, la uniformidad de las

---

(I) Punto de avanzada en el río con la antigua torre, de donde salió Vasco de Gama con sus carabelas a explorar mundos nuevos.—*N. del T.*

calles geométricamente alineadas, y en el tremelucir de los faroles se podía evocar alguna de esas necrópolis torvas, donde las fiestas resumían la vida, las carnes de las mujeres se cubrían de llamas de oro en púrpuras radiantes, la música arrullaba la embriaguez de los soldados y de los capitanes, y del hombre nada vivía sino la bestia, refocilándose en concupiscencias fenomenales...

En medio del río, y en las torvas concavidades de la niebla densa, cesgarrada aquí y allá por los caprichos del aire y de la noche, los barcos adquirían dimensiones terribles, y con la vela floja sobre las varas curvas de los mástiles, hacían pensar en las muertes de albatros deslizándose en el agua negra, que se escurría soñolientamente hacia el mar...

A fuerza de escrutar las sombras, la retina falseaba las imágenes, haciéndolas moverse entre crespone en un ritmo fúnebre, y esbozando así carbones rembrandtnescos, (I) de una energía desigual... En ese pavor negro desvanecía-se junto al timón el perfil de Lía en una fugitiva blancura, inmovilizado en singular recogimiento... A veces sus manos movíanse distraidamente en el regazo, había resonar de cuentas agitadas; y si el copo de nieve de la garganta se inclinaba un poco, el mármol de los brazos abría claridades ebúrneas en el luto del deshabillé...

En espiralitas claras, cortados muy cortos, los cabellos hacíanle *capul* a un lado, sobre la cabeza ba-

---

(I) Fialho era muy aficionado a esas adjetivaciones pictóricas, evocaciones de artistas célebres. Era una pluma de pintor más que de literato la suya.— *N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

ja, donde la nariz sería y sin prominencias, un poco oblicua de aletas, nacía suavemente, como en una máscara de esfinge... En derredor, en el drama errante de las sombras, las aristas coronábanse a veces de una luz: franjas tenues de fosforescencia, rodando en el dorso de la onda; retículas argénteas espejeantes de las estrellas; gotas de perlas bogando como alas de luz en las ondas de la marea, algo de fuegos fatuos o pirolampos (I) de agua, revoloteando en una vida abrasada e inquieta, de vértice en vértice y de foco en foco, para bordar sutilmente como inconstantes melodías, por todo ese claro-oscuro... Entre tanto el cielo tenía hormigueros de estrellas, recortados por los regatos de tinta de las nubes lanzadas en bandadas oblicuas. Y a cada paso, Lía decía una palabra gutural, vertiendo en esa extraña música la fugitiva idea que le picoteara en la mente... El extraño dialecto, silbante, torbellineando, lleno de breves y de aspirados en *ah* y en *eth*, vibraba en la voz de Lía con expresión metálica, fina, viril, llena de pasión... Era la lengua en que ella me insultaba en sus perío-

---

(I) Me atrevo a usar una palabra muy similar a la que usa Fialho, (que escribe *pyrilampos*), por ser muy adecuada a la índole de nuestro idioma y perfectamente conforme con las leyes etimológicas del *pira* latino empleado como hoguera, tuero sagrado, tenemos nosotros la *pira* nuestra, empleada mucho en poesía; y de esta derivan *pirolatra*, adorador del fuego y *pirolatria*; *pirología* y *pirológico*, tratado del fuego y concierne a éllo. ¿Por qué no formar *pirolampo* de *pira*, hoguera y *lampo*, resplandor fugaz, también muy usado en poesía del *lampus* latino que designaba uno de los caballos del Sol? De ahí la poética derivación.—N. del T.

dos de orgullo judaico, de ardor, de deseo, de embriaguez y de amor. Cayendo desde mi cuello hasta mis brazos en forma de collar, casi desnuda y ceñida a mí, los pies arrastrando, los crespos cabellos en nimbo en la impecable pureza de la testa, las narices palpitando de ansia, y la boca en mueca ardiendo en ese rojo terrible de las sangres orientales, yo le había oído muchas mañanas palabras de aquellas, primero cuchicheando divinos secretos, y la cabecita escondíase en la mía, cayéndome en el hombro desnudo... Después la respiración subía en un comienzo de cólico, estrangulábale la voz, y su decir era anhelante y frenético... Y desde allí para arriba, ¡qué cóleras ardían en ella!... Cada molécula de su piel era un centro de sensación entumecido en flúidos de amor y reventando por descargas de gozo, bajo la fecundación de cada beso...

Esa irradiación de mujer adolescente transfigurada al calor de un hombre, adquiría de súbito energías de desierto, reminiscencias de estado bárbaro, sensualidades tigrescas, cuyo ardor el agua del bautismo parece haber enfriado en las cristianas... Y como chispa saltando en el combate violento de las fraguas, aquel lenguaje mezclado, indefinible, obsceno tal vez y encantador, hacía-me saltar lavas en la sangre como un último refinamiento de voluptuosidad...

Y la lancha continuaba bogando despacio, como en un fragmento de leyenda del Rhin, sin ruido, llevando a la mujer de negro al timón... Evitábamos los navíos anclados, como conspiradores en peligro;

## L A C I U D A D D E L V I C I O

con todo, una vez u otra, habíamos de bordear alguno de los cetáceos inmóviles, que, enfocados por la proa parecían crecer desmesuradamente en los aires, multiplicando la confusión de vergas, escalerillas y cordajes, y encendiendo tras las claraboyas de los camarotes sanguinolentos fulgores de ojos desvariados sin movimiento y sin párpados...

- ¿Y la pesca?—dijo Lía en voz baja... Nos aproximábamos a la otra orilla... Caían de arriba las aristas de los montes, haciendo tinieblas en la sombra del agua... La marea descendía vagorosamente, arrullando en el dorso de las olas arrastres de algas verdinegras... Encendí a popa una antorcha e hicimos alto... En derredor, la llama abría una fotosfera geométrica, rayos que se quebraban en el agua, arremolinándose en redes de sangre y en la penumbra de la noche se desvanecían a medida que se alargaban... Inmóvil en su banco, Lía tenía la cabeza distraída, envuelta en un pañuelo atado por debajo de la barba, la nariz quieta, y una serenidad de rostro a cada paso desmentida por la causticidad de sus ojos de hebreá...

- ¿Y la pesca?—fué lo único que en portugués me dijo en toda la noche, en un flúido de abstracción monótona, sin sentido y sin alma, con voz que era más bien un eco... Ni un instante, sin embargo, esos ojos me perdieron de vista, pasmados en un deslumbramiento de luz, al principio tranquila y dulce, después tenaz, luego feroz e inquietante por fin... No sé explicarme—ni hay cosa alguna que lo explique—por qué infinitesimales vibraciones iban pasando las

fibrillas de ese iris que dentro de mí iluminaba con divina iluminación todo el rojo poema de una pasión selvática... Parecíame, en la incoherencia en que oscilaba, su amor como una serpiente que se incrustaba frenética a mí, inoculando ponzoñas en mi sangre y locura en mi cerebro, invirtiendo la polarización de mis instintos y contaminando la nobleza de mis ideales, tornándome feroz, cobarde y grosero, y dejando en la algidez (I) de mi vida, un rastro de maldición y estupor... Y por más esfuerzos que hiciese, la contemplación de este tipo de Herodías me violentaba, me cansaba, me hundía!... En pleno río y lejos del bullicio, su figura se transfiguraba de inmóvil que estaba, y a través de ella yo veía ir desfilando en procesión fantástica, túnicas de lino al viento, cabellos adornados de zequíes, y ojos de belleza terrible, todos los extraños tipos de la judía legendaria;—desde María, la suprema inocencia, hasta Thamar, la suprema culpa!...

—¿Y la pesca?—han de preguntarme los lectores...

---

(I) Quiero conservar la palabra exacta que emplea Fialho porque es de pura y genuina procedencia latina, aunque en castellano hayamos desvirtuado su significación de una manera descabellada, absurda y grotesca... *Algidus, a, um*, en latín, todo el mundo sabe que es frío, yerto, aterido de frío o sobrecogido de miedo—de *miedo frío*—y en ese sentido la emplea poéticamente Ennio: *Algidus pavore*. No podía ser de otro modo puesto que *algor, oris*, significa frío. Sin embargo, en castellano hemos trastornado de tal modo ese significado que lo hemos vuelto del revés y que hasta hemos creado el manido cliché y viejo tópico de *período álgido* de una cosa por período de entusiasmo, de hervor, de calor.—N. del T.



*L A C I U D A D D E L V I C I O*

¡Dios mío, ni me acuerdol... Ni sé aún ahora explicar por qué la antorcha se apagó sin sentirla y el primer sol nos vino a sorprender abrazados en el fondo de la lancha...

¡Oh, la deliciosa pescal...



## IV

### ABANDONO DEL PALOMAR

**E**L domingo había sido una locura para María Jesús. Hubo fiesta en San Antonio, blanco oratorio que encima del otero sonreía de ingenuidad, a las arboledas y a los cebadales. Y María Jesús, que era bulliciosa y sana, en el pleno desenvolvimiento de unos dieciocho años magníficos, había ido con las primas a gozar en el atrio sonoro de bailes y canciones, de la extraña armonía perfumada y amplia de aquella tarde primaveral... En Marzo, la puesta del sol deja aún en los campos reminiscencias húmedas del largo invierno, tan enfadoso de pasar en las heredas y aldeas; el suelo está esponjoso aún por la infiltración del agua; hierbas perladas ahogan los pies enfrescuras enfermizas; pasa un friorcillo cortante por las ramas desnudas de las higueras y alcornoques, la misma claridad lunar de indefinible palidez tiene algo de un hielo de sudario extendido sobre el cadáver de la tierra y clavado con alfileres de estrellas... La bandada de muchachas descendió tarde del otero cuando ya los corros de baile se deshacían y los cielos

desmayábanse de amor... En el silencio de la vereda, que entre píteras y zarzales venía a entroncar con la carretera de la villa, las voces timbradas de juventud y carcajeando en risitas, tenían un arrullar gracioso y quebrándose, subiendo, *smorzando* (1), saltaban de valle en valle y de barranco en barranco, tornando música la exhalación densa de las plantas... María Jesús, poco afecta a aquellos paseos de campo, dejábase penetrar del encanto tónico de esa frescura que le producía picores en los pulmones, dándole una embriaguez de vida sin igual...

Llegaron a la villa ya de noche, en tropel, chales en los brazos, trenzas caídas y brazadas de flores, un remolino de palabras y risas, que no era ya plática, pero que brotaba en ellas como resultante de aquella vigorización de savia y mocedad provocada por el atravesar de los campos. Sola en casa, reparó que había mojado las botinas, tenía la garganta oprimida y a veces sentía un peso extraño en la cabeza...

—¡Es fatiga del paseo! — decía sonriendo, contando la alegría de la fiesta, los pormenores de los bailes y la bonitura sin ejemplo del San Antoñito de la ermita. Necesitaba, sin embargo, oirse para sentirse bien y a cada silencio, sin saber por qué, cerrábansele los párpados, la espina dorsal le caía dolorida, y una tristeza vaga, hecha de estupor y devaneo, entorpecíala toda en narcotismos de baño ruso...

---

(1) Fialho, que acude a todos los procedimientos para hacer original su estilo y personalísimo su léxico, emplea aquí este lindo gerundio italiano tan empleado en música: *smorzare*, extinguir, apagar, etc. — *N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Fué agitado el dormir en esa noche. El San Antonio le aparecía en el sueño con dimensiones colosales y con los ojos extraviados, barretina en la cabeza, corría a amenazarla con la cruz, bramando con su ruda voz de pregonero...

No podía estar en la cama, volvíase, sentábase, bebía agua, y atacábanle opresiones tenaces, pasmos fugitivos, un temblor febril de miembros... Por dos veces creyó que estaba un bulto embozado a los pies de la cama, que la miraba desde el fondo de un gran capote negro, con barba roja, por donde le corrían las lágrimas...

Y muy de mañanita anuncióse la tos, la gran fatiga continuaba y un hilo de sangre corríale a un lado de la boca... La madre se había puesto pálida ante aquella terrible señal, que iba a unirse con otra más terrible aún, aparecida en el día anterior sobre el lecho de la pobre muchachita; una plumita de palomo, toda negra, inmóvil sobre la almohada.

Querían disuadir a la pobre vieja y llamarla a las cosas prácticas; no pasaría nada, era tontería creer en supersticiones... Pero los ojos de ella, fijos en el palomar, no veían sino esas parejas de palomos blancos o cenicientos, otros manchados de colores, algunos de pescuezo irisado, dos o tres todos negros, enormes como cuervos, arrullándose altivamente en los aleros de la casa, volando frente a las ventanas del palomar, o viniendo a momentos a golpear en las vidrieras, con alas funestas, de las cuales volaban al viento pequeñas plumas agoreras...

—¡Los palomos, los palomos!...—decía en un pro-

fundo asombro la pobre, como si ante ella surgiese alguna evocación pavorosa...

Día agreste, lleno de incertidumbres en lo alto, con alternativas de sol y contramarchas de nubes, que, muy bajas, dejando harapos por los cabezos, a trechos truncaban la cordillera, empañando la viva transparencia de los verdes... En los esqueletos de los árboles, ponía la ráfaga revoloteos de hojas; venía un frío doloroso de lejos; y por masas, en la opacidad del aire, troncos cruzados, ramajes vibrantes en la sinfonía de los vientos, toda esa confusión helada de los bosques que van reventando de miedo, daban una sensación de amargura y de abandono... Como iban creciendo las aguas por esos barrancos y torrenteras, humedecíanse los terrenos bajos, exhumábanse raicillas tortuosas de color de herrumbre de los vallados que querían resistir al torbellino, y venía de las hierbas ensuciadas por la riada, de las contrahechas actitudes y bruscos gestos de la arboleda, una fatiga imbécil y un dolor atónito, que casi acusaban impotencia. Terrenos afuera extendíanse aun calvas y áridas planicies, pedazos de suelo viejo hirsutos de canas vegetales, aquí y allá pintarrajeados de germinaciones tímidas, pálidas, finas, caminando en filones, causando el efecto de pinceladas al azar. Por toda aquella orilla comenzaba el cebar de hiena de la hierba nueva que se pone lustrosa, se engorda y se alimenta del cadáver de la hierba vieja y

## L A C I U D A D D E L V I C O

en vanidades de libertina, la va pisando, humillando y royendo con una especie de implacables celos...

Toda pequeña hoja reventando, traía al mismo tiempo heredadas lascivias secretas, como un ansia nupcial que alargaba los pezones en el seno para los besos del amor frenético, reviraba los ápices como lenguas al descubrimiento de alguna nueva sensación, irritando, en titilaciones misteriosas sobre los reversos de las hojas, las vellosidades y los pelos en el loco placer disipado de una kermesse... De las honduras de los bosques venían susurros de cataratas, aceñas trabajando, gemidos de tallos azotados por el viento o últimos idilios de hojas otoñales que revolotean ya muertas. En esa transición de cuarteta la Naturaleza lloraba melancolías líricas, y, si el bostezo de la niebla rasgada dejaba por momentos contemplar algunos florones de cielo bruñido al reverberar del sol, veíanse en el azul pálido, sobre el engaste del horizonte, los dulcísimos tornasoles que tienen ciertos nudos de madreperla, tonos de nácar, junquillo, turquesa y oro, fundiéndose en maravillosos reflejos...

En las saeteras de la gran chimenea provinciana, ancha y alta como un torreón de casa solariega, el viento bramaba en todos los tonos, desde la rabia hasta la súplica, queriendo a todo trance asaltar la vivienda, implorando, diciendo secretitos, golpeando con golpecitos humildes y quedándose después como un salteador en la esperanza de que le fuesen a abrir...

Por la noche, un chubasco golpeó las vidrieras y cayó sonoramente en las tejas, bajo los golpes del

vendaval inclemente. ¡Tiempo que desalentaba a los trabajadores y embebía de tristezas el alma frágil de las mujeres!...

Por los cristales de la alcoba, se veía un trecho de jardín, pimenteras verdes haciendo oscilar al viento su llanto de hojitas oblongas, laureles rosas sin flor, cedros seculares, piramidales y panzudos, macizos de anémonas, ranúnculos, alelíos, rosales y alhucemas, toda la flora ordinaria y mezclada de esos huertuchos de provincia... Y extendiendo la vista, María Jesús veía, aún acostada, los arbustos queridos que los pardales picoteaban y todas esas flores apenas abiertas que en los macizos ponían mosaicos de coloridos irregulares...

La casa quedaba en lo alto sobre una ondulación de los arenales, de modo que de las ventanas precisamente, encima de la pared del huerto, podían dominarse todas las perspectivas de cultivo agrícola del valle. Eran hileras de castañedos a orillas del río fangoso, que la llanura repartía en vegas fértiles; naranjos, olivares, parrales, y huertecillas ceñidas por sebes de piteras y de saúcos, trechos de terreno labrantío donde se paseaba la indolencia roja de los bueyes, jumentos y ovejas royendo herborescencias en los prados vallados... Más hacia allá, grandes anfiteatros de oteros, hirsutos de matorral y coronados de peñas lúgubres armaban andamios de cíclopes contra la niebla ondulante de los cielos; y nítidamente cortados en blancos violentos de caliza, sin claroscuro, términos de aldea íbanse desvaneciendo en los primeros



## L A C I U D A D , D E L V I C I O

planos, colina abajo; casas terrosas con chimeneas saliendo en torrecillas de las fachadas, bracear de parrales por encima de los muros, hacinas de bellotas y montones de paja en forma de catedral, carros de matorral erizados de estacas, portones de bodegas con pilluelos a la puerta probando el tinto, mujeres haciendo media en los poyos de las puertas; gallinas y puercos, revolviendo los estercoleros podridos, ruidos de bigornia, cantos de gallos, y en el recodo de la carretera, ya distante, dos palos en cruz, historiando un asesinato...

En la huerta, por encima del pajar, a un lado, había un mirador con balaustrada de azulejos, al cual se subía por una escalera de ladrillo, orlada de claveles y macizos de fucsia... (1) Entre pajar y mirador estaba el palomar.

La cama de la enfermita quedaba en un ángulo de la alcoba y por entre las cortinas podía ella, aún acostada, tender la vista sobre la residencia de las queridas aves, que, en grupos, en la cornisa del mirador, en los ángulos del tejado, o a la puerta de las pequeñas casitas, se agachaban tristes, plumas en ristre, cabecitas debajo del ala, o pico alto, acechando la parda hostilidad del cielo... Uno que otro palomo audaz volaba a veces por encima del mirador en tímidos arrullos, saltando en los balaustres, la cola en forma de abanico en un gracioso movimiento de subida y bajada, y ese picotear de volátil ocioso, que procura distraerse haciendo mal...

1) *Fuchsia* es una planta de la familia de las onagrariáceas. serie de las anoterias, que da flores hermafroditas, y a veces polígamas y tetrámeras.—*N. del T.*

La ráfaga de viento la hacía volver luego al nido, impotente para el vuelo, con la cabeza baja y las alas mojadas. Aún tosiendo, con el semblante irritado de rosetas fúnebres, con la garganta seca de fiebre, María Jesús seguía las salidas de sus amiguitos, llena de dolor porque ellos sufrían.

¡Ese día fué cruel para todos!... A las dos, la fiebre había traído delirio; y el Santo del Otero, con el birrete al lado y la cruz en ristre, más el embozado que había visto a los pies de la cama, dejando deslizar por la barba roja grandes lágrimas silenciosas, volvieron a henchir de escenas trágicas la mente de la pobre criatura, walsando, paseando, deteniéndose, esgrimiendo gestos de todas las formas, y descubriendo a la luz un semblante en que se pintaban todas las emociones y todas las muecas... Tan alto era el jadear, que se oía en los cuartos próximos arqueante, estruendoso, acabando a veces en silbidos...

La piel seca, de contactos ásperos, quemaba como si fuese una brasa, y en el pecho, que había tomado tonos amarillos, el animal feroz del corazón, comprimido en la jaula, golpeábase en el choque con las paredes, poniendo en la carne sobresaltos temerosos de observar... Al mismo tiempo le picoteaba el tronco el cinturón de cáusticos que le habían aplicado; maquinalmente sus labios decían: ¡agua!... y aterrados en un pasmo vidriado, los ojos erraban por el techo en busca de un punto tranquilo, donde no llegase al galope el *djerid* de fantasmas traicioneros...

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Sonaron las campanadas (1) del *Angelus*; ya los últimos aires del día se absorbían en la sombra de los aguaceros y en la alcoba iluminada por la luz de la lámpara, nada se vislumbraba sobre el palomar ni sobre el jardín... Pero los vidrios de la ventana temblaron ligeramente; y una mano de dedos largos llamó despacito, llamó...

Dulces y tristes, los ojos de la anciana madre reconocieron en las tinieblas el ala del palomo negro, fatídica e implacable, a la que lo indeciso de la noche daba proporciones desmesuradas. Temblando acercóse la hija, le observó una risa suavísima, espiritualizada de angustia y toda luminosa de inocencia... Cesara el arquear de la respiración; los párpados cerrábanse e descansando y en el dibujo del cuerpo indeciso en las penumbras del cuarto, sólo la palidez de la cera ponía en derredor la divina claridad de una aureola de martirio...

—¡Los palomos! volvía a decir sordamente la vieja... ¡Los palomos!...

Y era toda su queja...

Al día siguiente estaba perdida la esperanza. Los tejidos flácidos abandonáronse a una laxitud tenaz, sin correspondencia con estímulos de otro orden. Apenas se sentía la respiración de la enferma y co-

---

(1) *Bateram Trindades*, escribe Fialho con la gráfica y expresiva denominación del *Angelus*, tan popular en toda la literatura portuguesa. *Hora das Trindades*.—N. del T.

mo un péndulo que cada vez hace oscilaciones de menor arco, así el impulso del corazón se debilitaba sucesivamente... Al llegar de mañana el viejo doctor Patricio aún sentía bajo los dedos nudosos el pulso vermiforme que, ondulando, huía en un hilo muy tenue. A las diez, la onda partida del corazón era menos viva ya y solo llegaba debajo del codo...

Después se hizo aún más corta y recordaba así el ejército en retirada que lentamente va desguarneciendo un campamento. Apenas le sintió frías las extremidades y, en un desvarío de muerte, pudo estudiar en el rostro de la hija la anatomía mortificada y plúmbea—que es la *toilette* del cuerpo para las bodas del cementerio—la pobre vieja desató a clamar por las habitaciones como loca, tropezando en los muebles y despedazando las ropas de su mísera viudez...

Corrían al llamamiento los viejos amigos de la casa y las santas mujeres que habían visto nacer a la pobre María Jesús. Y un lloro cortado de lamentos llenaba la casa produciendo alarma en las calles... Alguien notaba desusada actividad en el palomar... Los jefes de la bandada entraban por las ventanicas del palomar, casuchas picaban rabiosamente a las hembras en el halago de la empollación, haciéndolas saltar de los nidos; y en revoloteos locos por encima del mirador, la turba ahuyentaba alguna cosa de los aires, pareciendo perseguir a un enemigo oculto, sin arrullos, sin empujes, sino de una forma incansable... En el vértigo de la desbandada eran profanados los nidos, rolaban los huevos des-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

de lo alto o venían a desmenuzarse en los ladrillos de la escalera los pobres pichones, brutalmente embestidos por los padres. A veces toda la bulliciosa legión posada en lo alto del mirador, formaba en línea de combate, con gracia marcial en que hacían mosaico las armaduras de plumas de los pechos y el irisado de los cuellos livianos... El palomo negro que se hubiera dicho que había crecido por la noche, parecía mandar el veloz regimiento y en el extremo de la hilera, cabeza alta y ojos inquietos, estudiaba el horizonte tumultuoso de las nubes, que un dardo de sol ensangrentaba a trechos...

Por la bóveda celeste se desenvolvía una decoración dantesca, profusa en contrastes de negro y blanco, con humaredas errantes que el viento acosaba de cuando en cuando. Por instantes condensada en cúpula o rasgándose en zigs-zags de oro, bajo el choque de los nublados en pelea, una felpa de un negro eléctrico empastelaba amenazadoramente la amplitud, en un tono uniforme de azul de acero; felpa que era como el grueso del invencible ejército de nubes. No había aún truenos y el aire rarificado transmitía los sonos difícilmente. A más de eso, dábse en los seres y en las cosas una suspensión de asombro, como el recogimiento de una sala de espectáculos a la escucha de un lance trágico...

Veíanse llegar, galopando, los últimos escuadrones de la tormenta, suavemente, en una pintoresca aglomeración de emboscada con sus provisiones de agua y de fuego... Aquello galgaba por encima de las montañas, envolviéndose en musculaturas titáni-

## F I A L H O D ' A L M E I D A

cas, como en los ángeles despeñados de Milton, y subiendo a ocupar su puesto en la formidable ordenación de la batalla... Algunos tremendos atletas quedaban por momentos en pie sobre los morros dentados de la cordillera, alargando los brazos con una salvaje irregularidad de formas... Y arrojando a lo largo los capacetes y escudos, soltaban la cabellera profusa como una selva, provocando a esas prominencias terrenas que se agachaban de miedo...

Pero otros más arrogantes venían luego tras de éstos en el escalo emprendido, cabalgando sobre ellos, ciñéndolos en lucha singular, y subiendo a las espaldas de los que venían detrás... Y seguían bagajes, animales de ataque, leones en rebaños, jaguares y panteras, carbonosos elefantes armados de torres, carros de guerra con panoplias de tridentes... Ante esa invasión a la cual no se oponían barreras, la naturaleza amedrentada, se retraía con estremecimientos... Ni un vuelo de árbol a árbol... Pinares y castañedos y olivares de troncos arrugados, parecían hacer gestos de súplica y de dolor centenario... Por debajo de un viejo puente romano, y cosido con los guijarros y juncos del lecho, deslizábase el río sin un rumor... El trueno principió en sordina a anunciarse desde el extremo del horizonte, fué llegando, llegando, cada vez más retumbante, como si quisiese hendir esa basílica dispuesta para un funeral... El palomo negro abrió en ese instante las alas, deteniéndose un segundo y en lo más alto del mirador posóse en un gran jarrón de *cactus*, como en una barbacana

## L A C I U D A D D E L V I C I O

de fortaleza cercada... Tenía la cabeza vibrante, el pico en el aire, el pecho arqueado; y con sus ojos castaños observaba los cielos de lado, altivamente, en su puesto... Caían ya gruesas gotas de lluvia que tendían por el aire alambres paralelos, rodando por el terreno en esferoides vestidos de polvareda roja...

En grupos, por esos senderos, la azada al hombro, ramos de trovisco en los sombrerones juementos en reata, los trabajadores recogíanse a la villa, amedrantados, recitando el *Trisagio*, con un aire de deslumbramiento estúpido... Y alargando los pescuezos en una angustia, las vacadas mugían profundamente bajo el peso de la atmósfera asfixiante.

Bianca, en contraste con el aire fuliginoso, la villa resaltaba ahora en un minucioso dibujo de casas blanqueadas, chimeneas agresivas, y puertas carreteras cerradas por cancelas enormes de ripa, como si un gran reverbero en medio de la sombra la *rembrandtnizasse* (1). Comenzaban ruidos subterráneos, bruscos vértigos de relámpagos... Nubecitas pálidas, gases de tessitura frágil, puños de encajes de *Valencienne*, y plumas de abanicos rasgados en crispaciones de

---

(1) En su anhelo de transformar el idioma portugués, tan *cuturra* y tan viejo, Fialho d'Almeida, a más de vincular al lenguaje literario los léxicos y vocabularios de los oficios, artes y profesiones, de la agricultura, de la herrería, de la albañilería, de la química, de la medicina, enriqueciendo así el idioma escrito como quería Teófilo Gautier en Francia; no temía a veces crear neologismos expresivos y verbos arbitrarios como este de *rembrandtnizar*, cuya fuerza gráfica comprenderán mejor los artistas y técnicos de la pintura y que yo traslado al español. - N. del T.

## F I A L H O D ' A L M E I D A

rabia, corrían, posábanse, desbandábanse, damasquinando las negruras con las fantasías níveas...

¡Y el palomo negro no descansaba nunca!.. Veíanle revolotear en elipsoides cada vez más anchas, embestir bruscamente por las ventanas del palomar, escupiendo desde dentro la paja de los nidos entre torbellinos de plumaje... Su actividad tenía cóleras y vértigos. Hacía desbandarse al batallón de los guerreros, iba y venía alucinado, más negro que nunca, con reflejos de acero en las alas y un alboroto de plumaje en la raíz del pico...

Las mujeres menos apenadas, que para distraerse venían a mirar por las vidrieras los árboles del jardín y la vida del palomar, espantábanse de semejante tumultos de aves...

—¿Qué tendrán los palomos? ¿Qué adivinarán los palomos? —preguntaban fingiendo ignorancia. Todas sabían, sin embargo, la historia de la deserción... Era el agüero realizado, toda la familia de almas que iba a emigrar, acompañando al cielo a su hermana, envolviéndola en la jornada, defendiéndola con las alas, alimentándola con arrullos, vistiéndola de la blancura divina de su pureza y emitiéndole el esplendor de su gracia...

Cuando el viejo doctor llegó, el semblante de María Jesús se había demacrado del todo, había en su cabeza diafanidades de cera, y un tono verdinegro rayándole de las sienas, ahogábale las facciones en un como lucero fosforente. En las aletas de la nariz plegadas a hierro, puntos rojos se depositaban en cristalización microscópica, como el polen de una fúnebre



## L A C I U D A D D E L V I C I O

flor destrozada... Y los ojos abiertos, helados de humores, perdida la transparencia, daban a la fisonomía una singular expresión de acabamiento, angustia y suavidad idiota, dejando ver, en un terrible relance, cómo el animal se iba transformando en cosa...

—Rezen, dijo el viejo en voz alta, poniéndose el sombrero para salir, en medio de los llantos renovados...

Los últimos palomos abrían las alas, saliendo por su orden, para instalarse en la enorme serpiente de nubes que se desenvolvía palpitando bajo la irrisación de un último rayo de sol enfermizo...

—¡Los palomos!... ¡Los palomos!... decía ahora toda la gente...



V

EL ROBO

**A** la puerta de la enfermería posaron la camilla en espera.

—¡Eh, Ramón!--gritó el enfermero del fondo.

Un criado ya viejo miró en la dirección de la voz y con la nariz al aire, mangas arremangadas, el labio colgante y estúpido, olfateaba. El enfermero añadió:

—¡Cama del rincón, vayal...

Y con su gesto lánguido, abría en derredor de uno que expiraba el biombo aislador, de papel azul y verde, con ramitos de rosas y mariposas...

Alta e interminable, la enfermería recordaba aún el claustro del convento de donde había nacido, con sus pilastras de cantería brutal, la bóveda blanqueada de la cual las lámparas caían simétricamente y ventanas de una orilla a otra, encimadas por respiraderos, y claraboyas circulares..

Tenía tal vez cien enfermos aquel cuartel irregular, en cuyo circuito se veían pequeños bancos de pino, con escupideras de hoja, boletines clínicos, colgando a la cabecera de cada cama, y en la blanca amarillenta de las almohadas, cabezas lívidas de

## F I A L H O D ' A L M E I D A

ojos extraviados, que se sentían solos entre tanta gente y más sufrían de contemplar los males circunvecinos. El enfermero era uno de ojos biliosos y barba dura, cuya ruda voz destilaba monosílabos roncocos... Su vientre se combaba en obesidades bofas y la cara lívida, picada de viruela, tenía una expresión cobarde, envilecida por ese largo oficio de humillaciones... Los ayudantes, gallegos viejos, no eran más suaves de modos, y día y noche altercando sobre cualquier cosa, golpeaban los zapatones en el suelo, mostrando por los descosidos de la camisa musculaturas de toro bajo epidermis de gallina cocida...

Era casi de noche y se estancaba, a flor de las cosas, una penumbra sombría en que se multiplicaban las larvas de la fiebre, en la atroz fiebre de la podredumbre... Habían descubierto la camilla entretanto: el enfermero vino a mirar pachorrudamente y con un dedo había mostrado a los criados la cama del rincón, ya dispuesta a recibir huésped... Cada uno de ellos entonces fué a un lado de la camilla; el más bajo agarró las angarillas de delante y el más seco las de atrás... El enfermero dijo: *jaupa...* y en derechura a la cama, la camilla atravesó la enfermería... El enfermo que acababa de entrar era un muchachito raquíptico y triste, cabeza oblonga toda rapada, un modo provinciano de hablar y esa dulzura de mirar en la cual se reflejan todas las resignaciones... Debía contar trece años y había venido a los diez de Santa Comba, recomendado a Pinto por un tendero de la comarca. La vida en la tienda, durante los tres años, había sido una áspera pelea, des-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

de la madrugada a las once de la noche, día a día, sin descanso... Era él quien barría como mozo (1) más joven, quien ponía los cierres, abría la puerta muy de mañanita, limpiaba el polvo y molía el café.. Metido en el zaguán enlosado o en la cocina tenebrosa de la tienda, donde en verano y en invierno una baba salitrosa y helada lloraba de la inmunda cantería y de las paredes polvorientas, allí pasaba los días, sólo con una triste camisa cubierta de manchas, arremangada y rota por todas partes, pantalones de pana sobre las piernas desnudas y zuecos en los pies sin medias, hinchados y torpes... Los inviernos habían sido implacables en ese antro aún para el montañésito acostumbrado a los hielos de las sierras de la Beira... Como los portales no tenían puertas, un vientecillo horrible cortaba por el pasillo de la tienda al zaguán, poniendo en las carnes veteados de zebra, listones amoratados, sabañones en las manos de los dependientes y tornando la cocina inhabitable y mortífera... El mozo no se quejaba. Nunca en la vida había tenido pelliza; los pantalones de pana desgastada, relucientes de sebo, no le resguardaban las piernecillas esqueléticas, y cortado al rape el pelo, no podía resguardarle la piel del cráneo... Cuando llovía, aún peor... El agua inundando el zaguán entraba en la cocina, escurriéndose por la anfractuosidad de las piedras y viniendo a mojar los fardos del almacén..

---

(1) *Marçano* es la palabra genuinamente lisboeta y la que usa Fialho para designar el motil o mozo empleado en tiendas, que barre, friega y se dedica a las faenas más serviles del comercio al pormenor.—N. del T.

Era entonces menester desatascar todo aquello, cargar sacos de azúcar, costales de bacalao, barriles de arenques y de manteca, cajas de golosinas; había que lavar el suelo; en fin, todas las precauciones exigidas... Y siempre él, el más débil y pequeño de todos, cargaba con esos trabajos pesados y aguantaba las reprimendas... Dos o tres veces, Pinto, insinuándoselo los dependientes, le había azotado con una cuerda mojada, porque se quemaba el café, porque tenían moho los azucarillos, y algunas veces porque las cucarachas invadían los cajones de la tienda. Era el juguete de las intrigas del almacén, el punto obligado de las chacotas villanas de los dependientes, el blanco de las regañinas y la víctima de los delirios viciosos, de esos tres o cuatro encarcelados brutales que solo podían dejar la tienda tres horas cada quincena...

En los días agrestes en que se veía forzado a residir en el zaguán, sentía a veces, ya en los últimos tiempos, a cada bocanada de viento, picazones interiores, ardores mortales en el pecho, opresiones vagas, un malestar indefinido... Y aquello coincidía con una sensación de debilidad general, dolores en las articulaciones, entumecimientos de miembros y vértigos frecuentes... El tercer invierno fué el más terrible, y en una mañana en que la fiebre le caldeaba y el delirio le hacía decir incoherencias, cuando furiosos los dependientes le iban a sacar de la cama a puntapiés, advirtieron su respiración jadeante, le vieron los ojos sin luz y bajaron con miedo... Y cuando anocheció, aún en mangas de camisa y

## L A C I U D A D D E L V I C I O

pantalones de pana, el pobre hizo su entrada en el hospital, en la camilla de la próxima Delegación de policía (1) y a hombros de cuatro gallegos...

Esas primeras horas de enfermería fueron para el muchachito un desconsuelo mortal. Estrangulábale una sensación glacial de abandono y de pavor, la idea del matadero donde se muere abandonado al son de risotadas, entre agonías atroces, sin sacramentos y sin palabras de piedad... De los cerrojos del sótano penumbroso, de las lámparas cuadradas caían con luz triste, inmóvil en la atmósfera podrida del ámbito, claridades que se amortiguaban en los ángulos de la habitación, en cuyas murallas, sombras de pilares trazaban formas como de árboles colosales...

En el amontonamiento de lechos y en el sueño fantástico de aquella luz amarillenta de osario, el mozuelo apenas pudo en el hervor de la fiebre que le minaba, reconstruir con verdad, por lo que veía, la vida purulenta del estercolero hacia donde la ciudad barría sus tumores y sus miserias. Parecióle que le dejaban al pie de una gran ventana en algún rincón de sombra luctuosa... Dos manos enormes le levantaron la cabeza para ponerle la almohada, sintió las mantas estiradas hasta los pies; y le-

---

(1) La policía está en Lisboa dividida por *escuadras*, que son los equivalentes de nuestras antiguas Delegaciones, hoy flamantes Comisarías de Madrid.—*N. del T.*

vantando la vista, dió con una cara gordinflona y chata de enfermero, bigotes cayendo en las comisuras de los labios horrendos, y ese aire de enfado aún peor que la rabia, que pronostica la indiferencia y el embrutecimiento de corazones donde todas las cuerdas están partidas... Cayó, entonces en un estu-  
por profundo, y así quedó como los otros, jadeando, la piel seca, boca abierta y lengua pastosa, con gritos aflictivos, que a trechos marcaban las visiones del delirio, que iba evocando...

Nunca supo decir los días y las noches, que así estuvo abotargado en modorra siniestra, con rosetones plúmbeos en el rostro, carnes flácidas y siempre aquella opresión que le ahogaba con tenacidad cruel, si abandonando las almohadas altas, procuraba extenderse un momento sobre algún lado... A veces alguien se le acercaba a sus pies, le hacían sentarse bruscamente en la cama, con preguntas rápidas: si estaba mejor, que volviese la cabeza, que estuviese tranquilo, que levantase el brazo, para cortarte las ampollas que había abierto el cinturón de cáusticos, poniendo rojo y dolorido en el thorax todo un circuito de carne viva... Lo que le atormentaba eran las percusiones que sobre llagas abiertas le hacían desde la mañana a la tarde, en la hora de la visita clínica. Si rogaba que fuese más despacio, el enfermero imponíale silencio y aquellos ojos de bilioso, vitrificados como en una porcelana china, daban un escalofrío al pobre muchacho. Noches atroces en que le crecía la fiebre y, perdido, el tino, se ponía a disparatar. Todas las escenas de los tres años de



## L A C I U D A D D E L V I C I O

tienda se fragmentaban y reproducían en esos desvaríos candentes; la noche en que había sido robado el almacén; una vez en que la zorra de la mulata (1) quedara puertas adentro, retozando con la morralla; y hasta las sobas de Pinto con una cuerda mojada, por causa de no haber aparecido el gato... Nada volvía a agitarse con más frenética insistencia en ese pequeño cerebro, atormentado por la dolencia, que el robo de la tienda...

Los dependientes se habían escabullido al cerrar la puerta y él había quedado solo en noche de San Juan... Acostado en el jergón sobre el suelo, con la barriga al aire, las ropas fuera, las manos encima de la cabeza, el pobre, solito en el almacén enorme, pensaba con nostalgia en la hoguera que en Santa Comba, delante de la casucha natal, ardía a esas horas de la noche, y veía a los hermanitos saltando alegremente en ruidosas cabriolas. Por la calle afuera, todo serían hogueras, haces de leña en montón, vainas de habas estallando en la humareda roja, y en torno de los troncos verdes, bailes alegres, colas interminables de mocerío, rasgueos de guitarra y explosiones de pandeteras... Sobre la villa despierta con serenatas, una corona de luz pondría en las nubes el oro rosa de las alboradas de Mayo... Las fachadas iluminadas estarían alegres y el reloj de la iglesia iría campaneando la media noche de San Juan, cuando el cuerno de luna

---

(1) Fialho d'Almeida es de una fuerza y crudeza realista que no excluye a veces ni el uso del vocabulario obsceno y plebeyo. No crea, pues, que intensifico obscenamente la frase en la traducción; él dice: *a zorra da mulata*. — *N. del T.*

menguante, simbólico y triste, se fuese a sumir por detrás de cabezos solitarios, revestidos de pinares sin término... Y él abandonado allí, mientras escurridos de la tienda como rateros, los otros andaban gozando por la ciudad, hacía por dormir sin poder... La puerta de la tienda había quedado entornada, para cuando los señores entrasen... ¡Qué triste ser pobrecito y desgraciado!...

En tres años de motilear (1), apenas había ganado para comer. Y tenía ya vergüenza de verse mugriento por el almacén; y al llevar a los clientes de respeto, en el gran cesto de la tienda, las mercancías encargadas, quedábase avergonzado y trémulo antes de llamar a la puerta, temeroso de que lo expulsasen, escupiesen de asco al verlo, y le reprendiesen por los desgarrones de la camisa, por los calzones de pana grasienta, tan cortos que se le veían las canchales, azotados por la orla de cuero de los zapatos montañeses... Dos veces o tres, ya de madrugada, le quiso parecer que andaba gente por el almacén... Aún llegó a levantarse de la cama... Buscó los fósforos, se le habían olvidado en la cocina. Y poniendo el oído a la escucha, sólo advirtió que las cucarachas roían en los paquetes del macarrón o por el suelo arrastrando papeles, y armaban las correrías de todas las noches... Además íbale entorpeciendo la modorra de

(1) Empleo aquí este verbo perfectamente castellano aunque no lo admita el Diccionario de la Academia (14.<sup>a</sup> Edición-1914) en el sentido de servir de *motil*, andar en esos menesteres. *Motil* o *mochil* es—dice el Diccionario—criadito que sirve a los labradores. ¡Y a los marineros!—añado yo.—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

la madrugada. Había sido penoso el día; moler café toda la santa tarde, guardar botellas que habían venido, limpiar el moho de los quesos...

Y los ojos se le cerraban en el adormecimiento de una enorme fatiga, cuando muy suavemente otra vez las tales pisaditas sonaron ahogando ruidos, como de alguien que fuese, recostado en las paredes, tanteando las cosas en la oscuridad. El deseo de él era gritar: ¿quién anda ahí?; buscaba los fósforos, pero sentía una cobardía que le deshacía todo, crujíanle los dientes; ¡si fuesen ladrones!... Y en su mente adquirirían relieve leyendas de malhechores, actitudes trágicas en que brillaban navajas y corría sangre... Y sus oídos zumbaban en el terror de aquella expectativa y un fósforo raspado en la pared abría fulgores tibios, a cuya luz la figura del ratero tomaba rasgos de siniestra audacia, el *tic* sagaz de un animal ferroz, el pescuezo extendido, a la escucha hacia dentro, y la cabeza chata de un dibujo de carnívoro, a la cual dos orejas grandes despegadas de las sienes daban el aspecto de un mochuelo, desgachado y lúgubre: ¡O Fosué! ¡O Fosuel!... Y la voz que así dijera, ahogábase en secretear entrecortado, pareciendo volar por todos los puntos de la casa, desde la bóveda de la tienda a la escalerilla de la cueva; cuando desde la calle un silbo discreto, allá lejos, en la precaución de un plan estudiado, hacía caer el fósforo y deslizarse la sombra del ratero, en tropezones con las tinieblas... El mozuelo hacía entonces esfuerzos desesperados por gritar; llevábanse el dinero de la tienda y los fardos; Pinto iba a matarle en sabiéndolo... Y

aquella suprema idea, galvanizándolo todo, haciale saltar de la cama en un berrido ronco, con los brazos al aire e incoherencias de poseso... El ratero volvía, sin embargo; se le había tirado a la garganta, le sacudía... ¡Las cuatro de la mañanal... Era el ayudante de la enfermería con el remedio en una copita...



Al fin, abriendo los ojos conscientes, al cabo de no sé cuántas semanas de abotargamiento mórbido, consiguió dar fe con tranquilidad de sus compañeros de reclusión, los vecinos mayormente.. Era ya una mañana de Mayo, en los días en que la humedad de las callejuelas recónditas y el frío de los interiores desabrigados forman paralelo ingrato con la tibieza de la luz exterior, tan benéfica que por los troncos entorpecidos en la invernada hace subir revigorizaciones de savia, y va haciendo brotar de los arbustos decoraciones patéticas de hojas, como enciende en los rostros rubores de salud y en los cuerpos vértigos de alegría insaciable. Esa gradual magnificencia de la tierra paramentada de coloridos finos, hierbas mosqueadas de margaritas(1), amapolas y flores de mayo, las transiciones infinitas del verde que ondula del amarillo al añil, bosquejando fondos de oasis a las casitas rústicas de las huertas, he-

(1) A nuestras margaritas silvestres, que en ciertas regiones de la Andalucía baja, en la provincia de Almería, por ejemplo, se llaman *mojigatos*, corresponde la poética denominación de *malmequeres* en lengua portuguesa.—N. del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

ría por el contraste a los habitantes de la vieja enfermería, de paredes impenetrables, pilares gigantescos, y ese calor insípido de fogones que arden, noche y día, con intensidad prefijada en una escala, ablandando los cuerpos y favoreciendo las fermentaciones. Algunos hospitalizados que mejoraban, aún derrengados por el asedio de largas enfermedades, iban de ventana en ventana y de cama en cama, acechando la agitación de la ciudad, estirada abajo en la expansión irregular de un barrio pobre: fincas altas, callejones con escalerillas, huertecillos en forma de embudo o contemplaban el valor de los infelices que en crisis vacilaban entre la franca convalecencia o el franco paroxismo...

Un viejo campesino de Chellas, por ejemplo, ingenuo y charlatán, era de una salud conmovedora... Tenía el semblante rudo y calcinado por las intemperies del campo, manos disformes con dedos curvos, que la convivencia de la azada ya no dejaba enderezar, patillas amarillentas y rasas haciendo imbécil la risa y un sincero interés por la suerte de los compañeros de enfermedad... Encorvado en el capotón de hule de la casa, gorro blanco atado en el occipital, iba recostado junto a las camas a saber de sus enfermos todas las mañanas, a ayudar a los mozos en el servicio de las raciones y distribución de los remedios, a contar su vida a los que ya iban mejor, a decir bromitas a los que se ponían a la ventana, a alentar a los que se atormentaban o a rezar por los que ya no sentían...

Y una noche en que el de la cama 24 murió, el de

## F I A L H O D ' A L M E I D A

Chellas, sentado en su lecho, con los ojos en los dos puños, lloró unas pocas horas como si fuese de la familia, lo que causó gran escándalo entre el personal de servicio, principalmente el enfermero que, chupando en la pipa, con los ojos dormidos, le llamó en voz alta: ¡gran pantomimero!...

El mozo tenía un afecto grande al buen hombre, ingenuo como él, que hablaba en un tono reposado que le recordaba a las gentes de Santa Comba, y que sabía esos proverbios rudimentarios sobre estados de tiempo o de salud, señales de recolecciones o de fortuna personal, en que el pueblo acostumbra a sintetizar su patrimonio de observaciones seculares y anónimas. Era el viejo de Chellas el único que mostraba interés por él, queriendo saber de dónde era, qué hacía, el nombre del padre, si en la tienda era bien tratado y qué tal de manducatoria...

Así, en la mañana en que la mejoría se esbozó francamente en el mozuelo, por la inteligencia lúcida que volvía al cabo de un período agudo, en que la fiebre le había impedido todo, percepciones fieles y coherentes juicios, la primera cara que afrontó, abriendo los ojos después de un sueño reparador, fué la del campesino que le sonrió, desde la cama del vecino del lado, a cuyos pies estaba sentado. Y fué él quien, al fin de una gran charla sobre la enfermedad de ambos, con el brazo extendido, le fué presentando a toda la enfermería, con la historia de cada enfermo, las respectivas manías, las gracias de los mozos, las invasiones bruscas de la estudiantada que abría de par en par las puertas y las mamparas para

## L A C I U D A D D E L V I C I O

explayarse después entre risas y réplicas, en derredor de cada caso clínico más curioso. Había un tipo de cada clase en esa estufa de eflorescencias mórbidas: viejos paralíticos, dolencias febriles, una colección completa de tísicos en todos los grados, clasificados por orden, cardíacos de faz terrosa y respiración intermitente, enfermedades viciosas que eran la hilaridad de los convalecientes, anemias, bocios, tumores, un museo de torpeza física, constituyendo el orgullo de una población y el delirio de un clínico... Y reproduciendo la risa, la voz y el gesto de un doctor, el viejo de Chellas, en pie junto al lecho del mozuelo, remedaba a aquel que una vez, mostrando la enfermería a un colega de provincia, decía alegremente:

—Se hace lo que es posible para que haya de todo, querido... Da trabajo, no lo niego, pero con buena voluntad...

—¡Bendito nombre de Dios!—decía amedrentado el rapazuelo, mientras radiante de la emoción que producía, el otro tomaba alientos en un orgullo de contar tan bien...

—¿Vé usted el del número 13, vé:—decía él.—Esbozaba el tipo, detallando con calma...

—Aquel gordo, todo calvo, que está pasada la estufa... Anda hace dos años que habita aquí, imposibilitado del todo... Había sido del Matadero. ¡Malo, santín, como nunca lo ví!... Desde que entró no dice sino ¡agual cuando tiene sed... ¡cueva! si los colchones van hacia abajo con el peso del corpachito... y así... De estar hacia el mismo lado, hace semanas, se le

pone el cuerpo en llaga viva; y tiénele una rabia en la casa... No me choca: aquí no trayendo recomendaciones, no soltando propinas, ni siquiera buena cara ponen... Al principio venía la hija, domingos y jueves con regalitos, algo de fruta y unas moneditas... Eran insultos de muerte a la muchacha que al fin se mudó de barrio ¿entiende? aburrida del estorbo ruin... ¡Siempre queda alguien contento cuando otro muere... A fuerza de vivir aquí, ya conoce el estado de la criatura por el resollar de la respiración. Cuando va a haber carne fresca, avisa al punto riendo como vengándose de alguna manía vieja...

Aquel modo de contar daba escalofríos al mozuelo cuya fantasía empapada en toscas supersticiones de provincia, creaba en la cama 13 una encarnación de diablo sarcástico, viviendo de la tortura ajena, próximo a los delirios, en la alucinación de las fiebres y en el corazón de los dolores, derrotando a la terapéutica, haciendo huir a las creencias, y en el crepúsculo de la agonía prolongando sobre los cuerpos alas de murciélagos, escamosas y verdes, hambriento de las almas del color de la luna...

Pero en su monotonía implacable, el viejo seguía adelante, verduoso y contento, insistiendo en el caso, biografiando a unos y a otros, refiriendo las razones de carne asada, las tradicionales hambres de la dieta, los grandes desalientos de cuando caía la noche en la enfermería enorme, a la hora en que los accesos vienen acelerados, el ritmo de las respiraciones se turba, una aflicción convulsa aplasta los pechos y el valor, y a las ventanas fumando, los lí-



## LA CIUDAD DEL VIGILIO

vidos enfermeros bostezan de tedio y mal humor...; Entonces cabizbajo, el viejo pensando en su vieja y el mozuelo en su madre, sonreían uno para otro, muy tristes, con una nostalgia del bello soi de los prados, y de los techos humildes bajo los cuales habían dormido en otro tiempo... Cuando la narración llegó a la cama en que el de Chellas estaba sentado, el mozuelo puso la vista por primera vez en el bulto del enfermo vecino suyo, envuelto en ropas hasta las orejas e inmóvil como si estuviera muerto... Había entrado con cuchilladas en el lado izquierdo, iba ya para mes y medio, conforme el viejo contó... Pocas palabras, ojos cerrados siempre... ¿Quiere ver?

Y destapando la cara del intratable compañero, el de Chellas le gritó:

—¡Eh, camarada, dé los buenos días a la gente!...

El enfermo viró dolorosamente la cara hacia el lado de donde partía la voz. El movimiento que hizo casi instintivo le arrancó de las profundidades del pecho un gemido extinguido, y el mozuelo pudo ver en el dobléz de la sábana ensangrentada y el algodón del gorro de dormir, un rostro chupado y amoratado, cuyos ojos parecían dormir bajo los párpados caídos, piel de elefante con barba rala, enormes orejas que, despegadas del cráneo, daban a ese conjunto la expresión nocturna y lúgubre de un mochuelo derrengado. Dió un respingo en la cama, una especie de grito brusco que puso en alarma a la población próxima...

—¿Algún dolor?—quiso saber el de Chellas.

—¡Nada, nada!... Y confuso, trémulo de susto, el

mozuelo tenía deseos de volver a tramar conversación, adquirir de nuevo sangre fría, reír de lo que el otro contaba, pero volvíanle ideas negras, parecía aquello una cárcel; los hombres, seres feroces devorándose en eternas luchas y eternas intrigas; toda la ciudad un cubil y la enfermería un estercolero... Y aproximando reminiscencias, comparando facciones, decía para sus adentros haber visto ya aquella faz terrosa... ¿Dónde? ¡Cualquiera iba a saber!... Pero habíase puesto inquieto, peor; una cosa parecía estrangularle y robarle el sosiego y el calor del cuerpo. Miraba en derredor, vacío de conciencia, oprimido, con las manos errantes en las ropas...

Hacia magnífico sol en esa mañana, que era jueves de la Ascensión por más señas; y era de ver cómo los convalecientes, abandonando periódicos y conversaciones, venían a apiñarse detrás de los cristales de la enfermería, alargando los ojos hacia el paisaje fronterizo. Divisábase ya en el arrabal un poco de las montañas de Graça y del Monte (I), y más allá, en la inclinación del valle que se extiende frente a la

---

(I) *Graça* es uno de los barrios más típicos de Lisboa, y en lo alto de la colina en que se escalona el barrio, está la capilla de Nuestra Señora do Monte, fundada en 1148, secular, pues, de ocho siglos. Desde el pretil que rodea esta prominencia, se descubre un panorama espléndido de Lisboa con la perspectiva de casi toda la ciudad, la rada y la orilla izquierda del Tajo. En la subida a esta capilla, cima y blasón de la colina de Graça, hay una casa que fué agujereada por las granadas desde la *Rotunda* por las fuerzas revolucionarias en 5 de Octubre de 1910, cuando se proclamó la República.—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Penha (I), mieses por espigar, picadas de vivos puntos de flores...

Como era día de espigar por las veredas que demarcaban las tierras, los grupos de gente obrera, con ejércitos de chiquillería, iban por entre las mieses, serpenteando, con trajes de domingo, para coger el ramillete de amapolas y espigas, que al decir de la leyenda, les traería al nido felicidad y paz... Luego de mañana, el paralítico, que en la vieja silla de ruedas lo recorría todo, pidió al de Chellas que le colocase el vehículo contra la ventana, añorando los tiempos en que, como aquella gentualla torva, esparcía los ocios del día santo, con blusa nueva, señora al lado y el rapazuelo trotando en el garrote del padre... También ese fué apuntado por el de Chellas al mozuelo.

El muchacho lo miró desde lejos, le vió una cara grave, expresando nostalgias de venturas muertas y estúpida indiferencia por lo que en torno de él vivía.

---

(I) Esta *Penha* es la *Penha de França* en lo alto de la cual se erigió una Iglesia en cumplimiento de un voto del escultor lisbonense Antonio de Simões, después de la derrota de Alkazar-Khebir y de la infausta muerte del Rey Dom Sebastião, de la cual el artista pudo salvarse. El temblor de tierra derribó por completo esta iglesia que había sido embellecida después de la peste de 1604 por los votos del Senado de Lisboa. El arquitecto Teodosio Frías había dirigido la construcción de la iglesia que terminó en 1625. Después del terremoto de 1755 fué reedificada en 1758. Los cuadros de la capilla son de Pedro Alejandrino y los de la sacristía de Pinto Coelho da Silveira. Otro panorama aún más amplio que el de *Graça* se divisa desde allí.—*Nota del Traductor.*

¡Qué tiempos, qué tiempos!... Y el viejo meneaba la cabeza muy grave, con los ojos en el suelo.

—Y a tiene a la compañera en el cementerio, contaba. El mozo se le hizo hombre y fué condenado a presidio por navajazos... Nadie heredaría el nombre del herero honrado ni la herramienta del oficio, con la cual por cincuenta años las manos de él habíanse encallado en la bella gallardía de una labor sin tregua... Todo en ese hospital era, pues, triste, oliendo a tumba; ¡miserias, desgracias, caídas!... Temblaba el alma de frío...

Y también pensativo, el viejo de Chellas levantaba la mirada sobre el paisaje fronterizo, animado de gente y penetrado de los hálitos del aire y del sol que, suave, suavcito, iban haciendo ondular los haces de mieses y las hojitas de los olivares. En aquella hora, todo se expansionaría en su pobre lugarcejo; corolas de risas matinales, sencillas y sinceras como el alma de los prados verdes, exhalada en el cántico de los pájaros y en la bruma cerúlea del atardecer... Estaría tocando a fiesta la campana de la iglesia; gente de los caseríos, por grupos, entraba tal vez por el viejo portal ojival de la iglesia, gótico de la primera dinastía, y en el campo de la fiesta, flautines y bombos animarían el baile de mozonas con molineros, espesos como becerros. De una orilla el río espejeante y de la otra colinas verdes salpicadas de manzanos en flor, altas norias ronceras y molinos de viento en remolinos, encuadrarían el paisaje en una suavidad casta, llena de sueños fecundos, nupcias, besos, átomos de sol y mariposas sa-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

cudiendo el iris de sus alas turbulentas... Cada corola sería un nido y una fucsia cada insecto bicolor... En las colmenas de las huertas, abejas irían haciendo pacientemente catedrales de celdillas, rojas y góticas, con el perfume de todas las flores y la dulzura de todos los néctares... Un dios coronado de hojas, crinés al viento, risa de auroras, Baco por los racimos del carcaj, medio hombre y medio monstruo, esculpido en los ingertos de las cepas, entre hojas de parra y cañaverales, o en los harapos de la niebla, a la hora en que el sol se esconde tras de las cordilleras, esparciría sobre la naturaleza ebria la magnificencia de sus gracias sin par... Y en el extremo de la aldea, a la puerta de la casucha terrosa, la viejuca de rueca erguida en el regazo de las sayas, haría bailar el huso en los dedos, lejos del huso y de la rueca, sin embargo, con el pensamiento en su viejo del hospital llorando por eso mismo. ¡Ah, Dios del cielo!... ¿Qué sería de las vacas, de las plantaciones de repollo, del patatal y de la jumenta parida?... Y campo adelante, recogiendo espigas, con el sombrero ancho y la canción en los labios, él veía a la gentualla trepando, serpenteando, corriendo, y quedaba entristecido de estar preso, de verse enfermo, ¡espectador de tantas miserias y de tantos dolores!...

Así estuvieron callados, sonó una hora en el reloj de cuco de la enfermería, y el mozuelo, atento al de las navajadas, le veía la inmovilidad del cuerpo ahogado en ropa hasta los cabellos, y el quebrarse de la postura, siempre la misma, vacía y muerta. Dábale un miedo álgido aquel hombre tan quieto,

al cual ningún remedio arrancaba mejoras, siempre lo mismo, siempre lo mismo, no pronunciando palabra, no respondiendo al médico ni al menos dejando ver una página siquiera de lo que hacía por fuera...

—¿Cómo está? preguntó el mozuelo indicando al de Chellas el bulto, de soslayo.

—Dicen que se vá...

Y tan lacónicamente pronunciada la sentencia de muerte, dió alivio al pequeño, que muy bajo, para sus adentros, se atrevió a decir: ¡menos mall... como si el mundo le quedase abierto por cerrarse aquel nicho...

Permitíase a aquella hora la entrada en la enfermería, y mientras, con esmeros postizos, los mozos alisaban la ropa a los protegidos, rehaciendo los dobleces, llegando a las camas las sillas de cabecera y poniendo como un ascua las escupideras; —personas de la calle, tímidas, paseando los ojos de cama en cama, en busca de su enfermo, iban entrando recelosas, las mujeres sobre todo, de tanto hombre acostado. Los que en la vida aún tenían personas allegadas, viejos padres o maridos, hermanos, amigos, compañeros de casa o de fábrica, levantaban los ojos para la mampara, en espera de un rostro conocido, que les viniese a sonreír y a hablar. El imposibilitado permanecía en la misma actitud de dos años, indiferente a lo que pasaba, en un egísmo

## L A C I U D A D D E L V I C I O

imbécil y que exhalaba rencor... Y desde la ventana daba espanto también el rostro del paralítico, esbozando una de esas tristezas densas y mudas, que dan pena hasta a los niños y de las cuales la gente se acuerda toda la vida. Ninguno de ellos tenía quien le quisiese ya, y los afectos dispensados a los demás; —mujeres volviendo a ver a sus maridos, hijos besando a los padres, hermanos besando a los hermanos, y amigos contando lo que se hacía por fuera, escándalos de la calle, casos de la fábrica, proyectos y desastres—producían en el alma de los dos como un resonar de bofetada, insulto que no se perdona y trae el odio como una reacción... Pero de repente, detrás del viejo de Chellas, una voz confusa dijo:—¡Oh, maridol...

Volvióse él a aquel timbre de voz conocido, con los brazos abiertos, queriendo levantarse de donde estaba sentado, y sin poder. Era su vieja campesina, (1) de botas recias y pañuelo amarillo...

—¡Eh, compañera!...

Quitándose el chal de bayeta, la pobre habíale caído de lleno sobre el pecho, llorando sin hablar y muy alegre por verle ya en pie...

Reían en torno de unas ternuras de sesenta años vivas y sanas, que tenían, tan sencillas, un perfume casto de bodas de oro, al tiempo en que un mozo, apuntando al lecho del muchacho, dijo para un señor: ¡Es aquí!... E inesperadamente el pobre rapaz

(1) *Saloto* y *salota* que es la típica palabra para designar a los campesinos de los alrededores de Lisboa. Chellas, es en efecto un arrabal de Lisboa, donde hubo un antiguo convento.—*N. del T.*

se dió de cara con Pinto, el dueño de la tienda, solemne con el levitón negro de los días de fiesta, con la patilla rasurada y el cabello al rape y el alto vientre liberal, de donde medallón y cadena se escurrían en un pus de riqueza gorda y ordinariota... El tendero adelantóse, con la faz austera de patrón, el sombrero de copa derribado y la esclavina de franjas bordadas. Comenzó luego a hablar en una mascullación nasal y rápida, sin dejar hablar, haciendo pesar la nota hostil de su posición superior. —¿Cómo estás?... ¿Cómo no estás?...—Que le habían puesto cáusticos...—¿Cuántos, aún así?... Y prosiguió: ¿si obraban como purgantes? Era esencial para echar fuera los humores... ¡Deja doler lo que duele!... El bien le había recomendado en la tienda, que tuviese precaución,.. Advertir a un hombre zopenco es machacar en hierro frío... Y casi le mandaba ponerse bueno al día siguiente, impacientado, gruñón, por la falta que hacía en la tienda...

Vino el señor enfermero con las manos en los bolsillos, y el gran delantal con chapa de la casa y el gorrito a un lado... Y sabedor de la alta posición que ocupaba aquella figura, Pinto hízole una reverencia extendiéndole la mano con la risa solemne de recibir visitas, y tratándole de *Buestra Señoría*... (1) Pusiéronse a conversar de la vida, tan trabajosa para quien no quería andar en dependencia... Y Pinto describió cómo había emprendido su

---

(1) Claro está que Fialho d'Almeida infringe deliberadamente la ortografía, diciendo *Bossa Seahoria*, para remedar la pronunciación del tendero.—*N. del T.*



## L A C I U D A D D E L V I C I O

negocio, cómo había comenzado en la calle de los Vinagres, con la tenducha de la esquina, en sociedad con otro; y cómo había subido poco a poco, siempre con honra, afortunadamente. En un sopor, el otro escuchaba, mirando por encima el revoltijo de la enfermería, tan pintoresca por los visitantes que entraban y por el barullo de voces que se cruzaban... El tendero, entonces, para lisonjear a tan precioso oyente, habló de las enfermedades del tiempo, de la sabiduría de los enfermeros, *tan entendidos* que llegaban a volver tarumba a los cirujanos... Y por primera vez el funerario tuvo un gesto de conformidad y dijo majestuosamente, sacudiendo el delantal:—*Sí, sí...*

—¿Duraría mucho todavía la enfermedad del rapazuelo?...

—Según y conforme,—dijo el enfermero... Y con un aire profundo:—No se puede prever... *Luego, por consiguiente*, puede estar un mes, dos...

—¡Dos! dijo Pinto con espanto.

—Tres o más. Conforme... Va mejor, va mejor...

Pero Pinto ya no le atendía. ¡Dos meses! Y se encaraba con el mozuelo duramente, como si le estuviesen robando...

El pequeño se lamentaba con la cabeza baja:

—Que por su voluntad no estaba allí... Si el señor Pinto creía que era un encanto la vida del enfermo... ¡Ah, él no tenía la culpa, por su desgracia, no tenía la culpa!...

Pero el tendero, sin atender, volvía a la carga, atacando, haciéndose oír. Y el tono seco, cerrado y

bajo de su voz, oprimía por la dureza, venía en granizada cortando respuestas y lamentos, entristeciendo más al pequeño, y poniéndole en los dedos y en la espina dorsal, la frialdad cruel del miedo...

—No todos habrían esperado como él, tres semanas así... ¡Era abusar!... Y que si la cosa era para tarde, no tendría remedio sino tomar otro. Rico mío;—decíale enterrando la cabeza en los hombros, con su brusco movimiento ascensional de espaldas: —¡Cuesta mucho... pero no hay más remedio que marcharse para la tierra!...

Reprendíale como de costumbre, por la debilidad física; la miseria de los huesecitos derrengados, la carne blanda que cedía postrada al más ligero esfuerzo, canillas de brazos, pecho hundido, amarilleces de una sabandija... Y su carne triunfante y colorada, que la hartura de la mesa regalaba y mantenía, escupía desprecios áridos a esa miseria de chicleo chupado que se doblaba en cobardías de junco... ¡Servía para eso, no, diablol!... Y viéndole lágrimas, temiendo que hubiesen reparado, hablaba en voz alta, suavizando la expresión al decir:

—Cúrate, deja. Con descanso y tiempo aún llegarás a ser un granadero...

Y quería reirse; al reirse era hediondo. Por fin sacó el bolsillo; miró en derredor para que lo viesen; revolvía entre las «medias coronas» nuevas, haciéndolas tintinear; y una a una dejóle caer sobre las sábanas, cinco que tintinearón llamando la atención de toda la casa: personal y enfermos... Los que estaban cerca hicieron un rumor de admiración sim-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

pática:— ¡Qué rico patrón, bella personal... ¡Feliz quien servía a hombres así... Y pedían con la mano extendida y aire cansado, para tabaco. Al tintinear de la moneda, el de las navajadas abrió el ojo, inmóvil entre las ropas, y por el rabillo del ojo veía atentamente al rapaz entretenido con las medias coronas generosas, y a Pinto distribuyendo la calderilla menuda que llevaba, haciendo ensanchar el coro de las bendiciones, ustuoso de orgullo, el medallón oscilando en su vientre burgués... El episodio había hecho olvidar a la pareja de Chellas, el viejo al pie de la vieja, aislados de los demás, y distraídos con los negocios de la casa, esperanzas de la cosecha del año y del pequeño burro y de las vacas. Y habían sido benditas de Dios las lluvias de Abril y la sementera llenaba el ojo; había nacido un borrico y en la venta de la leche, el rapazuelo había días que sacaba seis *tostoes* (1) y más. El viejo, impaciente, removía la pierna enferma como para infiltrarle vigor...

—¡Esta maldita que no se endereza! decía.—¡Esta renegada, siempre es la misma!... Y procuraba quedarse en pie firme por unos minutos hasta que, forzado a sentarse, lanzaba maldiciones, indignado con la edad, con la debilidad y con la tardanza...

—¡Paciencia!—volvía a decir la vieja.—Es ya por poco tiempo.

---

(1). Un *tostao* es la décima parte de un escudo (mil *reis*) o sean cien *reis*, y es la cantidad que sirve muchas veces de tipo en la pequeña industria y comercio portugués. Equivale, a la par el cambio, a 65 ó 70 céntimos de peseta. *N. del T.*

Y remangando la saya azul, de tela pobre, sacó de la enorme faltriquera de cuadros, un queso fresco, las primeras cerezas del huertecillo, cuatro ricas naranjas y el pie de media del dinero, para que repartiera propinas a los enfermeros en cuanto le dieran el alta. Uno en otro se miraban y descansaban con los ojos tranquilos, en la conmovedora amistad de esa unión tan larga, que la vejez ya despojara de erupciones sensuales y de arrullos. Y hablaban de todo al mismo tiempo para aprovechar bien la visita:—¿cuando él saliera... no era verdad?...—y de los dolores que había sufrido, de los paseos al sol, en la puerta, por orden del doctor, de las lluvias y de las mañanas que aún venían brumosas y de la vida de cada cual en la enfermería... Interesada, la vieja reía a uno y a otro lado, para unos y otros, feliz por dar su piedad de mujer al infortunio de los tristes, que a más de enfermos eran por añadidura desamparados de afectos. Por descuido quedara entreabierta la mampara y como estuviesen vueltos para allá, vieron pasar por el pasillo a un cura, de bonete y estola negra y detrás, poco después, el sacristán que llevaba un gran farol encendido y cruz alzada...

Se miraron frente a frente pálidos, adivinando la misma cosa fúnebre. El mentón de la vieja temblaba y en la crisis nerviosa que sentía, sus brazos apretaban la cintura del viejo, como para hurtarle a peligros. Era la Unción a alguien que partía de este mundo...

—¡Adiós! dijo ella tristemente.

El marido volvió a decir: *Adiós...* Y mirándola se

## L A C I U D A D D E L V I C I O

quedó, bestializado en los aspectos sepulcrales de la catacumba, reconstruyendo a trozos, escena por escena y grito por grito, el lúgubre drama de la vida de hospital que desgredadas visiones iluminaban en humaredas de horror. Este paso del cura por el corredor había sembrado un escalofrío en los catres; parecía menos triste el paralítico, y desde su cama el imposibilitado reía alto, con un carcajeo imbécil que era diabólico, expresando deleites de una venganza siniestra de ver... Desentonada, sin modulaciones, como saliendo de una laringe sin cuerdas, su voz cascajeaba a trechos por encima del zumbido general...

—¡Allá va un cura! ¡Allá va un cura! ¡Carne fresca para hoy!...

Ya la campesina iba por la puerta, diciendo al marido adiós con su mano rugosa muchas veces, y al bajar se detuvo, estuvo aún mirando nostálgicamente y se fué... El viejo enternecido reía ya tranquilo, recogiendo de sobre la cama del navajeado los regalitos de la compañera. Iba a repartir su fruta a más del queso con el amiguito de Santa Comba. Naranjas, cuatro; había seis colgantitos de cerezas; y el rico queso sin sal, muy blanco, venía envuelto en una hoja de col. Iba metiéndolo todo en los grandes bolsillos del capotín de hule. El último colgantito de cerezas, era húmedo y rojo aún, húmedo de las hojas de parra en que viniera envuelto; y con el brazo levantado, las cerezas contra la luz, el de Chellas las miraba mucho; eran del cerezo al pie del estanque, no se engañaba. Los ojos reíanle de felicidad miran-

do a los frutos como hijos queridos. El había plantado el buen árbol, hacía diez años, un día de huracán, estando la mujer de parto. ¡Tan grandes y rojos!... Las trincaba una por una, mascando lánguidamente, guiñando el ojo... ¡De primera, mi amigo! Escupía los huesos con orgullo, saboreando su fruta, que había venido de su huerto, cogida por su rapaz y traída por su mujer... En aquella embriaguez se había olvidado del pie de media donde venía el dinero... Extendió la mano para la cama, maquinalmente, rebuscando... ¡El pie de media! ¡El pie de media! Y no dando con él, se podía en pie, pero no lo veía; el rico pie de media de las economías... Inclínose entonces con esfuerzo a ver debajo de la cama y a los lados de la banqueta, en los dobleces de la sábana, en todas partes... ¡nada! Sus ojos erraban a un lado y a otro, expresando ahora un pasmo aflictivo y el aire ahogado de quien quiere gritar y no puede... Dijo al mozuelo:

—¿Usted vió por aquí el pie de media de la compañera?...

El otro dijo que no con la cabeza. ¿No lo había visto?... ¿Qué era?... ¡El pie de media de la compañera!... Por su lado el viejo reflexionaba, mirando en derredor... ¡Nadie podía habérselo hurtado así, por vida suya!... Entre la cama del navajeado y las demás había mucho espacio; a la derecha era la ventana, a la izquierda el rincón... ¡Y el amigo de las navajadas no se había movido!... ¡Diablo!... Sorprendido el mozuelo le miraba frente a frente, en espera, sin comprender nada.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

—Es que se lo llevó ella por engaño,—dijo al fin el viejo.

—¿Que se lo llevó, quién?...

—¡La compañera, hombre!... Eso fué que se olvidó aquella cabecita de jilguero y se guardó el pie de media... Coge cerezas... ¡Déjalol!...

Al caer de la tarde, habíale vuelto bruscamente el acceso de fiebre, trayendo consigo el delirio. Jadeante y corta, la respiración venía silbante en la garganta, córnea detan seca. Aumentaba la dificultad del estar acostado, pareciéndole que una collera de bronce le ahogaba, produciéndole zumbidos en el pabellón auricular y dislocándole los objetos con círculos delante de los ojos, en un vals lento, en que los contornos y los colores se apagaban y fundían. A ratos, despertando de los letargos profundos en que se amodorraba horas y horas, oía al imposibilitado augurando muertes que, ya en las sombras de la iglesia vieja, la risa de las corujas había predicho noches y noches. Con siglos de intervalo sonaban las horas en el reloj de cuco de la enfermería, ampliando en una tortura livida, sin fin, los dolores y los insomnios, y moliendo los cuerpos por la vida muerta en que los agitaba... A veces, el enfermero de la sala, en traje de marinero, con la barretina caída y la linterna en la cintura, salía a la mampara para gritar: ¡Las diez!... ¡Las dos!... ¡Las seis!... Seguía el rumor de pisadas soñolientas, voces que transmitían órdenes, puntos rojos de cigarro centelleando en la tiniebla del pasi-

## F I A L H O D ' A L M E I D A

llo; eran los mozos que volvían a los cuartos, gente que pisaba rudamente en las losas, y otros llevando en angarillas cubiertas de negro, calientes aún, al depósito, a los miserables que acababan de expirar en las enfermerías... Entonces comenzaba otra noche eterna, sin guarida, bajo la calma densa del ámbito que la luz baja de las lámparas henchía de oscilaciones mortecinas, que dulcemente, en franjas vagas, veníanse a quebrar en la sombra trémula de los ocho pilares de la bóveda...

Aquí y allá, dos o tres soñaban con la vida libre de sus oficios, en las calles, en los campos, en las fábricas y en el hogar, reconstruyendo las escenas cotidianas: diálogos de taller, los pequeños disgustos de la familia; y de allí hacia arriba, emergía un fervor afflictivo, subiendo, bajando, intercalado de jadeos profundos, de suspiros ahogados, espasmos de asfixia momentánea, cansancios, impaciencias, rabias; después había la serie de los que no podían dormir y a todos los lados se agitaban en un abrasearse de sed, echando los brazos fuera, pidiendo agua, en una irritabilidad de sentidos que los ponía nerviosos al menor ruido, al roce más débil, al leve ondular de una luz... Y las respiraciones fundidas con esos movimientos desordenados, daban un concierto informe, algo como hervores de cráter en actividad, respiraciones que en espiral huían del rumor general para morir en silbido, en una especie de soplo apagado, a veces hasta en un ronquido...

—¡Carne fresca para esta noche!... ¡Carne para esta noche!... ¡Que los granujas están riéndose!



## LA CIUDAD DEL VICIO

Rugido de fiera que alarmaba de lúgubre a deshora de la noche, indignando a unos, mortificando a otros. Solamente, despreciando a la morralla, indiferente a los gritos y a los terrores, el enfermero estaba en la silla de brazos, en el cuarto de madrugada, con el *Rocambole* en la mesa, la linterna al lado, la pipa encendida para matar el sueño, y cierta idea golosa en dos dedos de carne femenina y sana...

Su sensación dominante era un odio de la vida negra sembrada de miserias en que se amortiguan afectos y buenos impulsos, todas las lealtades de la estimación, las abnegaciones de la sangre y los flúidos de una simpatía que a veces instantáneamente se contrae. Porque el tirocinio de la profesión, desierto de risas, constantemente enfrente del estertor, de la alucinación y del sufrimiento, el eterno espectáculo de cuerpos enfermos, poniendo al desnudo las podredumbres del temperamento y de las facultades, la crudeza de los instintos y los aullidos de la codicia y del odio, le había despojado del ideal de generosidad, estancando las fuentes del bien, de la paciencia y del amparo, cuanto es inherente a la inteligencia y se bebe de saludable en la educación...

¡Oh, la Julia, qué entrecejo prometedor!... Y se estiraba amorosamente, en un desperezamiento lúbrico, con la cabeza hacia atrás, en la molicie soñolienta que hace (por decirlo así) atmósfera al deseo. Con la boca abierta, caídos los brazos, la pipa derribada sobre el capotón, quedó roncando, hinchado como un odre, y veíasele el bigote caído en las co-

misuras de los labios, poniéndole en la cara el gesto despótico de un mandarín feroz...

Entonces el mozuelo vió, en un sobresalto, una forma desnuda que se abalanzaba sobre él, con los ojos extraviados, los brazos en arco pintados de tatuajes azules, áncoras, letras, cruces, fechas,—y con las manos trémulas palpaba las ropas por debajo de la almohada, rebuscando... De miedo, ni dijo pío. Miraba la extraña cabeza, muy chata de frente y alargada en lo alto, pequeñita, ahocicada, con las orejas salientes... Apenas se movió, la forma retrocedió sin ruido, como si se escurriese, y sus manos buscaban siempre, con incisión sutil y fina, por los colchones, debajo de las sábanas, bajo la almohada... «¿Quién es? ¿Quién está?... ¿Qué quiere?...» La adunca figura venía con precauciones minuciosas, parecía crecer enderezando súbitamente el tronco de delgadez lívida, en que resaltaban las costillas, y la enorme ligadura de vendaje pasaba ciñéndole desde los sobacos hasta los riñones con discos de sangre seca... Traspasado de terror, el rapazuelo hacía lo posible por gritar, en lucha con la pesadilla de las demás noches;—primogénita de las grandes fiebres en que, aún despierto, desvariaba... Y la catalepsia era implacable, completa, agarrábale los brazos, cogíale por las piernas, helábale la lengua, estrangulábale por la garganta... Veía esa araña de miembros nudosos, amarillos, terrosos, llenos de vellosidad parda, cuyos huesos daban estallidos, yendo y viniendo, palpando el lecho desde los pies a la cabecera, escurriéndole las manos a lo largo del cuerpo, con los

## L A C I U D A D D E L V I C I O

ojos fijos, carcomido, atroz, oliendo a raposo y a matorral... ¡Y no se iba la mano de acero que le estrangulaba la garganta!...

Transparente de extraordinaria delgadez, el larvado diríase movido por una idea fija, buscando aquí y allí, palpándolo todo sin ruido... Cada vez que sus manos tocaban la carne del rapazuelo, sentía él una frialdad de reptil, la piel escamosa y áspera, que al contacto daba irritaciones doloridas... Cada articulación le formulaba una masa redonda y enorme en la línea torcida de los miembros...

Era todo anguloso y torcido, inutilizado por una degeneración reflejada en los más sencillos pormenores orgánicos; desde los músculos que apenas abultaban, comidos de caquexia, hasta las falanges de los dedos, filiformes, temblonas, con aire de gusanos...

Al fin y al cabo, aquel estado sufrió una crisis por la condensación de una gran fuerza nerviosa; y el pequeño dió un berrido áspero y brusco, muy corto, pero al levantarse sintió la garganta oprimida por la presión de unos dedos crispados. La araña habíale caído de lleno sobre el pecho, se le había aferrado a la garganta, con las pupilas inyectadas y escurriéndose callada, por encima de él, enderezada toda en su magruña funambulesca... El pequeño revolvíase en vano; pero tenía los brazos libres y dábale puñetazos en el hocico, puntapiés bajo las ropas, y hurtaba el cuerpo a cada empuje de la pelea. Lucharon así dos segundos en un silencio lúgubre en que los alientos silbaban; y el espectro mordía las manos del mozuelo, empujándole sobre la cama, furioso, intentando arrancarle

alguna cosa, con la mano en la garganta y la otra mano agrediendo sin descanso... Al final consiguió quitarle lo que fuese, puso un pie en el suelo y le dejó la garganta libre. La lucha no cesó, con todo; ahora era el mozuelo quien atacaba, a gritos, agarrado al pescuezo del espectro... Habíanse despertado en derredor algunos, entretanto, y llamaban gente, asustados, sin saber lo que pasaba... Con los brazos tíxicos, el rapaz apretaba a la forma desnuda, implorando:—¡Deme eso!... ¡Deme eso!... Pero el informe ser parecía de piedra, mirando en pie a la criatura que imploraba... Tenía ya empapada en sangre la ligadura y doblado hacia delante, quería avanzar un paso, decir alguna cosa, tal vez hacer una señal con las manos; pero al mismo tiempo corrían y el enfermero le dió un empujón: «¡Bribón! ¡asesinol!...»

Habían reconocido al de los navajazos, al que nunca se movía de su sitio; y como avanzaba para agredir, el enfermero, injuriándole en un chubasco de infamias vertiginosas:—«que había venido del *Limoneiro* (1), para allí, que era un condenado para toda la vida, que era un asesino, un granuja y un ladrón»,—descargóle una bofetada en plena cara he-

(1) El *Limoeiro* o Limonero es la cárcel más antigua de Lisboa. Está situada en la *Rua do Arco do Limoeiro* que sube hacia *Graça*. Hoy es prisión civil donde están casi todos los condenados por sediciosos o conspiradores monárquicos. Antaño fué antiguo Palacio de *Moeda* al cual van unidos grandes recuerdos históricos. Allí fué donde el glorioso Mestre de Aviz, fundador de la dinastía gloriosa que fundó la nacionalidad portuguesa, luego en el trono don Juan I, asesinó al Conde de Andeiro amante de la Reina Doña Leonor. — *N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

dionda y le vió caer desamparado, de un golpe, vomitando sangre negra que olía a podrido... Entonces dijo en voz alta hacía la mampara:

—¡Carguen con ese canalla!

Los mozos le agarraron, uno por los pies y otro por la cabeza, y a duras penas le levantaron del suelo. Empapada la enorme ligadura, no pudiendo contener la sangre de las navajas abiertas en el esfuerzo de luchar, por los intersticios dejábala correr en hilo muy espeso, oscuro, espumoso, en las tablas y por las ropas, mojándolo todo... Ese cuerpo seco, bajo cuya piel salían tendones entiesados como varas, daba saltos hacia todos lados, con los brazos, con las piernas, lanzando rugidos de toro agonizante. La enfermería estaba ahora toda llena de barullo y todos hablaban con un fondo de pavor, braceando, comentando el caso, hablando al mismo tiempo.

Los mozos acababan de arrojar sobre la cama al rebelde a quien la muerte retorció en profundos respingos... Viéronse esas piernas dobladas como para un salto, erguir las rótulas juntas, contra la boca torcida de donde una sangre densa cuajaba lentamente. Y doblado por la cintura, todo aquel sér se movía, y rodaba, gritando, buscando apoyo en los hombros, en los codos, en las nalgas, alzando la cabeza, cayendo otra vez, y levantándose para luchar de nuevo, en el ansia del último arranque... Habían llamado al interno de servicio, que vino al pie de la cama, y secamente, chupando el cigarro, dijo:—¡Listo!... y se marchó con las manos en los bolsillos. El hervor de la respiración, que ascendía apenas llegara la ago-

nía, iba lento, con el ruido de un tren que llega, y la máscara quedara rígida y dura, listada de un tinte singular, al último girar convulso de los ojos... Coincidió con el aniquilamiento del semblante la general postración de los miembros; las piernas abatíanse en una rigidez de piedra, el pecho se le hundiera para dentro como sorbido, y colgando del lecho, la mano que estaba cerrada se relajó, dejando caer en el suelo, sonoramente, unas detrás de otras, las cinco medias coronas del mozuelo que, condensando al fin sus recuerdos, acababa de reconocer en el muerto al ladrón del almacén...

## VI

### EL HOMBRE DEL VIOLIN

**L**A casa para donde me mudé, nada tenía de cómoda y resguardada. Solamente era más alta y más clara que el primer piso de la calle del Sol.

Ya debía ser vieja; los techos bajos y el piso carcomido temblaban al arrastrar las zapatillas. Por los agujeros de la alfombra, las cucarachas saltaban de noche en rebaños, en busca de alimento. Pero por la mañana la cosa variaba; rompía alegremente el sol como un compañero holgazán, y en el parapeto del balcón, las palomas del ebanista venían a arrullarse y a besarse, con ese movimiento coquetón de cabezitas graciosas en que parece vivir todo un mundo de pequeños secretos de *boudoir*.... Un tallo de laurel rosa florecido llamaba a las abejas, abriéndolas las corolas rosáceas en un cándido aroma de besos; y en anfiteatro, ensanchándose desde la *Baixa* hasta la cima de las colinas, de una banda, y hasta el azul del río, de la otra, el caserío de la ciudad, sacudidos los últimos vapores de la noche, exhibía sus fachadas blancas, monótonamente cortadas de ventanas, sobre las cuales los techos caían en pirámides alargadas, y

## F I A L H O      D ' A L M E I D A

en las cuales las chimeneas agujereaban agresivamente aquí y allá, humeando en la risueña luz recién nacida...

La primera cosa que pude notar en la vecindad fué que no había una cara bonita. Enfrente, en la tienda de la casa frontera, la mujer del dueño, sucia y ajada, era repulsiva con sus enormes zapatillas de orillo y el corpiño del vestido constantemente desabrochado, mostrando la carne trigueña y fofa de los senos. En el primer piso, planchadoras con cara de hombre, velludas y amarillentas, venían rara vez a la ventana para lanzar miradas oblicuas sobre las casas ajenas. Arriba había una maestra; al lado un veterano, eternamente a la ventana, con el gorro azul, fumando en su pipa disforme. En la calle estrecha y tortuosa, todos se conocían; niños jugaban, descalzos y roñosos, tocando latas; por la mañana era un cotilleo de ventana a ventana sobre la carestía de las cosas y las carrasperas de los maridos; y el mismo panadero servía a todas las familias, entreteniéndose de conversación por las escaleras.

A las diez, mientras me preparaban el almuerzo, sentía un rumor de pasos cansados y una voz que decía de trecho en trecho:

—¡Espera, hombre, vete despacio, que un día vas a tirarme por la escalera abajo!...

Era el vecino de al lado, el ciego del violín, bajando con el lazarillo. Iban a la busca del sustento del día mientras la viejecita quedaba envuelta en cobertores y medio paralítica de las piernas. Sucedióme topar con ellos por las calles. El padre era



## L A C I U D A D D E L V I C I O

viejo, tipo común de los ciegos hambrientos, con la mochila colgando, violín atado al hombro por un cordón verde y sucio, sombrero apabullado; vestido de lana burda. El hábito de cantar frente a las ventanas le había echado un poco hacia atrás, los ojos muy abiertos tenían una serenidad vidriosa, la boca era un poco torcida en las comisuras.

En ciertos días corrían la ciudad entera—callejones lóbregos y calles húmedas de los antiguos barrios—donde parece aún errar una leyenda de navajazos y la bulla de altercados estériles... A la noche internábanse por los bajos cafés de obreros, en la Alfama, Mouraria y Barrio Alto (1); y allí, acurrucados en un rincón, mientras gemía el violín, el muchacho, levantando la voz, decía las desgracias de los condenados en los presidios de Africa y las lamentaciones del Conde de Vimioso y terminaba por tender el sombrero en espera de la limosna de los que bebían... Eran los únicos tristes de la calle aquellos abandonados de la fortuna: la vieja que nadie veía, el ciego y el rapaz macilentos...

Volvían tarde, extenuados.

—¡Vamos, hombre, vamos, parece que no tienes fuerza en las piernas! decía el ciego al pequeño.

Sucedía a veces que Miguel recordaba que no había petróleo en casa y que las provisiones estaban por pagar en casa de Juan el tendero y que no le haría un real en la mañana siguiente si no fuese pa-

---

(1) Los tres barrios más típicos de Lisboa; el Barrio Alto por encima del Chiado y de San Pedro de Alcántara; Alfama y Mouraria a la otra banda del Rocio.—N. del T.

gada desde luego la pequeña cuenta... Deteníanse entonces en la escalera o en la puerta de alguna tienda. El pequeño extendía la mano tierna y amoratada, y en ella el padre iba dejando caer languidamente y con pena, una a una, en un *tilín-tilín* metódico, las pobres monedas recogidas en el trayecto del día... A veces era poco; tres o cuatro *vintems.* (1)

—¡Bendito sea Nuestro Señor! suspiraba el ciego y pasaban sin luz esa noche.

En los domingos era más próspera la limosna y se triplicaban los ingresos.

—Siempre es el día en que Nuestro Señor descansa, decía el ciego.

A veces hasta una pobre señora, compasiva ante la vejez de aquel hombre, mordiéndose sin queja las miserias del desamparo, le ofrecía algún vestido remendado o los restos de la refección. Era un placer para él porque ahorraba la comida de aquel día... Y delante del pequeño Miguel, cuyos ojos vagos e interiores parecían abiertos en una contemplación lunática, el ciego musitaba con cariños dulces y suaves insistencias para que trincase los mejores bocados, con preguntas repetidas sobre si tenía frío, dolor de cabeza o los pies mojados... En invierno eran raras las limosnas; apenas se podía andar por la calle, pues el barro escupido por los coches lo llenaba todo; y eran inclementes y eternas las goteras de los tejados, pingando sobre quien pasaba sin abrigo... En días

---

(1) Un *vintem* es una moneda muy popular en Portugal, que representa dos centavos o sean veinte *reis*. Es la forma de contar más frecuente entre la clase baja para las pequeñas compras.—T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

así ni los golfillos de la calle querían música; las criaturas de los diversos pisos, las mejores parroquianas de los pobres valeses y canciones que el viejo ejecutaba en el violín, no podían ponerse a la ventana; si pedían limosna, respondían al punto: ¡Tenga paciencia!...

A más de eso tenían horror a que la policía les pescase en flagrante mendicidad... ¿Qué sería después de la viejuca?... El asilo glacial, en que las cabezas están llenas de parásitos y los estómagos vacíos de alimentos, se les ofrecía encuadrado en la presión soberbia y fría de los fiscales y administradores; habrían de separarlos brutalmente, el viejo para el asilo con otros inválidos, como él sin nadie que les pudiese valer, el chiquillo para la *Casa de corrección* donde la lividez es patibularia... En esos atormentados días era necesario comer a raciones... Una vez sólo habían sacado un *pataco* (1). ¡Y la viejuca, cuitada, sin remedio!...

La hora de la comida retrasóse aquel día. Cuando ya era de noche, el viejo habló de ir a comer alguna cosa... Quejóse de no tener ganas, y dió a Miguel el dinero para que fuese a comprar pan... La criatura le miró con una especie de sorpresa ingenua; a la luz del gas de una tienda vió lágrimas en las pestañas trémulas del padre, cuyo rostro demacrado tenía un color terroso de angustia... Y sin saber por qué se puso a sollozar en la esquina, lejos de él para que no fué oído. ¡Ah, era bien negra aquella vida, era...!

(1) El *pataco*, moneda muy usada en Portugal, es la moneda de cuarenta *reis*, hoy cuatro centavos.—N. del T.



## VII

### MATER DOLOROSA

**L**A noche fué a sorprender al rebaño en los cabezos de Montalão, avanzadas de la cordillera adusta que, cerrando el valle por el Norte, venían a morir poco a poco en otros ya cultivados, y más raros a medida que en volumen y redondez decrecían...

Era uno de esos veranos alemtejanos, calcinantes y sazoadores, en que el sol arde desde el naciente hasta el ocaso, no se mueve una hoja ni hay un susurro imperceptible y todos los echos de ríos de riberas chupadas y corcovas de caminos centellean bajo la luz en reverberaciones implacables; tiempo en que se trabaja de noche, las perdices hacen nido, las higueras y las viñas dan frutos, y en los rincones de las huertas, los erizos rebullen por debajo de los ciruelos y de los albaricoqueros, espetando en las púas de su armadura la provisión de unos pocos días...

Oteros y tierras de labrantío estaban ya segados; veíanse rastros amarillentos irrumpiendo de la tierra pulverizada como barbicies blancas en rostro de

viejo... De trecho en trecho, en el país cerealífero, uno u otro olivar derrengado ponía un gesto afflictivo en la crueldad del cielo. Y hacia la otra orilla, en escuadrón cerrado, las encinas desfilaban en negruras guerreras y formidables, cubriendo el suelo por leguas enteras y marchando en silencio, como para alguna sorpresa. Durante el día entero, el rebaño recorriera el pasto comido y recomido de las praderías de Montalão, habiendo acampado de mañana en las llanuras y falda de la cordillera, subiendo lento por senderos y laderas, y llegando por fin a las planicies. Con semejantes calores, imposible dormir en los corrales; morían ovejas de asfixia y morriña, por las inclemencias del clima, y las putrefacciones del agua; y la penuria del pasto traía a los rebaños macuchos, atrasaba, las crías y consumía, los labradores... Desiderio Jacinto, pastor de rebaños, hacía muchos años que no había visto mortandad así; ¡ni que fuese cosa de Dios para castigo de nuestros pecados!

No era el amo solo quien sufría los rigores de la calma chicha; que si las pérdidas de él eran mayores, más nutridos venían también los beneficios, habiendo ocasión de traerle escudos (1) en sacos, de las ferias donde le mandaban a vender cabezas de ganado... Pero el pastor sufría por encima de todos; ¡de las once ovejas que en el rebaño tenía suyas, tres habían muerto ya de gafura y las otras... Dios sábel...

Ahora esa noche de rastrojo en los oteros había

---

(1) *Soberanos*, escribe Fialho porque antes de la República que ha implantado los escudos, llamábanse también «soberanos» las monedas equivalentes con la Real efigie. — *N. del T.*

## LA CIUDAD DEL VICIO

sido mal dormida por él y casi pasada en el cálculo de los meses de trabajo que había de cumplir para volver a recobrar el triste dinero empleado en sus ovejas muertas. A un caso de extraordinario escarlata, intenso, gradual y enorme, rosando las aristas de las rocas con fugitivas ondulaciones de riachuelo, formas desnudas de troncos, rinconcitos y claros del bosque, había sucedido una reviviscencia de rumores, desde la mañana no interrumpida: vuelos de tórtolas y palomos, gritos de mirlos, codornices, papa-higos, y el *gri-gri* de los abejarucos, vivo y musical en la altura, prediciendo el aura de la tarde y anticipando por el canto espaciado las Ave-Marías rústicas de los campanarios. Vagorosamente, las cimas se oscurecieron. Los árboles fuéronse fundiendo en penumbras errantes, a medida que se tornaba plúmbea y gris la hoguera encendida del cielo; y por fin, también la última risa de luz se fué, ya serenamente dormía el campo, fatigado del día tórrido y a espacios resonando en el rumoreo dulce del follaje... El rebaño anunció gradualmente esta transmutación de horizontes y este amortiguarse de tintas por el tono y la duración de los balidos...

Cada vez que apuntaba en las nubes alguna de esas glorias efímeras, color de bronce de Tonkin, esbozadas al acaso como en fines de tela impresionista, dejando filtrar en lo errante de la perspectiva, lentamente, unos filamentos más noctivagos de sombra, salía de esas gargantas un coro fúnebre modulado en trémolos de llanto, absorciones de alegría, ritmos de balada y todo convulso a veces en la aflicción de los

## F I A L H O   D '   A L M E I D A

mudos, que al expirar del amigo o del hermano, quieren blasfemar y tienen la lengua impotente... Ese coro decía la tristeza de los cautivos, lejos de la patria, levantando brazos suplicantes entre oleadas de sombra trágica y miembros flageladores de espectros... Y a veces, despacito, como si fuese en secreto, decía palabras articuladas de queja e íbase apagando, apagando...

Poniendo la vista sobre él podríase contar, por escuadrones ese ejército armado de cuernos y todo ruidoso de cencerros... Iban frente los guías barbudos, chibatos enormes de pelo rojo y andar solemne, cuernos altos, los grandes cencerros campaneando... Y con la cabeza levantada, con un aire mefistofélico en las barbas, toda la lana fluctuando en el vientre, esos grandes bodes corrían por el pasto adelante de las demás cabezas, olfateando, retozando, trepando por los troncos bajos, subiendo a las rocas y haciendo, por decirlo así, en su giro el cuadro gráfico del campamento a ocupar... Después seguía una gran masa de ovejas, carneros y cabras, toda la pacífica y fecunda legión de las hembras y procreadores del rebaño, de cabezas rastreras, de lana negra, encaracolada y fofa, y de cornamenta transversalmente estriada... Ya habían sufrido el trasquilamiento la mayor parte, de forma que bajo la piel surcada de tijeretazos, los huesos de cada uno saltaban, en la delgadez angulosa, al menor estremecimiento de los cuerpos... Y entre la turba se abrían paso los pequeños, brincadores y vivos, cabrioleando y cayendo, apoyados en las ancas de las madres, chupando las tetas con furia



## L A C I U D A D D E L V I C I O

de hambrientos. Muchas ovejas, enflaquecidas de parto, seguían despacio parándose a dar de mamar a las crías nuevas o cortando gramíneas, en un abatimiento triste... Y detrás de todo iba la pequeñada de medio día, de un día y de dos, pequeñuelos sin forma aún, tambaleándose aplastados sobre altas piernas vestidas de pelusa fina y larga, y saltando al viento las orejas muy abiertas, sin curvatura y sin meneos...

Entonces, en la vanguardia, como la luz decaía más, los bodes levantaban el hocico dejando de comer, veían al lado el aire empañado y las últimas franjas de oro de las nubes partidas en tiras sobre un cielo color de perla, palpitando en las últimas irradiaciones del sol... Abajo, en las llanuras, era una confusión sombría de centelleos que se dislocaban y fundían, tornando lóbrega la espesura... Y se desvanecían los ramajes, perdida la noción de las distancias; un diluvio de tinieblas venía de los valles, lento y sin rumor, sumergiendo las aldeas, las selvas y las montañas. Viendo la noche cerrada, Desiderio Jacinto, púsose a juntar haces, cargas de paja olvidadas, henos que estaban hirsutos a orilla de una alberca u otra... Después cortó ramajes, en los arbustos que había, estuvo rascando en sus dedos nudosos su pedazo de yesca, con el sombrero de borla hacia la nuca, la vuelta del cayado apoyándose en el sobaco, un pañuelo amarillo enrollado en la cabeza y las alforjas al hombro.

Puso la yesca en el canto del pedernal y con la encañonadura hizo fuego... Los perros al advertirle, vinieron hacia él mansamente, con los ojos suaves,

## F I A L H O   D ' ' A L M E I D A

ondulando hacia él las colas blancuzcas... Desiderio Jacinto se había arrodillado al pie de los pastos en montón, que tenían por encima la leña cortada de los árboles... Metió pacientemente la yesca encendida por debajo de todo y estuvo soplando hasta hacer humareda... Rastrojos adelante, el rebaño huroneaba por hacer cama, escogiendo para dormir los terrenos en declive y desabrigados, donde el aire diese de espaldas. Y como más allá de la lumbre todo se perdía en la oscuridad y la llama de la hoguera encandilaba al pastor, nadie vió a una pobre oveja que, extraviada del rebaño, conseguía al final encontrarlo, extenuada y esquelética, trayendo a rastras, cogido con los dientes, al borreguillo parido por la mañana...

En el campo y en verano, rompe el día a las tres y media, cuando la codorniz hace la primera ascensión a los cielos para dar el tono, desde lo alto, a los volátiles emboscados en las hojas, en las hierbas secas de los vallados, en los matorrales, en los cañaverales y en las zarzas, para la gran pastoral beethovénica de la mañana. Encendido en la palidez del horizonte, el lucero del alba tiene palpitaciones de párpado soñoliento.....

Va rasgándose la niebla de las alturas, envuelta en exhalaciones silvestres de los valles; y algodones de nubecitas blancas ondulan en las aletas de encaje, por toda esa piscina cerúlea, que es irregular e inquieta, como una ambición de mozo... Fué enton-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

ces cuando Desiderio Jacinto, volviendo a recoger las alforjas y la manta, silbó a los zagales e hizo subir el rebaño por la cuesta de la montaña. En el cabezo alargábase un matorral redondo entre pedruscos y restos de un molino abandonado. Y acostada en una actitud indiferente, con la cabeza en el suelo y el hocico cubierto de mucosidades, la pobre oveja vió partir a las compañeras y dejóse estar allí, de guardia, ante el cadáver del borrego pequeñito, de sus entrañas nacido. Prolongóse la mañana, despertaron las arboledas y los pájaros, pasaron en un vuelo pesado bandadas de perdices a matar la sed allá abajo, en los raros arroyuelos de la ribera... Vino el sol, las abejas zumbando, bandadas de mariposas rojas, abejorros y sardónicas avispas nerviosas; todo lo que comenzaba su día alegremente luchando, trabajando, cantando... Y el rebaño, allá lejos, hacía con el sonido plañicero de los cencerros, una poesía rústica, sencilla y penetrada de melancolías..

Cuando, de repente, dos cuervos posáronse en las pilastras del molino. Eran enormes ésos cuervos, con plumas azuladas lucentes como el betún, crespas y afiladas como cuchillos de buen acero. Y se inclinaban el uno sobre el otro, acercándose los picos, en un casi beso de alianza a saltitos en las piedras apoyando las patas, balanceando los rabos, con los ojos oblicuos sobre la madre y sobre el hijo... Y extendiendo los picos córneos, dentados menudamente en el borde, largos y negros, quedábanse en una especie de consulta, sin graznar, sin moverse, como planeando una batalla. El mayor entonces se atrevió a

mirar de cerca a los dormilones del rebaño y vino avanzando matorral adelante, contra el borreguillo muerto, con entrecejo de inquisidor, siniestro y fiero, mientras el otro quedaba a la espera, todo inquieto, revoloteando, consultando al vecino, más cobarde tal vez. La oveja no se movió...

Conservaba la cabeza inerte hacia la tierra, las piernas dobladas bajo el peso del cuerpo, la oreja caída y blanda, y la cola sin movimiento, pareciendo muerta... Aquella extinguida postura animó al carnívoro, que vino al pie mismo del grupo y se puso a girar en derredor, mansamente, asentando las patas con una especie de precaución, gestos desdeñosos de cabeza y sordos ruidos de sierra en el pico poderoso. Pero en las pilastras separadas del molino, dos cuervos más acabábanse de posar, aún mayores y más negros... Ya el sol ponía su cáustico de luz en los arenales, y se oía un chirriar seco de cigarras en los árboles... Atraídos ahora unos por otros, los malditos abatíanse en bandadas, después de revolotear en elipsoides, por encima de la presa. Y a docenas, las cabezas fúnebres surgían por detrás de las rocas, formando cónclaves de momento, desbandándose como *fantoques*, viniendo de nuevo a arremolinarse a saltitos, ondulando, subiendo, descendiendo y formando circuito, como en una danza salvaje...

El ataque parecía ordenarse a medida que se engrosaban las filas. Había ya un jefe, viejo cuervo sin cola, ferozmente hambriento y audaz, que, al final, con un gran empujón embistió sobre el cadáver a picotazos. Los demás se apretaron cerrando el círcu-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

lo, ciñendo los dos cuerpos inmóviles, batiendo el suelo acompasadamente, con ritmos de marcha guerrera. Y apenas uno graznó no sé qué orden de batalla, graznaron también los demás en un coro estridente y lúgubre, que se abría en risotada, terminando en una especie de grito gutural y ronco. En ese momento, la oveja levantó despacio la cabeza, afirmó medio cuerpo en las patas delanteras y se quedó mirando, con las narices en alto, sanguinolentas por la mordedura de los moscardones venenosos...

Aquel movimiento produjo una vacilación en el ejército de fatídicos graznadores, cuyo círculo se ensanchó, doblándose en temores de castigo. Veíanse los picos alineados, convergiendo sobre la oveja y la cría exánime, con aire de puntería y formando dentro del círculo como una golilla negra de puñales. Y si al mismo tiempo las cabezas volvíanse, de aquellos ojos llameantes, inquietos y febriles centelleaba un mirar sardónico y feroz, una como certeza de victoria y provocaciones mudas en que había inteligencia. Cuando la oveja miraba fijamente a un grupo, este grupo inmovilizábase en actitudes marciales, las piernas en filas, las alas en fila, y las alas colgantes— como solapas de levita en un entierro... Pero el resto convergía por detrás de la madre afligida, callandito, a encontronazos, con palpitaciones de impaciencia ya, pero prefiriendo cansarla por el asedio, dejarla ago

nizar allí de impotencia, junto al hijo cubierto de moscardones verdes... Y como se sentían fuertes por el número, lejos de la vista del hombre, señores de campo y azuzados por la calma, entraban ya de escaramuza, armando una salida, a empujones en el mismo sitio, enfundando las alas como para aligerar los cuerpos, y dispuestos a la primera señal. El cuervo viejo estaba al frente, contemplando el cadáver con la cabeza pensativa, con idea tal vez de lograr una presa de león... Y muchos picaban el terreno al azar como disfrazando las intenciones mientras la oveja se levantaba trabajosamente y con el cuerpo acurrucado, las piernas oscilantes y la nariz afligida, venía a cubrir los restos de su pequeño difunto.

Llovía fuego del cielo empañado y tranquilo, como de un capacete en brasa. Humos sucios de hogueras subían rectos, de trecho en trecho; era la hora terrible en que el paisaje no tiene sombras ni corrientes el aire y vienen dentelleos crudos de todos los ángulos y superficies...

El borreguillo muerto estaba con el ojo inyectado, en una especie de éxtasis ante la luz, y medias risas en la boca entreabierta donde ya había larvas de insectos... Y la oveja le guardaba entre las patas, girando la cabeza a uno y otro lado, a medida que la petulancia de los cuervos se recrudecía... Sus balidos flojos salidos del fondo de su pecho, tenían modulaciones de desesperación mortal y unas veces imploraban en vano clemencia, vibrando lágrimas de sangre, refiriendo que aquel era su hijo, contando la vida del rebaño, queriendo escaparse por la emoción;

## L A C I U D A D D E L V I C I O

otras veces, perdida la esperanza, era una imprecación a la insensibilidad de Dios y del cielo, y enronquecían de angustia... Por fin, el cuervo viejo saltó de una vez y con un picoteo goloso arrancó un ojo al cadáver... Entonces los demás vinieron en torbellino, abofeteando a la madre con las alas metálicas, graznando de voluptuosidad en la disputa de algún bocado... Con esfuerzos desesperados, la oveja resistía, golpeando a los verdugos con su frente sin cuernos; y retrocedía, ponía en rotación el anca y los miembros posteriores, saltaba bruscamente, picoteada, en esa gran lucha desigual... Apenas esos picos, lacerando toda la piel del cordero; le habían desnudado el rojo de la carne, no hubo más resistencia posible; ¡tamaño fué el ímpetu de la embestida!... Agonizando entonces, por todo el cuerpo herida y escuriendo sangre a borbotones, la oveja ya no sabía qué hacer... Balaba recio, levantando el hocico cubierto de mocos rutilantes; había perdido un ojo en la pelea, pero, ¡embistiendo siempre la desgraciada!...

Cuando ya todo era imposible, y el borrego, por los desgarrones del vientre, soltó los intestinos en un comienzo de podredumbre, nada puede dar idea de la alegría salvaje y del apetito pantagruélico de esa canalla sin freno... Disputábanse los bocados de pico para pico; y los más atrevidos, alojábanse por debajo de la oveja, con el propósito de banquetearse mejor...

En ún postrero balido, en que se exhalaba también el postrero esfuerzo, dejóse la madre caer encima del hijo, aniquilada, resignada, sin queja; y hasta

## *F I A L H O   D '   A L M E I D A*

la última convulsión defendiendo el cadáver, ofreciendo el triste cuerpo de momia en rescate por aquellos pútridos despojos... Ya no se sentía a lo lejos el rebaño; y en el silencio adusto del calvario, por todo el día, muy a su sabor y talante, los cuervos tuvieron fiesta...



## VIII

### MEFISTÓFELES Y MARGARITA

**D**OMINGO de Carnaval. Alguna lluvia, barro, pocas máscaras en las calles...

Clara había vendido pocas flores, no por falta de paseos y caminatas, pues la habían visto donde circulaba la multitud; a la puerta del «Teatro de la Trinidad», por las tabaquerías y pastelerías, en el Paseo Público, en el Barrio Alto y en la *Baixa*... ¡Poca suerte!... No era bonita, no era traviesa, no llevaba trajes vistosos... y era pobre... Era lo peor de las floristas, palabra de honor... ¿Quién iba a hacer caso de semejante diablo y a comprar las violetas marchitas y las tristes rositas mustias de los ramilletes de su cestillo de mimbre?...

En vano bajó los precios y metió la mercancía por las narices de los que pasaban y pregonó y gimió y suplicó, intentando decir las miserias de su vida negra; los días sin comer, la renta de la casucha que tenía que pagar, los hijos, el frío... Todos se encogían de hombros. Ante todos, los importunados mirábanle a la cara. Y veían un estafermo amarillento y picado de viruela, con hoyos en las mejillas, los ojos apaga-

dos, sin pendientes ni medias, el pañuelo a la cabeza atado por delante, una blusilla con remiendos en los codos, la saya desabrochada, con ese color de la estameña carcomida y vieja, y dejando adivinar un cuerpo de sardina arenque, chupado y huesudo...

¡Y además de todo eso vendiendo flores tan estropeadas como ella!.. Un golfillo que iba tocando con otros en guitarras, hierros viejos y cacerolas usadas, en ese carnaval de tabernas y barrios lúgubres, dió un empellón diciendo:

—¡Se va usted a hacer rica con el establecimiento!...

Y marineros en alpargatas, cubiertos de trapos, luciendo papeles dorados, todos súcios de bermellón, danzando al son de las castañuelas en una alegría innoble; gallegos, cabos de policía, truhanes de navaja en ristre y dedos inmundos, al pasar delante de ella, la pellizcaban, diciéndola al oído recados torpes: *presumida, zorra, reina de los cebos y bailarina de escalera abajo*; y convidándola a dormir en hospederías de mala nota... ¡En cuanto a vender flores, ni una!...

Era un día triste, ese domingo de carnaval... Y pasando por las casas de comida, tiendas de comestibles pastelerías y restaurantes, a la hora en que encendía el gas, sentía una sorda desesperación de su penuria, ante ese rumor de gente que se apiñaba allí, compraba y comía, diciendo: *¡No puede ser!* a los que limosneaban en la calle... En todas las tiendas había un movimiento de fiesta, salía gentes con cucuruchos de dulces y cabás de provisiones festivas... A través de

## LA CIUDAD DEL VÍCIO

los vidrios empañados de las casas de comida (1), pasaban siluetas de mozos sirviendo las mesas, y oíase el tintinear de cubiertos y de lozas y voces diciendo:

—¡Traiga esto!... ¡Traiga aquello!...

Los escaparates provocaban el apetito por la ostentación de aves frías, pavos rellenos, salchichas envueltas en un lecho de salsa y de rodajas de limón, piñas de fruta ahogadas en flores, camarones, langostas de patas hirsutas, cabezas de ternera cruda, descañonadas y tiernas, que hacen pensar en la risueña Herodías, mostrando en plato de oro la cabeza lívida de Juan Bautista.

—¡Flores baratas, parroquianos, aquí están ricas flores, muy baratas!...

Caía la noche. Todos gozaban. Iban unos borrachos canturreando por la calle. Y el cielo tenía serenidades en lo alto, bajo la fría luna de Febrero... Clara volvió a casa, enferma.

—Mañana veremos, decía ella, esperanzada todavía, regando con agua fresca el cestillo de ramilletes ya marchitos...

El hijo menor estaba en la cama llorando, tal vez gruñendo de hambre. Clara le dió la teta; pero la criatura se negó a chupar, sintiendo la leche ruín de la fiebre, de la caminata, de la debilidad y de la mala alimentación... A las cuatro del día siguiente fué cuando Gabriel, el mayor de los hijos, se presentó en

(1) *Casas de pasto*, escribe Fialho; que es como en los barrios clásicos de Lisboa se denominan las casas de comidas.—*Nota del Traductor.*

casa, todo lleno de polvo, macilento de la noche perdida, y con unos aires de juerguista que dejaron a la pobre madre boquiabierta. ¡No había vendido ni un billete de lotería de los cinco con que saliera de casa un día antes!... La situación se agravó.

Vecinas no las había allí tan cerca. El antro en que vivían daba por un lado a huertuchos húmedos, mientras por otro se abría sobre un pedazo de muralla derribada, entre cocheras fétidas, donde a todas horas mozos escuálidos decían obscenidades o repiqueteaban *fadinhos* lánguidos. (1)

Aquella soledad incomunicaba con el resto del mundo las hambres y los harapos de aquellos despreciables... Aún de día, era de noche en la caverna; goteaba del muro un llanto deletéreo que Clara nunca conseguía detener...

Esta existencia de privaciones y sobresaltos, subterránea, casi proscrita, estaba de continuo bajo la amenaza de tentaciones singulares, compañeras de la miseria y del abandono... Aun estropeada y escuálida, la pobre era ambicionada, espiada y acometida. En derredor de su quartucho giraba, esperando el instante crítico, la inmundada ralea de las cocheras cercanas: hombres sin edad, corcovados, destrozados, batiendo con los zuecos y tarareando fados, en un asco de estercolero que les degeneraba, convirtiéndolos en ratas de alcantarilla. Esa gente caída en la última abyección,—serenos de noche guiando coches sospe-

---

(1) Por no haber un equivalente tan expresivo en castellano, conservo el diminutivo gracioso y típico de *fado*, la canción popular portuguesa.—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

chosos, mozos de cuerda limpiando el ganado y las inmundicias del establo, sabiendo crímenes, conociendo vagabundos, ladrones, asesinos y meretrices,—tenía en la cara, en surcos terrosos, un atestado lúgubre de infamia...

Dos o tres tenían a Clara sobre ojo, y si la veían volver de la venta, decíanle porquerías, roncós de lujuria bestial... ¡Nadie se imagina la tenacidad de esa canalla narcotizada para toda especie de brío!... Por la noche, sintiendo la callejuela desierta, venían a golpearle sordamente en la puerta o a cantarle fados de burdel, en una escala baja donde fulguraban los erotismos de la cárcel y fiestas sardanapalescas con negros... Y una vez, despertando a deshora, Clara sintióse abrazada por las espaldas, y una voz exhalando podredumbre, decíale en chorros de ansia: —¡Vuélvete, vuélvete!... Había entre todos un jorobado que le inspiraba terror... Era un viejo, huesudo y lustroso, con voz gutural, con el vino carnicero, tipo de impudencia que nada teme ni nada respeta... En la cochera llamábanle *El Tromba*, por la montañosa estructura de la nariz leprosa y una dentadura oblicua, asquerosa de caríes... Para expresarlo bien, era la última fase del hombre degenerado en bestia, especie de gorila sin fuerza ni agilidad, conservando todavía visible en los meneos exagerados y en los trazos físicos la herencia del cuadrumano-rey. Los otros de la cochera aún disfrutaban algunas regalías de hombre; guiaban de noche *coupés* cerrados; podían transportarse una u otra vez en la almohada de los coches a guisa de lacayos o dormir fuera y preservarse de ciertos servicios...

*El Tromba*, no. Era un pedazo de la cochera, una dependencia del estércolero en que día y noche se atascaba; estaba como empedrado en aquel caserón no pudiendo salir más que para dar agua a las cabalgaduras, durmiendo en la paja podrida, hociqueada por las bestias, de los pesebres; bajo los olores de la orina, entre pinchazos y saltos de las cucarachas, cuya voracidad le clavaba a veces los dientes en la piel sarnosa de las canillas... El alcohol, las enfermedades obscenas y ese raquitismo larvado tan frecuente en la falda de las cordilleras altísimas, le habían imbecilizado a tal punto que le hacían olvidar la mayor parte de los vocablos, irrationalizándole de un modo aterrador. En el fondo de sus órbitas lúgubres, unos ojos acuosos, muertos, llenos de una especie de almidón, jamás se movían para ver... Hablaba por gritos, imprecaciones y monosílabos, a hombres y a bestias, en una tonada zumbona, que solo silbaba fuerte en los torbellinos de cólera... Incapaz de conmociones intermedias, era terrible y extraordinario en las tempestades interiores que, difíciles en asaltarle, eran difícilísimas de desvanecerse, convulsionándole así por horas en un flujo y reflujo de loco furioso.. Servíanse de él los mozos de la cochera como de un macaco de recreo o de un osó habilidoso; y en círculo en el patio, a la hora del almuerzo, muchas veces Clara les sorprendió emborrachando al *Tromba* para reirse después, viéndole cabriolear entre harapos, con gritos de animal feroz.. El *Tromba* tenía una pasión por Clara, diósele a entender algunas veces, explicábaselo a quien

## L A C I U D A D D E L V I C I O

le quería oír... Esa pasión repulsiva y sórdida permitía a la risotada soez de los granujotas de caballeriza una serie de partidas de la más original obscenidad...

El subterráneo de Clara tenía ventanuca sobre el patio de la cochera; abertura ablonga, estrecha, sin postigo ni vidriera, donde el horrible hocico del *Tromba* se pegaba atrocemente, en los días voraces de satiriasis... Y la pobre no era dueña de andar por la casa, arremangar las blusas, peinar los cabellos, encorvarse, decir aito cualquier palabra, sin que esa voz mecánica del idiota, hecha de soplos de fuelle sobre un organillo relajado, no gritase de amor deshonesto, subiendo y arqueando, conforme a la sobreexcitación despertada.. Clara trataba de hurtarse cuanto era posible al campo visual de la ventana... Puso la cama a un ángulo, hacía la comida en otro, tenía la loza en un recodo cóncavo de otro rincón... Y si huía de las palabras de él, de sus miradas llameantes y propuestas desvergonzadas, era de ver la rabia del idiota impotente para atraerla a sí, como golpeaba en las paredes con puñetazos de poseído, como enfilaba los brazos por la saetera del cubil, agitando las largas manos de sapo en busca de una cosa que desgarrase y destruyese... Otras veces más quebrado, limitábase a quedar de centinela ante el agujero, a rondar a la puerta de la calle con solicitudes de perro hambriento... Y Clara sentía los zuecos suyos golpeando las piedras, veíale la faz unida a los hombros con humildad sombría, risas de pergamino, una delgadez hoffmánica, y por la camiseta en des-

garrones, la amarillenta pelambreira del pecho, empastada y fría como pelos de perro muerto al relente... Los pequeños tenían un miedo fúnebre de mirarle, lloraban al sentirle venir, negándose a recibir todo lo que él compraba para darles, en sus momentos generosos de dinero... Una noche, *El Tromba* enfiló bruscamente por el subterráneo antes de que Clara tuviese tiempo de gritar, descalzo, cansado, más lívido que de costumbre; y sin una palabra, le tendió en la mano abierta algunas libras... Ella iba tal vez a tocar, desumbrada, sin darse cuenta de nada. Pero *El Tromba* retrocedió y en convulsos sobresaltos donde chirriaba la dentadura con rumores álgidos (1) de osamentas, en un torbellino de wals ma cabro, le dijo:

—Si quieres, ven a acostarte.

Y como ella no decía nada, él añadió:

—Las robé al patrón, no se lo digas a nadie... Tiene mucho dinero y yo sé dónde está...

Clara se estremeció de horror. Él dijo:

—Anda a dormir...

Y de su barbilla en cornucopia, ante aquella idea de placer, una baba hidrófoba le pingaba en grandes gotas turbias... Llorando, vuelta hacia un pasado mejor, la pobre mujer recordaba entonces al hombre tan fuerte y tan mozo, a quien se había entregado

(1) Fialho d'Almeida usa el adjetivo álgido en su verdadero y justo sentido, como yo procuro usarlo siempre en castellano, como lo superlativo de frío, y no en ese modo viciado con que viene empleándose hace tiempo en lengua española, como para designar lo más cálido y ardiente. *Algido* del verbo latino *algere* es «lo más frío».—*N. del T.*



## L A C I U D A D D E L V I C I O

confiada, llena de ventura y disipado cualquier recelo, y que después de besarla, de gozarla, de cansarse, de infamarse y de servirse de ella, convertido en fiera se había aburrido un día, mintiendo cuanto le prometiera de leal y sosegado...

Hacía dos años que saliera de la casa, un día de fiesta, en verano, cantando por la calle abajo, al oír llorar, abrazada a los pequeños, pelliza al hombro, con unos humos aún de la borrachera de la víspera... ¡Aquel convivir con un hombre vicioso que la había oprimido tanto viéndola débil y abnegada, y a deshoras arrastraba para casa a los rufianes y beodos de su laya; transformando en prostíbulo el antro en que los hijos vivían, exigiendo bajezas de la mujer, explotándole la calderilla de la faena cruel que la aniquilaba, echándola muchas veces por los cabellos fuera de la puerta y al medio del fango; que había momificado la mocedad de ella en poco tiempo, tornándole carantoña la risa, ajándole las carnes, descarnándole las manos, ablandándole los senos, y dejándola allí estúpida, supersticiosa y convertida en una harpía!... Y por eso tal vez le amaba aún y recibiría si volviese—¡ay, quien lo diera!—al padre de sus chicuelos, que había participado de su lecho y le había comunicado en la primera centella del deseo el primer impulso de la maternidad...

Por la noche, nada había que comer y la pobre que se sentía peor, dió al mayor los restos del dinero, pa-

## F I A L H O D ' A L M E I D A

ra que fuese a comprar cena, un pedazo de pan, aceitunas, queso y manteca para hacer papilla al pequeño. El chicuelo salió, llevando tres *tostones* en la punta de un pañuelo. Y antes de ir al panadero, como era aún temprano, alargó el paseo por la ciudad.

Corriendo subió a los Paulistas, entró en el Calhariz (1) y fué andando, andando hasta la Plaza de Camoes. A más de la gente ociosa que paseaba en grupos, abandonando la oficina, discutiendo en las esquinas, entrando en las tiendas de bebidas o embobada, siguiendo el rastro de las máscaras y de las musiquillas burlescas, las calles jadeaban en el vivir de los días de semana.

Estaban abiertas las tiendas, había gas en los escaparates, faroles sobre las muestras de los almacenes, barberos, médicos, clínicas de urgencia y fotografías... Rodaban los pregones llenando la noche de voces irregulares, noticias de última hora, billetes de lotería, rica agua del Carmen...

Y en hileras, salpicando de barro a los transeun-

---

(1) La Iglesia de los Paulistas es uno de los pocos templos que en esa parte de la villa se salvaron del terremoto de 1755; se edificó para convento de los religiosos de San Pablo da Serra de Ossa y fué construído en 1646 por Fray Diego da Ponte; era de los conventos más importantes y ricos de Lisboa. Hoy está destinado a oficinas públicas y custodiado por soldados de la República. Es un edificio enorme, de severidad imponente con pasillos abovedados y escaleras de piedra. El *Calhariz* llámase al palacio solemne, de fachada anaranjada, donde hoy tiene su asiento la Liga Naval, Sociedad náutica fundada por el oficial Pereira de Mattos en 1492. Todo aquel trozo de la *Rua de Loreto* se llama por ampliación *Calhariz*.—No del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

tes, los carruajes iban en todas direcciones, cruzándose, serpenteando, llenos de *saiidas de baile*, enmascarados finos y juerguistas con desvergonzadas... Gabriel era un chiquillo moreno, de ojos ávidos, con presentimientos, muy precoz, y de una indolencia irritante... Y por cuanto se le deparaba de bello—las danzas, los trajes dorados colgando en las ventanucas de los guardarropas de Carnaval, los escaparates profusos de las joyerías, los muñecos, las porcelanas pintadas, los cofres de facetas irisadas, las terracottas, las caretas, los cristales y los armarios—sentía una codicia invadirle y dentro de sí mismo, en la fogosa imaginación de los primeros años, turbulenta e ingenua, creaba un mundo de regocijos y extravagancias, a cada paso modificado, refundido, remendado, hecho de nuevo, y nunca definitivo, por lo que iba viendo en la paseata por las calles. Comenzó por ejemplo a desear los soldados, caballitos y carros que veía en exposición en los almacenes de quincallería, a la puerta del Bernard, enfrente, en el Seixas, y aún más abajo, en la calle de Almada (1), en el escaparate de *El Aguila de oro*, en todas partes, finalmente...

Después, ya ambicioso de proyectos subía a un coche, con botas a la Federica y cabellera anillada, o vestido de azul, al lado de un gran perro señorial, como aquellos lindos niños que acababan de pasar, en un alto *landéau* de cuatro asientos...

---

(1) *Rua Nova do Almada* es una calle pendiente y muy céntrica y animada que baja desde la *Rua Nova do Carmo* hasta la *Rua de San Juliao*.—N. del T.

Y de porta-antorchas, de bombero, de paje, de viejo, de diablillo y de policía, diciendo adiós a todo el mundo con una visera de franjas verdes y encarnadas, como veía hacer a esa variedad de pequeños y grandes, que se cruzaban en las calles, metiendo bulla, a pie o en carruaje... Y recorrería las casas de los amigos, el Cayetano de la mercería, el cabo Ferreira, el primo Inocencio y los demás llevados por la mano de sus nodrizas, al cuello de papá o en el coche del tío, entre criados de librea, viejos y graves, que diesen tratamiento de excelencia, todos encorvados de respeto. Habían de recibirlo entonces en un coro extático, bajo granizadas de besos, en la insolencia de los mimos prodigados...

—¡No te conozco, máscara, no te conozco!— diría Cayetano intrigado, aflautando la voz...

A la esquina del Loreto (1), Gabriel detúvose un instante, aturdido por el barullo de la multitud. Venían en docenas los coches del *Calhariz*, de *San Roque*, del *Alecrim*, de *Santa Catalina* y de toda aquella banda, sobre el *Chiado* que se bañaba en luz, incendiando en el fondo de la rampa el *Gibraltar* y cortando claros de gas en la serpiente humana que sobre el asfalto se agitaba perosamente. El tono de los

---

(1) La Iglesia de Nuestra Señora del Loreto enfrente de la de Nuestra Señora de la Encarnación, separa la *Rua do Mundo*, antes de San Roque, de la Plaza de Camoes donde está la estatua del gran poeta. La *Rua do Alecrim* viene del *Caes do Sodrê* en pendiente y es todavía hoy una de las más típicas de Lisboa. La de Santa Catalina está en la parte más alta del Calhariz cerca de los Paulistas y es una de las mayores alturas de Lisboa.—N. del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

gritos y de las voces adquiría una extraordinaria altura sobre la respiración general de la ciudad. A cada momento grupos de máscaras rompían del gentío lúgubre con el arsenal de chacotas ya sabidas, a saltos, enfilando en tumultos por esos almacenes...

Eran pastorcitas con rostros untados de bermellón, marafoñas (1) de cigarros en las comisuras de los labios, caderas disformes, guitarra al lado y ojos turbios; y *pierrrots* o cominos de capucha caída, toda la morralla que se divierte entre harapos y vino...

A través de los vidrios de las pòrtezuelas veíanse dentro de los coches señoras empolvadas, vestidos blancos, escotes de flores y lazos, guantes de cañón blando hasta el codo, escintilaciones de joyas, espumas de encajes, brazaletes, abanicos y esmaltes nacarados de risas... Entre los amontonamientos de formas blancas y fofas, como flores rompiendo de la nieve, a veces emergían las cabecitas de los niños con trajes de satén y oro...

Dos pasos más adelante, Gabriel se extasió delante de cierto escaparate con máscaras donde había mucha gente parada. Deslumbrante de gracia, malicia, colorido y contraste, era esa exposición de caras grotescas por el cartón moldeados en los más extraños visajes. Gabriel, aún infeliz y penetrado de una

---

(1) A pesar de no ser castellana, no temo usar esta palabra típica y expresiva que existe en el dialecto bable de Asturias, esto es, en el primitivo castellano sin deformar. *Marafoñar* se dice en Asturias a coser una cosa aprisa y corriendo; un traje *marafoñado* es un traje cosido y cortado zafamente y a la diablo *marafoñar* es hacer las cosas aprisa y mal y *marafoña*, un pingo, una «visión».—*N. del T.*

sorda envidia por los placeres que no podía gozar, hubo de reír con los demás, enfrente de muchas de esas caretas empapadas de bermellón apoplético, blanco de *clown*, amarillo y hasta verde, con barbacanas de talle demoníaco, los ojos vacíos y atónitos, narices en punta de alambique, y dentadura de jabalí, coronamentas mefistofélicas, gorros imitando comadres y pantallas... Había un gallo petulantísimo, asombro y pasmo de cuantos le seguían; con el pico abierto y el ojo vivo, el granuja se decía que quería cantar... Y en la calle, en adoración ante el escaparate de la tienda, quien pasaba detenía a comentar todas esas fisonomías de cartón y encerado... Descubríanse entonces analogías eróticas: aquella parecía el fulano, la otra el zutano, aquella otra el perengano... Saltaban risotadas de la turba como la crepitación del vino de una copa... Y una mujer vestida de aldeana de Ovar, llena de vergüenza, se escapó en medio de la gritería general. ¡Oh, la tal cabeza de gallo con su cresta roja tan finamente cortada en el borde, el pico amarillo, los ojos despiertos y el conjunto invencible de un guerrero, fascinaban a Gabriel, clavándole en el suelo, atrayéndole la mirada, y haciéndole perder la memoria de todo lo demás... ¡Qué gracioso sería colocárselo en la cabeza como un gorro y echar a correr calle arriba!...

¡Co-co-ro-cól!...

¡Co-co-ro-cól!...

Se reírían desde las ventanas, las niñas le tirarían huevos y azucarillos y toda la gente tendría deseos de saber quién era el gallito gracioso que tan petu-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

lantementè cantaba... Y al saberse que era él, el Gabriel de Clara, que vendía billetes y había dado un premio de 100.000 *reis* (1) a los parroquianos y teniendo aún nueve años, ¡qué éxito no sería, qué de pasteles no le tirarían las señoras!... Fluctuando en estos castillos bordados de auroras y de sueños, había llevado maquinalmente las manos a los bolsillos... Y miraba siempre la radiante cabeza de gallo, con deseos de que le naciesen alas por el cuerpo, bellas aias de colores en los hombros y un admirable rabo cubierto de plumajes...

¡Co-co-ro-có!

¡Co-co-ro-có!...

Sintió algo duro en el bolsillo. Y de repente le dió un respingo interior, eran los tres *tostoes* en monedas de *patacos*. ¡Diablo!... Y mirándole cara a cara con aire de provocación, la cabeza de gallo parecía escarnecerle, hacerle muecas, diciéndole a ratos:

—¡Cómprame, no eres capaz!... ¡No tienes parnés, pobretón!... Entonces vete, a escape, por la calle...

Esto angustiaba a Gabriel que, con los ojos errantes y un aliento de crimen, iba tocando sucesivamente los *patacos* en el bolso, al azar. Entró, en la tienda:—¡Oh, señor mío!... El tendero removía caretas, probábalas un instante en la cara de los parroquianos, desenvolviendo trapos, diciendo precios, yendo y viniendo muy atareado...

—¡Oh, señor mío!—repitió Gabriel con más humildad,

(1) 100 escudos en moneda actual, o sean más de 500 pesetas estando el cambio a la par.—N. del T.

—¿Qué tenemos?—dijo el hombre sin mirar.

—¿Cuánto es aquel gallo; hace el favor?...

El tendero doblóse por encima del mostrador a ver quién hablaba; y se rió. Aquella risa era terrible; Gabriel bajó los ojos y se arrepintió de haber entrado...

—Quince *testoes*, dijo el hombre.

El pequeño retrocedió aterrado, como si le obligasen a comprar, queriendo marcharse, y quedándose pegado al suelo de miedo. En esto, un señor que vino con tres lindos niños dióle un encontronazo casualmente, al pasar, y viendo el gesto del padre, uno de esos angelitos color de rosa, amueñado y rubio, levantó la manecita para tirarle de los pelos. Los hermanos vinieron al punto también a empujar al mendigo, a tirarle de los andrajos, barriendo la tienda en una cólera frenética y fría...

Venían con trajes de terciopelo azul, fajas de satén pálido ciñéndole las sayas, media pierna desnuda, rebordes metálicos en las botas y sombreros revirados a lo pillo.

El mayor era uno delgadito, de ojos autoritarios, boca frenética aquietando una de esas narices uniformes que la gente ve después entre aros de oro en el Parlamento y en la Opera, con la agresión de una proa de guerra entre claraboyas de camarotes de barcos mercantes...

Eran los tres desgalichados, de esa flacura fina, color de cera de antorcha, invertebrada y blanda, que proviene de las uniones consanguíneas y de la clorosis de los salones, pero vivamente encendida



## L A C I U D A D D E L V I C I O

por la llama inquieta de los ojos, refulgentes como dos ónices mojados. Y a la puerta de la tienda, bien afirmados en el enlosado del portal sobre tacones impertinentes, los tres hermanos rechazaban a Gabriel en línea de combate, teniendo los brazos extendidos, manos retráctiles y prontas a aplastarle y ese tranquilo aire de victoria desdeñosa que sirve para humillar de muerte al vencido...

Gabriel corrido, humillado y con miedo de que ellos llevasen la cabeza de gallo, estaba fuera de la puerta con los puños cerrados, dispuesto a morir de vergüenza... Y abriendo temerosamente la bocaza, sacó fuera tal vez medio palmo de lengua contra estos insolentes...

—Estos *guajes* sólo por ser ricos...—dijo en medio de la calle...

Pero sentíase infeliz, desamparado, como un perro, y roído de miseria en el fondo de su pequeñez y de su orfandad... En casa, royendo el pan y el queso de la cena, a los pies del catre en que la madre se había estirado, dijo en una oleada de saudade.

—A esta hora, madre, toda la gente está por ahí disfrutando y comiendo buenas comidas... Si nosotros fuésemos ricos...

Clara mascaba las migajas del pan sin ganas, siguiendo la penumbra errante, que en la pared carbonosa y húmeda, la luz del candil sin petróleo hacía bailar vagorosamente... Como la madre no respondía, Gabriel la miró:

—¿No es verdad, madre? ¿No es verdad?...

—¿Viste a tu padre por ahí?—preguntó.

Gabriel dijo con la cabeza que no...

—¡También, nunca ves nada, diablol—dijo ella con malos modos. Y quedóse absorta en no sé qué recuerdos recónditos...

Ni cinco céntimos en casa, cada vez más exigentes los estómagos, la enfermedad cortándole los recursos de trabajo y al día siguiente, su cadena de oro tan estimada puesta a subasta por atraso de intereses.

No hacía mucho que había oído en el patio de la cochera, a un mozo contando a los demás el crimen del *Largo da Paschoa*,—en el día anterior, un malvado que se había escondido debajo de la cama de un tendero, y en la alta noche lo degollara después de rodar con él en una lucha horrible, de la cual mostraba las más atroces señales el cadáver... Sorprendido en fuga con un saco de calderilla, el asesino lo había confesado todo, blandiendo el puño ensangrentado, en una risa sardónica y altiva que lanzó el terror por toda la ciudad.

¡Y otra vez *El Tromba* había venido con dinero a hacerle proposiciones!... Aquellas cosas sumían a Clara en un desvarío... Veníanle presentimientos trágicos, miedos de todo, de la noche, del idiota, de los ladrones y de morir de repente, dejando en el desamparo a sus tristes criaturitas... Y aquel que ella había amado ¿en qué sitios paraba?... Por tabernas tal vez, con mozas de navaja en la liga, en la cárcel o en el hospital... Y sus lágrimas corrían...

Al día siguiente, Clara no pudo salir, sentíase más

## L A C I U D A D D E L V I C I O

fatigada y dolorida. Mandó a Gabriel a la venta de los ramilletes, con recomendaciones para que no ensuciase el cestillo de mimbre...

Los ramos eran una desgracia de apabullados, mustios, sin aroma y sin color... ¿Quién compraría aquel estiércol todo?... Pero era Carnaval. Y la mujer enseñó al pequeño el itinerario a seguir: Plaza de Camoes, *Chiado*, con estaciones muy prolongadas donde hubiese muchos señores, en la Casa Habanesa, en las pastelerías, a la puerta del Teatro de la Trinidad por causa del baile infantil, en las esquinas del Rocío, en el Paseo Público.

Se fué Gabriel con el precioso cestillo de mimbres, pregonando, ofreciendo a unos y a otros, a diez *reis* el ramo, ramos grandes, era todo lo que le quedaba... A las tres de la tarde, desde la Plaza de Camoes hasta el Rocío, era penoso el tránsito; el paseo estaba apiñado de gente, las mascaradas cruzaban la vía pública, coches cubiertos de dependientes de comercio, hombres a caballo, policías en hileras, mucho sombrero apabullado. Entre la Habanesa (1) y la farola de la Plaza la concurrencia caminaba furiosa y compacta, compuesta de elegantes y de vagabundos, cuyo goce consistía en hacer detener los coches para lanzarles inmundicias dentro, chorros de varios líquidos, cartuchos de polvos, fréjoles y

---

(1) La Casa Habanesa (ya se ha dicho varias veces en este volumen) es la tabaquería más elegante de Lisboa a la puerta de la cual se colocan en tertulia los hombres más elegantes de Lisboa y la Plaza a que el novelista alude es la llamada *Largo das duas Eggejas*.—N. del T.

palabrotas soeces... Quien se indignaba, sufría empujones y palabrotas de alto estilo y triplicada dosis de porquería correspondiente...

Convergiendo allí con el anticipado propósito de gozar lo más posible, cada primate trataba de expeler gritos furibundos y risotadas de borracho... Algunos, ardientes y comineros, se habían empolvado en casa; otros armados de lavativas con larga pipa, regaban las gargantas y los espinazos de la buena sociedad; no pocos se desabrochaban, se pellizcaban, daban abrazos a las mujeres del pueblo y pedían disculpa por el engaño... Y a cada zorruela galopando heroicamente en la escoba derrengada, la áurea juventud de la Casa Garrett la nombraba por su nombre, la llamaba, la hacía parar para decirle un secreto...

En coches descubiertos, con antifaces microscópicos y guantes blancos, brazos desnudos, cuellos desnudos, altas medias de seda diseñando piernas nerviosas, las españolas aparecieron en lo alto, batiendo palmas... Hubo en la multitud un griterío. Y el berrear, avasallando los aires, estalló en todos lados, en un triunfo indescriptible. Hasta el elegante Ricardo, de la más alta sociedad, saltando a uno de los coches, derramó sobre las muchachas una enorme contribución de besos. En ese momento, Gabriel hallábase a la puerta del Teatro de la Trinidad. Salía gente del baile infantil.

Cuanto Lisboa tenía de niños radiantes, perfumados, iluminados y frescos, descendía de aquel baile terminado; todos los tamaños y todos los ves-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

tuarios en una riqueza de telas, bordados y galones... Una especie de gravedad y pedantería, parecía aplomar a algunos de los pequeños héroes; veíanse grandes damas de cuatro palmos arrastrando colas del brazo de adorables aristócratas de Luis XIV, coquetas y rosadas, riéndose con sus boquitas en curva. Había polichinelas microscópicos como iluminaciones, preocupados de las actitudes, sombrero de cascabeles a un lado, hociquito de mueca desdeñosa y un azul lleno de sol en la mirada. Los pequeñuelos del cuello eran los más diabólicos y vivos, gesticulaban por encima del hombro de las amas con las manecitas llenas de hoyuelos, las uñas chatas, mechones de cabellos en la cabeza y babeando sin respeto los ricos trajes de colores... En las familias fecundas y ricas, cuando la niñería irisada se recostaba en el fondo de los *landeaux* descubiertos, profundos y ovales, agitando las cabelleras luminosas, vestida de los colores más puros, ciñéndose con los bracitos encorvados, gorjeando las divinas cosas del alma balbuciente, tirando besos a los primos y a las primas en las puntas de los deditos frescos, irrequieta, revoltosa y alborotadora;—diríase una familia de aves del paraíso ejercitando fuerzas al borde del nido para desbandarse picoteando y riendo, en la vida musical de las selvas...

En cada detalle de traje,—satén, brocados, cachemira, encajes y plumas; todo el bazar de telas destinado a moldear los tiernos cuerpecillos de una gracia divina,—se venía a sorprender el paso de dedos blancos y delicados y a construir sin esfuerzo la pasión

de las madres por sus bebés, la abnegación de las hermanas más viejas, los orgullos de toda la familia tal vez, que se impusiera la tarea de colaborar en la pequeña obra prima, dando unos la tela, cortando otros en el modelo, y cosiendo la legión femenina, en alguna de esas tranquilas veladas en que las cabezas en derredor de la mesa con aire de mimo se acercan, bajo la luz tenue de la lámpara...

Y Gabriel, con la cabeza baja, lleno de una envidia lúgubre, desgreñado como un monstruo de cuento, todo roto y todo sucio, pies descalzos en el barro, calzones recomidos por la orla e incrustados de remiendos de color, el aire bisoño de un rapazuelo enjaulado, extendía maquinalmente el cestillo de mimbres, viendo pasar tantos príncipes e hidalgos; marquesitos de casaca bordada y caja de rapé esmaltada; pastoras del Triánón llevando amapolas y espigas en los sombrerillos de paja; poetas y cardenales mordisqueando bombones de chocolate y vainilla; frágiles judías de ojos púdicos con pantalones de seda clara, chapines de oro y velos de llama espumosa; los abates de corte, con el tricornio a un lado y bastón de hierro; y Mefistófeles de cuatro años, Marías Autonietas de seis, Shakespeares de ocho, del brazo con alsacianas morenas y rubias, con magas, primaveras, auroras y noches; Margaritas de manos cruzadas en el cuello y escarcela a un lado: todo el mundo célebre de la historia y del arte, reducido a una escala infinitésima, alado de petulancias vivas, riendo en su gracia virginal, tan centelleante de color y adorable de pequeñez que,

## L A C I U D A D D E L V I C I O

dispersándose en tribus por la calle, era como una lluvia de flores a trechos, vertida de alguna cornucopia de diosa pródiga en un día de nupcias celestes...

—¡Flores, a diez *reis*, flores, a diez *reis*!... Es lo que queda, buenos ramos...

¿Y para Gabriel nadie mirabal... Muchos ramilletes estaban completamente secos, habiendo perdido el aroma y los colores. Una vez u otra, casualmente, los ojos de una señora caritativa o de un viejo conde deteníanse un instante sobre la mercancía sucia del granujilla; pero pasaban al punto, sonriendo algunos de la miseria de la pobre criatura, expresando otros una simpatía triste y no dando ninguno la limosnita suspirada; ¡no era *chic*!...

Por fin Gabriel tiraba los ramilletes sobre quien pasaba y aún así nadie se condolía. Algunas niñas se disgustaron y unos cuantos señores le repelieron con dureza. Cuando de repente, un cochero, magnífico como un elefante, con pelliza de pieles y pescuezo corto, gritó a lo bruto: ¡Eh, hombre!... Conducía un coche balanceado en sus ruedas suaves, fofo y acariciador como una alcoba, tirado por caballos blancos.

Y Gabriel, que había vuelto maquinalmente la cabeza, vió en lo alto de la escalera del teatro, en un cortejo de señoras aristócratas y de caballeros, a los tres niños de la tienda de máscaras. El más espigado ñiba de gallo. Gabriel reconoció la famosa cabeza del escaparate, de cresta alta y futilante como un penacho de coracero, las barbas colgantes, el pico

## F I A L H O D ' A L M E I D A

amarillo entreabierto... Para ser completa la ilusión, habían vestido los brazos del pequeñito con alas de ave, verdaderas alas de plumas, recortadas, retráctiles, llenas de cambiantes y matices. Y si el niño cantaba ¡*co-co-ro-có!* agitando las alas y picando graciosamente las blancas manos de las señoras, era una risotada de toda las bocas, un frenesí de besos, un triunfo sin igual...

Aquello parecía a Gabriel una afrenta. Pero tiró al gallo las últimas flores, sintiendo la garganta ahogada de lágrimas, y los ojos turbados por una especie de véruigo. Uno de los ramilletes alcanzó al mayor de los hidalgueros, que se volyió furioso ante el desacato y tropezando con el zarrapastroso de la tienda de caretas, cayó sobre él con la mano levantada... ¡Ni allí le perdonaban!... Gabriel, entonces, ya no fué dueño de sí; lanzóse a él como un león y taniaño puñetazo le propinó que el chupado pequeñuelo fué a caer lejos, entre las piedras, berreando desafortadamente. Le prendieron. Estuvo dos días en una delegación; después le llevaron al tribunal, y allí fué donde Clara le encontró, hambriento, demacrado, sin el cesto, sin flores y sin billetes de lotería, sin haber reaccionado, incapaz de moverse y de hablar... La pobre mujer le miró por un momento con los ojos secos, diciendo:

—¡Dios te haga diferente de tu padre!...

Y estuvo todo el tiempo severa, concentrada, casi indiferente a lo que ocurría. Gabriel nunca la había visto así. Cuando le mandaron con Dios, la madre díjole secamente:



## L A C I U D A D D E L V I C I O

—¡Anda!...

Y salieron. La desgraciada había encontrado en el camino una cuerda de presos que iba a embarcar para el presidio; en esa redada había reconocido al amante...

Y siempre detrás de ella, sin descanso, corcovado, gafo y leproso, batiendo los enormes zuecos en la calzada, deshaciéndose en inmundicias y en harapos, y eyaculando deseos en frases torpes, que de asquerosos parecen violar la serenidad de la Naturaleza y del cielo. *El Tromba* la persigue con sus ojos de goma sucia, estudiando ávidamente las fatigas, las hambres, los desalientos y las lágrimas de la desgraciada, con el dinero del robo apretado en la pata de reptil y a la espera de que ella se entregue sin quejas, un día que no está lejos tal vez!...



## IX

### LA CAMISA

**L**os antros de Londres eran en aquel tiempo rebuscados, no habiendo Cromwell hallado verdugo que destroncase la cabeza del buen rey Carlos.

Había llegado la última hora del mártir y nada de verdugo aún. Todo el día los guardias atónitos, los fámulos y los grandés personajes del país habían advertido la lucha sorda de ese hombre de hierro que, mudo y lívido, paseaba por el gran salón de palacio.

A media noche, el último agente llegó sin haber encontrado el brazo que se pedía para colaborador de la horca en la obra del asesinato. En taburetes de encina forrados de cuero de Córdoba con clavería y relieves dorados, los grandes patriotas vestidos de luto empalidecían en el silencio lúgubre del recinto, siguiendo en el rostro del protector todo un ciclón de refrenadas cóleras. Y antes de que hiciese una señal, un viejo recio y de anchos hombros se levantó y con tranquila voz y gestos de honesta bonachonería dijo:

—¡Seré el ejecutor de la alta justicial...

Cronwell ni siquiera miró para él y golpeando la mesa dijo:

—Mañana, a las cinco...

Como sombras envolviéndose en una tela blanca, los patriotas salieron lentamente, embozándose en las capas. Llovía y del cielo carbonoso, rasgado de torres y fachadas góticas, una melancolía fúnebre extendía las alas silenciosamente, en ese misterio parduzco que es terrible como la muerte. Al día siguiente, a las cinco, el verdugo estaba en su puesto, vestido de rojo, con medio antifaz en el rostro, barba puntiaguda y blanca sobre el pecho. Y la cabeza de Estuardo cayó ante el Vaux-Hall repleto de gente e indeciso de neblina.

—Bien, dijo Cronwell: ¿qué deseas en pago del servicio que prestaste? Los erarios están exhaustos, pero pide el oro que te apetezca. La internada destruyó las cosechas y mató de hambre a los ciervos, pero dí los dominios que deseas... En Londres hay palacios maravillosos que no pertenecen al Estado y serán tuyos si los escoges. ¡Habla, pues!...

El viejo sólo quería una cosa. Y al formular ese deseo único, los patriotas temblaban, temiendo ser expoliados.

—¿Cuál? dijo Cronwell.

El estuvo sin hablar algún tiempo y después dijo:

—Has de darme la camisa del decapitado, empapada como está en la sangre que de él corrió...

—¿Nada más?

—Nada más...

Cronwell no se contuvo y no pudo menos de decir:

## L A C I U D A D D E L V I C I O

—¿Cómo es que un hombre de tu temple es fútil como una mujer?

El viejo se ruborizó bajo la afrenta y dijo:

—¡Ingratol..

Y salió. Pero al día siguiente recibía la camisa ensangrentada en la sangre real...

Ese trofeo de infamia fué encerrado en un cofre labrado en cuya tapa una inscripción latina conmemoraba el hecho en una solemnidad de estilo que se hinchaba muy anglicanamente en versículos de la Biblia. Y en las edades sucesivas la descendencia del verdugo tuvo la veneración de Inglaterra, en razón del despojo guardado en el cofre de oro precioso. Fué esta veneración la que más tarde hizo sentarse a un nieto del excéntrico sicario de Cronwell en la Cámara Alta y escupió sobre el uniforme ducal que le vistiera una lista general de condecoraciones y cruces (1). En breve Lord Wite, Duque de Clifton, y re-

---

(1) Fialho d'Almeida usa la palabra a francesada de *crachás* (*crachat* en fr.) y con ella hace un juego de vocablos. La frase íntegra es así: «*Cuspiu na farda ducal que lh' vestira uma lista general de condecoracoes e crachás.*» (Escupió sobre el uniforme ducal que le vistiera una lista general de condecoraciones y *crachás*.) *Crachat* en francés significa indistintamente *condecoración* o *placa de una gran cruz*, y *salivazo* o *esputo*, pero en castellano no se conserva esa significación y claro es que no puede tener sentido tal juego de vocablos. *Crachat* es usado en francés en lenguaje popular y el empleo de esa palabra sucia en lenguaje poético, autorizado por V. Hugo que dice en una estrofa que las estrellas son «*les crachats de Dieu*» indignaba mucho a los críticos puristas, y en nuestra patria a don Juan Valera. (Vid. *Cartas americanas*, primera serie; estudio sobre el libro *Azul* de Ruben Darío; no tengo a mano ahora la edición para confrontar el volumen y cito de memoria, sobre recuerdos.) Fialho hubiera incurrido en las cóleras olímpicas de don Juan Valera.—*N. del T.*

presentante directo de la familia aristocratizada, llegó a ministro, a favorito y a cien veces millonario.

En cierta época del año, salía de todos los puntos de Inglaterra una chusma de eruditos, hambrientos de camisa, en dirección al castillo de Clifton, en la esperanza de que la clemencia del propietario les permitiese, como gracia inestimable, unos segundos de contemplación ante la reliquia del Rey santo. Señores y siervos se imponían la peregrinación a Clifton, una vez en la vida al menos. Y acerca del color y forma del venerable harapo y acerca de sus manchas, extrañas versiones llegaron a correr por el mundo... Folletos curiosos referían que era camisa de dormir; enormes *infolios* cuajados de investigaciones pacientes y sutiles llegaban a la audaz afirmación de que ni era de dormir ni de vestir ni camisola siquiera, sino sencilla y honestamente, un par de calzoncillos...

Fué de ver la lucha que se trabó entonces; las apuestas que se originaron del caso; los duelos a puñetazos, a puntapiés, a tiros, a bastonazos, que tuvieron lugar... En Oxford y Cambridge, por todos los grandes colegios y clubs, la mocedad olvidó el *cricket* y soltó el remo, para dividirse en facciones; una que enarbolaba la camisa y otra que hacía fluctuar los calzoncillos en la punta de un chuzo...

En los claustros góticos de las universidades y en la embocadura de las callejuelas medioevales, entenebrecidas a deshoras, cada vez que un bulto afrontaba a otro, luego bramaba en un inglés furibundo:

--¿Quién vive? ¿camisa o calzoncillos?

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Y siendo contrarios los que altercaban, pronto se entablaba combate y corría sangre a borbotones de vencidos y vencedores... Los que expiraban, decían en el estupor de la última hora:

—¡Muero por los calzoncillos!

Y narrando el caso, *The Times* escribía:

--Una víctima más de la ropa blanca de Su Graciosa Majestad...

Ahora bien; estaban las cosas en estos términos cuando una comisión de sabios y filósofos, mezclados con algunos de los mejores camiseros de Londres fué encargada, por el Gobierno de la Reina, de precisar la cuestión y restituir al público la tranquilidad que había de desear en tan tormentosas circunstancias. La Cámara de los Lores votó millares de libras al trabajo pujante de la ciencia y de la ropería inglesas. Los periódicos publicaron retratos y biografías de los comisionados, animándoles con apóstrofes estridentes; los club de renombre abrían al grupo elegido sus salas de conferencias y de comida; y en toda la línea los duelos se multiplicaban y las apuestas se repetían...

Al mismo tiempo llovían de las prensas los pesados folletos, ricos de argumentación, insuperables de lógica y hasta ricamente provistos de ciertos pormenores. Según el doctor Kater, la pieza de ropa guardada en el cofre, era un par de calzoncillos, atendiendo a la malla negra que demarcaba la bifurcación de las mangas;—opinión que mereció una sesión solemne al *Colegio de Cirujanos* de Londres. Conforme se infería de las actas y boletines de esta preciosa so-

ciudad, la malla revelaba el calzoncillo, por cuanto la ciencia confirma la relajación de ciertos músculos por la decapitación... Pero la alta química inglesa, que había asistido en silencio al debate, intervino pidiendo un resquicio, por infinitésimo que fuese, de la sustancia a fin de que los modernos procedimientos de análisis lanzasen el ultimatum que el caso exigía, con urgencia. El público inglés no consintió sin embargo: ¡tal es el respeto de los sajones por los monumentos históricos!... Y en una solemne protesta, doscientos *meetings* hicieron sentir al gobierno su voluntad sobre la malla del buen Rey Carlos Estuardo.

Sir Bell, el tribuno, hizo un discurso genial, llamando réprobo y criminal al que tocase, aunque fuese con la punta de la nariz, en el medallón negro de la reliquia...

«...Puesto que es único en el género; y el Mártir no podrá brindar a los Museos del Reino Unido con otro de igual tamaño!...», resumía en medio de una tempestad de aplausos...

Fotógrafos y pintores vinieron pidosamente con sus máquinas y caballetes al Castillo de Clifton, a reproducir el singular endurecimiento que tamañas dudas provocaba. Y vendiendo copias a dos chelines enriquecíanse en día y medio, vitoreados en las plazas y calles de la gran ciudad...

Lord Clifton abría con hidalga generosidad sus puertas a romeros y sabios. Hizo moldear un cristal en la tapa del cofre de oro en que se conservaba la santa ropa, orgullo de su casa y blanco de las atenciones de un gran pueblo...



## L A C I U D A D D E L V I C I O

—Así os inclináis ante el precioso documento del buen rey, decía el duque desde su escaño del Parlamento... ¿Qué haríais entonces, si como la siempre llorada mano de mi ilustre abuelo lo hubiéseis palpado fresco, en un éxtasis, acercándolo a los labios para oscularlo reverentemente?...

Y por sus barbas venerables y blancas, hilos de lágrimas corrían...

Al fin de un año de disputas, de conferencias grandilocuentes y de las más catedralescas hipótesis, la gran comisión de sabios recapituló que... una de dos:

1.º O en tiempo del Rey Carlos reinaba como suprema elegancia el hacer de las piernas brazos y en tal caso el harapo de Clifton era sin duda alguna canisa confeccionada para un decapitado, por no presentar abertura entre las mangas, pudiéndose la malla clasificar de sanguinolenta... 2.º O, en caso contrario, era un par de calzoncillos y, por consiguiente, la malla...

Seguía un latinajo púdico para explicar la composición de la histórica argamasa...

¡Alarma en toda la línea!... En las bibliotecas llovían arqueólogos y eruditos a investigar si de hecho constituyera prodigio de galantería europea en tiempos de Carlos el traer las manos por el suelo...

Las *ladies* de tez purísima y ojos de zafiro se ruborizaban, de pensar en la renovación de ese refinamiento. Republicanos moderados, jacobinos de media fuerza o rojos puros, berreaban en cónclaves secretos contra la degradación y el embrutecimiento de las familias reales, y de las aristocracias, jurando que la

Convención Francesa y la Usurpación de Cronwell habían sido providenciales, al extirpar colectividades que se esforzaban en retrotraer a la Humanidad a los hábitos de locomoción de los verdaderos brutos...

Nuevos discursos, nuevas sesiones, nuevos duelos y nuevos folletos. Del gabinete inglés irradió una nota a las potencias, pidiendo confrontaciones y minuciosos paralelos de trajes en el ciclo histórico señalado. Francia declaró, entre risas, que Luis XVI era un primate de la mejor especie, y de las manos solo hacía uso para firmar decretos que no leía, llevar a la boca magníficas pastillas de chocolate o pedir clemencia en una actitud de poltrón, en todo su doloroso cautiverio.

Italia y España vieron en el problema una diferencia de razas y encogieron desdeñosamente los hombros, orgullosas de su cuna latina. Alemania púsose a meditar. Y solo Portugal, en un impulso de simpatía por *la fiel aliada*, respondió que desde Ourique, estando vivos Teresa y el gallego Trastámara, su amante, era uso separarse la nobleza del pueblo, invirtiendo aquella los miembros locomotores y poniéndose en derredor de los príncipes, con la cabeza para tierra y los pies para el firmamento, en los grandes saraos y recepciones...

Aún sobre la cuestión pesaron años que al mismo tiempo hacían inclinarse hacia la tierra la espina dorsal y la cabeza blanca de Lord Clifton. El duque no tenía descendientes directos. Era un viejo austero y seco, solitario en su ducado y poseedor

## L A C I U D A D D E L V I C I O

de la mejor fortuna rural de la Gran Bretaña...

Tenía un ama de llaves a quien mucho quería, y que había sido ama de la rubia Ellen; futura duquesa, si un garrotillo no la estrangula a los dieciseis años, ¡pobre gatital... Repetidas veces el Gobierno propusiera al Duque, por sumas fabulosas, la venta de la pieza de ropa de Carlos Estuardo. La reina le había escrito de su puño y letra una larga carta de familiaridad afectuosa sobre la reliquia ancestral (1) que sería un crimen dejar fuera de los archivos del país, perdida tal vez en manos de los coleccionadores particulares y en los *bric-a-brac* de los extranjeros maníacos. Pero Clifton rehusó todas las proposiciones, alegando que el despojo era prenda de familia a la cual iban unidas grandes recordaciones y leyendas...

Sintiéndose ya al fin inclinado hacia la tumba, con ochenta y tantos años, Lord Clifton hizo saber al gobierno, en cierta mañana de gota tenaz, que la camisa, los calzoncillos o lo que quiera que fuese, entrarían en el *South-Kensington Museum* en el

---

(1) Me permito en este punto corregir a Fialho d'Almeida que sin duda no corrigió, revisó y examinó bien las pruebas, y por ello dejó subsistir esta reiteración de dos palabras tan similares que vienen a ser casi *homófonas* y producen un efecto deplorable de cacofonía. En este párrafo Fialho escribe: «*A rainha escrevera—lhe do seu punho uma longa carta de familiaridade affectuosa, sobre a reliquia de familia...*» (A CIDADE DO VICIO, pág. 143). Yo había traducido «reliquia de familia»; pero ahora en las pruebas le corrijo porque me parece demasiado cacofónica la excesiva proximidad de familiaridad y familia. Máxime tratándose de un estilo como el de Fialho que tiene el prurito muy justificado de ser correctísimo y moderno.—*N. del T.*

mismo día en que él, Lord Clifton, cerrase los ojos al mundo para habitar en el osario del castillo su sarcófago de lápislázuli que diez leopardos sustentaban y docenas de escudos revestían. La noble intención del Lord conmovió a la orgullosa y grande Inglaterra... Todos los *clubs* votaron homenajes al benemérito; el Parlamento y la Reina le colmaron de honores; y a su vez el pueblo le hizo ovaciones formidables, bajo las ventanas del palacio.

Y de allí en adelante, la idea de todos era:

—¿Cuándo cerrará para siempre los ojos ese buen Lord Duque de Clifton?..

En el salón de honor del *Kensington*, el director ya había marcado un sitio a la reliquia inestimable, en el fondo de la habitación, sobre un estrado gótico, entre las estatuas exhumadas en el Peloponeso y las banderas tomadas a los franceses en las grandes batallas del Imperio...

Y una tarde de invierno, los periódicos notificaron la muerte del Lord... Mientras todas las clases sociales venían luctuosas y graves, a desfilas en el entierro, una diputación de sabios, presidida por el Príncipe de Gales, subía las escaleras del caserón solariego para conducir al museo la oferta del duque muerto...

¡Ah, pobre gentel... Desapareciera del armario la pieza de ropa de Carlos Estuardo,—camisa, calzoncillos o lo que quiera que fuese—porque el ama de llaves, aseada mujer del país de los *high-lands*, viendo allí el lamentable harapo, lo echó honestamente al cubo de la lavandera ..

## X

### EL MAYORAZGO

**E**N Casa Branca; cuando el tren se detuvo, desperté al ruido de la portezuela que se abría y entró un hombre con una criatura de luto.

—¡Tenga el señor buenas noches! dijo él, levantándose el sombrero sin alas. Y desembarazándose de la capa española, con vueltas de terciopelo rojo, con alamares de cadena, púsose a empujar para dejar debajo del banco la maleta de alfombra que trajera. Tal vez demasiado gordo; barriga importante donde colgaba una cadena de oro, aire afectadamente sereno, barba corrida. Después de sentarse respiró fuerte por el esfuerzo que había hecho para empujar la maleta, levantó el cuello del gabán al pequeñito diciéndole si tenía frío, si tenía sueño o si tenía hambre; no me acuerdo ya... La criatura estaba en un rincón y desde dentro del gabán pardo, sus grandes ojos tristes erraban curiosamente sobre mí, pensativos y húmedos...

El hombre pasóle la enorme mano por la carita fina, con una ternura bondadosa y vuelto hacia mí

soñeábase como pidiendo disculpa de ser tan expansivo.

—¿Es su hijo? le dije.

—Sabrá que sí, replicó.

—¿Hijo único tal vez?...

—No tengo más desgraciadamente...

—Es muy niño todavía.

—Va a hacer ocho años por San Miguel.

—¿Entonces qué? ¿padece algo?

Parció sorprendido de lo que yo había dicho. ¿Padece su hijo? Nunca había tomado remedio de botica ni había sufrido de molestia. En todas las criaturas, los dientes tienen trabajo en romper, como el señor sabe... ¡Pues en este habrían visto, sin *ay* ni *uy!*... ¡Padece qué!...

Veíase un orgullo de progenitor en esa manera de decir, destilando idolatría sobre la pequeña larva enroscada al rincón del carruaje, blanca, flaca, hecha de ese tejido blando que es senilidad en la infancia y que distingue de ordinario a los hijos de los viejos o de los libertinos...

Era verano; viajábamos de noche... Todo negro en derredor... Solo de trecho en trecho ardían hogueras en plena llanura con humareda que daban tonos rembrandtescos y opacos. En las márgenes de la vía, conforme se iban complicando los declives del terreno y los amontonamientos de la arboleda y del matorral, las linternas del tren iluminaban de improviso extrañas formas con todos los aspectos, troncos yertos, cañaverales en rebullicio, grandes pinares abriéndose en quitasol, jaras ondulando por las

## L A C I U D A D D E L V I C I O

escarpaduras de las rocas a pique y la tierra calcinada vibrando con los calores acumulados durante el día. De paso por el arenal, polvaredas finas llenaban los aires, entrando por las ventanas y cayendo suavemente en el traje. Y continuamente, como aldaba gigantesca sonando por un amplio corredor, el *trac-trac* del tren ensordecía la noche, subiendo en formidable algazara si los raíles se hundían rasgando otero o peñasco, o apagándose más y más si íbamos francamente corriendo por la llanura...

De trecho en trecho casuchas brotaban de la sombra y poniéndonos de bruces veíamos al guardia apostado con la linterna a su lado, sombrero caído, inmóvil y negro, sumiéndose rápido en el torbellino de formas que desfilaban... Sucediáanse estaciones tras estaciones, vastas sábanas implacables como desiertos, pinares cerrados, o espesuras de matorral hirsutos por los cabezos... A veces el hombre erguíase echando la cabeza fuera del carruaje, y quedábase en las tinieblas sorbiendo el rumor de las hoyadas adormecidas en los pastos, los gritos de las ranas y de los grillos, a orillas de los regatos más provistos de frescura... En estas distracciones podía entonces mirarle mejor, verle el traje, calcularle la edad y adivinarle la posición. Traía chaqueta oscura, calzones muy chatos de fondillos, revelando los hábitos sedentarios de la provincia. En las botas crudas muy anchas de puntera llevaba espuelas y todo el amplio abdomen cubierto por una faja con flecos profusos cayendo a un lado... En Poceirão, el peque-

ño que se había despertado en un rincón, quiso agua y como yo tenía el frasco lleno, púseselo en la boca.

—Va a dormir otro sueño, su mayorazgo, díjele riendo...

Y él siempre expresándose por los ojos penetrantes, con sus naricitas afiladas y la boca fría muy pequeña, mirábame cara a cara sin decir palabra. El padre dijo entonces:

—Cansado de la jornada, no habla. ¡Granujal!...

Acariciábale el gabán con un gesto suavecito de ama seca, enderezándole las piernas y poniéndole la capa envuelta, en forma de cojín por debajo del cuerpo. Y abierta la bolsa del tabaco, preparó un cigarro deforme. Extendíome los bártulos después de haberse servido...

—¿Fuma?...

—Después de comer solamente, gracias;—respondí.

--Como yo, tal cual, de muchacho. Ahora fumo a todas horas. ¿No le molesto, no?

—¡No faltaba más!...

La llanura era rasa y desnuda; algún grupo de pinares erguía en negro la figura consternada, sobre el naciente desvanecido en la conmoción de la madrugada, donde el lucero del alba brillaba como un girasol de zafiro, goteando hilillos de claro de luna...

—El señor es alemtejano, dije yo, a ver si entablaba conversación.

—Vivo hace muchos años allí.

--¿Casado?...



## L A C I U D A D D E L V I C I O

Muy suavemente contestó:

—Viudo; ando de luto por la mujer ¿no lo ve?

Y respiró con angustia...

Su voz era blanda, sin los tonos ingratos, intimativos y duros, del ricacho afecto a mandar gañanes y cavadores, a hacer cuentas por las noches, a dar conversación en los trillos y en las eras, a pesar a todos los hombres en la balanza egoísta de los miles de duros. Entonces, encarándole de lleno, ví que era pálido, con ojeras papudas, entrecejo hirsuto, y la cabeza huyendo en dos hilos de calva sobre las sienes lustrosas...

—Quedóle el pequeñito, —añadí yo.—Es lo que tiene casarse de cierta edad; se hace tarde para educar a los hijos después...

El meneó su gran cabeza con aire grave y la mirada distraída hacia fuera, sacudiendo la ceniza del cigarro.

—Ese es uno de los peligros, —dijo.—Hay otros si la mujer es joven...

—¡Ah, sí,—reliqué yo.—Joven y liviana...—Y le miré riendo. Le ví ponerse en pie bajo los impulsos de un resorte interior, carraspear con ruido y decir palabras inciertas:

—Afortunadamente no tengo razón de queja...

Llevaba las manos al vientre como buscando algo con gestos errantes.

—...Sí, no tengo razón...

Y doblaba la camisa de luto, iba hacia el pequeño, volvía a la ventana. Pero como yo miraba para él, se puso pálido y afirmó con energía:

—¡Palabra de hombre de bien!...

—Pero júrole que lo creo,—dije yo admirado de esa singular insistencia.

En la confusión había arrojado fuera, por la ventanilla, el cigarro y buscaba tabaco por los bolsillos.

—Este mundo es una comedia; es lo que es... Las he sufrido buenas, no lo dude usted...

—Nunca se es completamente feliz,—opiné por mi parte; y él dijo que sí con la cabeza.

—El señor es joven. En esa edad las catástrofes no dejan huella; la gente lo vé todo color de rosa. Pero de viejo, crea, la cosa es otra...

Extendió el brazo hacia los campos que surgían vagos de la noche y de la neblina, bajo la palidez del cielo matinal... Y en intervalos absortos:

—¡Todo esto es mío!—señalaba con el brazo el horizonte.—Más allá queda la heredad de las *Donas*, más allá *Sao Brissos* que fué de Moira de Arrayollos, mas lejos aún se vé la *Martineta*, tierra guapa para sementeras... ¡Vida, vida!...

Y más lejos:

—Podía meterme a roturar descampados por ahí, todo tierras grasas, vírgenes de cosechas, con aguas de manantial... ¡Millones en poco tiempo!..

Se rió con aspecto triste.

—Pues por ahí me envidian la hacienda, gente feliz. Siempre inspira codicia aquello que es de los demás. ¡Mire que es así!...

—¿Y por qué no intenta esa agricultura en grande?—inquirí.

—¡Vaya, dejadla!—dijo él con un gesto desalen-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

tado.—Quien viniese detrás de mí, hará lo que tenga a bien.—Y volviéndose:

—Aquí el niño... si llegase a hombre, algún día...

—¿Ha de llegar, por qué no?—volví yo; y como respuesta el viejo me dijo:

—Muy agradecido al Señor..

En Pinhal Novo entró gente de Setubal, llenáronse los wagones y la familia de un coronel sentóse entre nosotros. No hablamos más.. A veces mirábale desde mi rincón, veíale acechar al pequeñito que dormía con una solicitud tierna, filtrada de pasivas tristezas. Y los cabellos blancos formábanle corona debajo de las alas del sombrero. El coronel, enorme como un cíclope, hecho como en cresta de gallo, el cabello ya blanco muy estirado, rompía como una torre sobre los demás pasajeros, en la postura fanfarrona de los Hércules de fuente (1).

Y el mayorazgo le miraba con humildades campesinas, de soslayo, sin atreverse a encararle de frente, en una admiración por los lentes azules y la coloración rutilante de aquella majestuosa señoría, toda en sonidos de espuelas y deslumbramientos de oro en los galones de la vestimenta... De tamaño

---

(1) *Hércules de chafariz*: son en Portugal las fuentes públicas los *chafariz* con esculturas y motivos ornamentales muy lindos. En castellano la voz está autorizada por el uso de escritores tan autorizados como Agustín de Rojas y don Francisco Rodríguez Marín le da acogida y la corrobora con ejemplos de clásicos como el citado Rojas y Castillo Solórzano. (Véase el libro reciente de Rodríguez Marín: *Un millar de voces, castizas y bien autorizadas, que piden lugar en nuestro léxico*: Madrid; mcmxx).—Nota del Traductor.

enorme, su aspecto trasudaba bravura jactanciosa, fragores de carga y bramidos de mando. En esa mano cerrada sentíase el nerviosismo de quien marcialmente oprime empuñaduras de espada invencible, en la vanguardia de los escuadrones a toda brida, bajo humaredas de cañones ululantes... Un respeto inclinaba la obesa corpulencia del mayorazgo, cuando un prior sacó provisiones de la maleta, diciendo no haber almorzado como Dios manda. Preguntó en derredor si algunos de los señores o señoras querían servirse... Y había mostrado un enorme cabás de provisiones; fiambres, doce huevos cocidos, un gordo pollo relleno, mandarinas y mermelada para desengrasar... El rojo coronel que era un amigo, al parecer, no rehusó su traguito de Porto.

—¡Está bueno!--decía el prior. ¡Sírvasse de naranjas, señora Doña Emma, son de las nuestras!...

Y Doña Emma, hija del coronel y bizca, con plumajes blancos en un sombrero de teja escarlata, replicó con mímicas fastidiosas que lo agradecía mucho, pero que no... El coronel se puso entonces a hablar... Era una vocecita de suavidad incomparable, toda pastosa en las *erres*, solícita, mansa, escuriendo falsetes de niño de coro... Y con grandísima sorpresa, el mayorazgo oyó a ese guerrero color de lacre, tan babilónico de construcción, discreteando en diálogos de cocina, con el prior... ¡Confesónos que daría todo por un relleno legítimo, pero lo que se llama todo!

Sólo daba merecimiento a rellenos y a quien los

## L A C I U D A D D E L V I C I O

sabía preparar. La receta del *Cocinero de los cocineros* era una porquería de tasca. Y con soberbia, levantando las charreteras flamantes en un pavoroso juego de omoplatos, desafió allí a quien le diese leyes sobre la materia. Y además, jaleas, *puddings*, cremas, toda calidad de caldos y unas copifas de *Pooorto*, ¿no, señor prior?...

—¡Oh, eso es famosísimo!—dijo el reverendo, masticando fiambres con dientes de frailón.—Y embistiendo a los circunstantes de cada vez, a cata de adversario, el flamígero coronel se jactaba de haber leído todo lo que andaba escrito sobre el asunto; ¡incluso libracos venidos de Francia!... Contaba hasta de artículos suyos en el *Almanaque Taborda*, probando los inconvenientes del limón en el *pudding* de huevos; lo cual le mereció felicitaciones del prior, que no sabía estar hablando con *el ilustre literato*. También apreciaba de corazón las invenciones de la pastelería, los buenos *puddings*, las ricas jaleas, la crema de fruta en su punto y hora...

Bebía golosamente con ruido de sorbos. Y declaró tener en Azeitão una moza que sabía templar eso celestialmente, lo cual hizo bajar los torcidos ojos a la Doña Emma...

—¡Oh, dijo una aceitunada de la familia que estaba de verde en un rincón, con esos dientes salientes;— como papá no puede haber otro, figúrate tú...

—En efecto, afirmó el guerrero jubiloso;— la cocina es mi flaco...

Retorcía los bigotes de Fritz y refirió cómo ga-

nara la condecoración de la *Torre y Espada* en las maniobras de Tancos (1) por haber regalado a Su Excelencia el Ministro de la Guerra con una comida suscrita por toda la oficialidad donde él lo había hecho todo, desde una cierta sopita de rabo de buey que estalla... (y con empalago, besó las puntas de los dedos para encarecer) hasta las comptas que estaban de regalo...

—Pues no sabía, no sabía de esos primores, señor coronel Pureza, decía el prior con deslumbramientos en la gruesa faz de glotón. Y el guerrero dió recetas; cómo era la gelatina, el sorbete de anana, y gran número de jaleas similares. Explicó las formas y los rasgos que mejor servían a la buena apariencia de los preparados.

—¡Vaya, vaval argumentaba el prior, pasmado de tanta sabiduría.

—Aún no sabe lo mejor, dijo la de verde, con los dientes saliendo de un hociquito de liebre...—¡Hace jaulas más lindas!...

—¡Ah! dijo el reverendo yendo de sorpresa en sorpresa. ¿Y qué les meten?...

Al llegar a Lisboa, yo y el mayorazgo nos oprimimos las manos; creo que le dije alguna cosa afectuosa y con la misma voz honda y espaciada volvió él...

—José María Cardenas, conocido en todo el distrito.—Y cuando quiera, la casa allí está...

---

(1) Es un puesto militar importante en Portugal, en la línea de Lisboa a Valencia de Alcántara, donde se realizan las maniobras del ejército y donde hoy está establecido el Centro y Escuela de Aeronáutica militar.—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Se fué y ya lejos saludó a Alvares, el amigo Alvares del Crédito Predial, a quien yo conocía también... Fuíme derecho a él...

--Oigame ¿quién es aquel vejete, diga?

Alvares púsose los lentes, estuvo mirando un rato...

—¡Ah, el mayorazgo de las Olhalvas! Buen viejo, chico, pero ¡qué cornudo!...

Y pasado un momento:

—La mujer buena, con todos los diablos...

—¿Conócesla tú?

—Dicen... Puede ser verdad...

Dos años después, en un balneario, ya por Octubre, fumaba en la playa una tarde, cuando un hombre de luto me vino a saludar con un muchacho flaco como una sardina arenque, cogido de la mano.

—¿Cómo va pasando, señor?

Hablábale sin acordarme de haberle visto en parte alguna.

—Bien, gracias ¿cómo está? ¿Es su hijo este pequeño? Enfermito, según parece...

—Nada, no señor... Débil... De manera que vine a los baños. Dice el médico que es bueno para la flojedad de nervios..

—Sí, sí, decía yo bostezando.

El empujó al pequeño hacia mí, hízole hablar, hízole andar; estaba más crecido ¿no lo estaba? pero con poco apetito... Y le acariciaba suavemente, extasiado en aquella suciedad amarillenta, blanda, sin

reacción, sonámbula y efímera como una esponja de mar... A ratos, cuando una vela flotaba a lo lejos el macaquillo alargaba la mano chata, descoyuntada, recordando por los deditos cortos un pie de ganso con pezuñas; y gañía:

—¡Oh, padre, padre!

—¡Qué es, Luis?!

--Mira allí una embarcación.

Quedábase riendo descoloridamente, con su risa de esqueleto en que nunca brillaba la emoción desordenada y viva de las criaturas sanas. A veces queriendo hablar no sabía expresarse, olvidaba las palabras, barríansele las ideas, y ahogándose, de asfixia, poníase a mirar en derredor, idiotizado. El padre entonces íbale ayudando y vibraban en su voz suavidades entretejidas con lágrimas.

Volviéndose hacia mí, resumía:

—Un desconsuelo; ya ve...

Animábale yo, ileno de simpatía por aquel dolor grave de viejo, resignado y mudo y poníame a decir:

—Que lo metiese en un colegio, lejos de los cuidados de la familia. ¡Ya se desarrollaría! Los muchachos necesitaban iniciarse en la vida, por la dureza y por la lucha, entre alguien que los hostilice y alguien que los guíe... Dan siempre resultado los hábitos viriles; pruebe eso... Gimnasia gradual, todas las mañanas, pasear a caballo una o dos horas, carreras por la quinta, sobriedad en la comida, cama dura, hábitos madrugadores... Verá cómo hace de él un rapazote... Los rapaces (créalo) sólo se robus-



## L A C I U D A D D E L V I C I O

tecen torciéndolos como quien tuerce amarras.

El no se convencía, mostrábame el cuerpecito de su pequeño molusco que se alargaba de mes en mes y tenía por la mañana los tonos viejos del cardenillo, funestos y miserables...!

—¡Si no tiene fuerzas para nada!.. El señor hablaba bien, pero vamos a éste le reventaba una vena...

En voz baja, poniéndome en la espalda su mano peluda, añadió:

—Ataques, dos y tres por día.

—Hijo de mala simiente nunca llega a ser buen árbol...

—¿Tiene madre? dije al azar.

Estuvo sin responder; por fin dijo:

—¡Murió, pobrecita! Aún traemos luto como ve... y me mostraba la camiseta...

¡Yo entonces reconocí el mayorazgo del camino de hierro, pobre hombre!.. Estaba más viejo, la barba toda blanca, el rostro demacrado y surcado de arrugas. Y de allí en adelante, todas las tardes dábamos una vuelta a la orilla del mar, fumando cigarrillos en la mejor camaradería. Hablábame llanamente de su trabajo y de la vida de provincia, cuánto le rendía el corcho y cómo era más barato poner abono de arado.

A veces concentrábase y con las manos detrás de la espalda seguíame sin un rumor. Era de una timidez exagerada y susceptible, pidiendo a cada paso disculpa, incapaz de dar órdenes o de hacerse valer. Y en el hotel decía a los criados que le servían:

—Muy agradecido al señor...

Y al pedir cualquier cosa:

—Hágame el obsequio...

Las mujeres le avergonzaban, poníanle triste, se marchaba en seguida... Huía de los grupos, evitaba hablarme delante de gente, siguiendo con la cabeza baja. Esa organización bondadosa tenía el instinto de su inferioridad provinciana, en el mundo refinado que funcionaba en torno. Y como yo me obstinaba en mostrarle el club, casi se enfadó conmigo y desapareció por dos días...

Entre las familias que estaban a baños—de aristocracia pobre: banqueros liquidados, camarillas que se enredaban en líos judiciales comidas por la hipoteca, infantes, diplomáticos y demás apéndices de corte en veraneo—andaba una elegante pareja (1) fresca y jovial, siempre en evidencia, entrando en todas partes y tuteando a toda la gente, que era, por decirlo así, el impudor de la playa en esa estación.

Todas las mañanas, cogidos del brazo los condes, marido y mujer, iban al baño con *toilettes* claras, cuchicheando y riendo uniditos, muy amigos, muy novios, dando la mano a los muchachos y mirando, un poco desdeñosamente a las señoras... El heredero presunto hacía saltar el *lorgnon* en viéndoles llegar, sonreía el gran condestable por debajo de una nariz en promontorio; la corte rumoreaba... Y los dos muy

---

(1) Fialho dice afrancesadamente *ménage* pero yo prefiero restituir la palabra a su purismo castellano.—N. del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

frescos, con jazmines en la solapa, polaina roja sobre zapatos crudos, debajo de un quitasol japonés, recto y bordado de cigüeñas blancas, melocotoneros y amapolas en flor, dirigían el binóculo al mar encendido en la reverberación del sol, contra la espuma que se pulverizaba en las rocas, o recostándose por las arenas pálidas con felina indolencia, envuelta en el encaje de las algas y en el diseño glauco y singular de los cangrejos...

Aquí y allá había pequeñas ciudades de casetas; señoras de claro, sombreros de paja, gente en trajes de baño, lanchitas arrullándose en el vaivén de la marea, marineritos de uñas color de rosa; y a trechos en la franja de las rocas, fuertes desguarnecidos, bandadas de cabezas parleras, cuerpos bogando a flor de agua, los que salían del baño dando saltitos y gritos, los que iban de espaldas sobre el arrullo de las ondas...

Y aquella vida de playa lucía al sol alegremente, cochecitos de paja en espera, *chalets* emboscados en el fondo de las puntas y jardines, la fluctuación de los *stores* listados sobre las ventanas abiertas, yedras trepando por torrecillas de pizarra y muchachos con muchachitas jugando al *cricket* antes del almuerzo, por las alamedas enarenadas de blanco. Y los periódicos que llegaban de Lisboa, los japoneses del Domingo, mezclados con helados de encargo venidos en la baraunda del mismo vagón, en grandes cestas de mimbres...

En su silla de la isla, aislada de la colonia femenina, con maneras de andaluza petulante, la condesa

soltaba entonces sus cabellos del gorrito de paja envuelto en una diáfana blonda, y encendía un cigarrillo en el habano del conde, que en la arena, a los pies de ella, como un Terranova favorito, la escudriñaba con sus ojos de gato bravo, amarillos e inquietos... A ratos extendía la condesa el abanico ante sus ojos frente al mar, para seguir algún vapor humeante ya en la última línea del horizonte y del agua... ¡Estaba tan graciosa fumando, que hasta las viejas la perdonaban!... Echábase hacia atrás para expeler el humo en un como desesperamiento amoroso, asomando las piernas bajo el traje ceñido de cuya orla roja los pies salían batiendo el compás en la arena...

A veces traía en la escarcela, cayendo en la cintura por un cordón de oro viejo, algún libro en edición *bijou*. Y mientras el conde leía, la condesa desvanecida, con las manos colgantes, atravesada por una ondulación, sentíase vivir, rodando en un sopor su sombrilla japonesa bordada de cigüeñas blancas...

*Paquerettes des près, vos couleurs assorties  
ne brillent pas toujours pour égayer les yeux...*

Ibanse entonces llegando solapadamente los golosos de buena hembra, los aturdidos y los demás... Ella distribuía cigarros, toda encendida de color, con una sombra azulada por debajo de los párpados, contenta con ser el blanco de las miradas, con atraer y deslumbrar a las que le robaban el corte de los corpiños muy ajustados en las caderas, sin costura en los senos, modelando con gracia helénica la provocante expansión de las pomas y la curva divina del vientre

## L A C I U D A D D E L V I C I O

que tenía bajo la tela la lascivia candente de una desnudez de harem.

¿Conde y condesa de qué? Nadie se ocupa de confrontar títulos en una tierra donde ellos caen sobre quien pasa, como antiguamente las aguas sospechosas de las ventanas... El, un español de Andalucía, trigueño, nervioso, de ojos alucinados y asemejándose diabólicamente a un marcador de billar que yo conociera de mozo. Y tenía los modales francos de un gran señor, dichos de gracia picaresca, conesa originalidad de los países de sol, brusca, dislocada y jovial, donde parece resonar el torbellino de los cascabeles y de los panderos, cuando patalean fandangos...

Alvares, el del Crédito Predial, que todo lo sabía, díjome poco del conde.

—Que había aparecido en Lisboa iba para cuatro años, montado en un caballo inglés y seguido de un criado de librea y calzón de ante... Después del caballo había echado coche; había vendido un día el coche y disparó dos tiros en una casa de juego... Poco más o menos, ¿comprendes la cosa? En seguida (Alvares ya no se acordaba bien), bastonazos en el Marrare (1) un Carnaval; después, se presentó con la condesa... Ahora anda de hombre serio, trata de venderla por ahí, como vendió el coche... ¡Y ella, una verdadera zorra, hijo!...

Rebullía los ojos por detrás de los lentes fijos y

---

(1) ~ Un restaurant célebre en la época en que Fialho escribía esto; en la época ¡tan gloriosa y tan lejana! de *Os Maias* y de *O Primo Basilio*.—N. del T.

con cierto suspiro canalla, profundo y vicioso:

—Derrítese la gente toda sólo de pensar en eso...  
¿Qué hará? ¿Comprendes la cosa?...

Y se marchó muy atareado, limpiando el sudor del pescuezo apoplético.

Tardaban los fríos en llegar; hubo días lindos, el mar convertido en un delicioso lago. En el club, se walsaba a todas horas. Bajo toldos y decoraciones había fiestas de corte en la explanada; unos navíos de guerra anclados en la bahía, simulaban en frente, en lo oscuro de las noches, bombardeos en regla, con fuegos de bengala; y toda la gente se divertía, alabando el servicio de la marina nacional.

¡Y todos los días regatas, cabalgatas, el tiro constitucional (I) de gaviotas, un bazar de rifas benéficas, el demoniol... En los primeros puestos, el conde y la condesa, muy parejaditos, los mejores amigos del mundo, aparecían a los comentarios de la multitud; ella con *pompadour* de seda cruda, gorrito a un lado envuelto en una gasa ligera; él oprimiendo petulantemente el monóculo en la órbita del ojo y abombando su alto estómago de mundano... Hacíanse locuras en derredor de esa mujer disputada, conocedora de lo que valía, y poniendo al servicio de su temperamento frío, los modales distinguidos de una señora de raza. Era de estas *cocottes* severísimas

---

(I) ¡Qué profunda ironía encierra este adjetivo de Fialho; tiro constitucional de pichón o tiro de gaviota, que parece inherente a las monarquías; el de pichón en las monarquías con capitales interiores; el de gaviotas más adecuado en las monarquías con capitalidad marítima!—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

en público, artistas por intuición, con predilecciones refinadas y nervios irritantes, gustando de la conversación, sabiendo reír, excitando y fingiendo no dar importancia a eso... En sus labios había un reflorecer de romero bravo, húmedo y vivo, contrastando con la palidez mate de las facciones ovales, y un *tic* voluptuoso de las narices, que en la risa le bordaba *scherzos* de finura aristocrática...

Llegaron a presentarme al Conde que se convidó a comer conmigo en ese día, y me pidió que le cambiase no sé cuántos billetes en oro... Por lo demás era adorable, con su puntita de obscenidad templada en cinismos elegantes... Hablamos de muchachadas: amores fáciles, predilecciones de vicios, las regiones de la hembra que más nos agradaban... El bebía magníficamente y a cada paso hacía revelaciones libertinas, de muchacho soltero... Derivamos de ahí a la heráldica; ¡cuán distinguido era tener blasón en el carruaje, uno o dos castillos en las sierras, huertas en Andalucía y descender de visigóticos monarcas!...

Y a cierta altura le pregunté qué opiniones políticas tenía. Se encogió de hombros; gustaba de reyes y de reinas aún más. Nada como las cortes históricas para la fermentación del lujo artístico y del amor como placer de gente fina. Las monarquías no servían solamente, según pensaba, para hacer los Estados felices, sino para refinar el gusto, proporcionar a las artes asuntos nobles y depurar la belleza patricia de las mujeres.

Y volviéndose al criado:

—¡Eh, sírveme esos guisantes de la decadencia!...

Bebía sin tasa, copas tras copas, dando puñetazos en la mesa. De repente preguntó:

—¿No habrá por ahí con quién walsar (1)?

—Las señoras están todas en el *club*, respondí yo.

El, contemplando el ánfora de Estremoz, llena de agua, que goteaba toda por los poros, hizo notar:

—Son un poquito como los vasos rajados las señoras.. Muy indiscretas por las hendiduras...

Entonces, canturreando, me dió palmadas en los hombros, encendió un cigarro puro y poco más que borracho, al levantarse, díjome así:

—¿No adivina lo que voy a hacer ahora?...

Confesé que no adivinaba.

El añadió:

—Traicionar al amante de mi mujer ¡qué diablo!... Es la misión social de los maridos...

—¡Oh, dije yo riendo, es encantador!...

Pero fuí detrás de él crujiendo los dientes de rabia, gañindo como un perro hambriento, con ganas de cruzarle la cara a bofetadas, de arrastrarle por los

---

(1) Deliberadamente conservo la antigua ortografía de wals, la que adoptamos aquí en los comienzos de la adopción del baile, la que se ve en todos los libros y revistas de 1850 a 1880, *Wals*, derivación adaptada del alemán *Waltz*. Fialho emplea esa misma ortografía; pero yo la hago por mi cuenta, como lo hago en mis trabajos—*wals* frente a la ortografía de la Academia, que no acepta la doble *W*,—*wals* frente a la ortografía de *wals*, porque es más eufónica, más visual y porque me parece mejor.—*N. del T.*



## L A C I U D A D D E L V I C I O

cabellos en la inmundicia del arroyo, de dejarle muerto a bastonazos vilmente, como su torpeza merecía. Esta intención me exaltaba ante ella tal vez; y mi deseo crecía en tumulto con ideas aventureras, huir con ella, tenerla conmigo noche y día, chuparle la sangre por una puñalada, o rodar agonizante de amor en sus brazos, entre los fragores de un torrente. El vino me lo exageraba todo: la forma de las casas, los huecos de las ventanas, los ruidos del mar, los ecos de la calle y los sonos de los pianos...

Allá más adelante seguía él tambaleándose, canturreando, y la sombra larga de su cuerpo era como un reptil enorme que ondula, escurriéndose sin ruido... Algunas veces, perdida la cabeza, eché a correr detrás de él, con la llave del baúl en la mano, para romperle las narices... Y de repente me detenía; ¿qué era esto? ¿qué tenía yo que ver con ellos? Me desgarraba el pecho la certeza de que los dos iban a dormir, a besarse, a trocar juramentos, a hacer promesas y tal vez a burlarse de mí, por añadidura... Y como si ella fuese mía, los celos feroces engendraban amarguras dentro de mí, bramando venganzas desordenadas. Al fin dobló la calle; no lo ví más. Comenzó entonces una sorda desesperación por la absoluta impotencia de venganza. ¿Dónde había entrado, cuáles eran las ventanas de su cuarto, cómo sorprenderlos, dar escándalo, llamarle a ella nombres infames?...

La calle volvía bruscamente había una rotundidad de plaza; a la izquierda la fachada de una iglesia, después callejuelas tortuosas convergiendo. . Y yo iba

y venía, escuchando los pasos, que ya sonaban en una calle, ya en la opuesta, ya morían, ya parecían irse aproximando... ¡Y la sombra que oscilaba cosida con las casas; una vez se me figuraba a la derecha, otra a la izquierda, y así sucesivamente!

Entonces precipitábame contra ella sudando a chorros, cabellos al viento, corbata al lado; daba con una oscuridad de portal, sombras de árboles, algún perro vagabundo royendo estiércol... Un pescador que pasaba tropezó conmigo, dile un encontronazo furibundo, quise agarrarle porque le tomé por el otro.

—Perdone, perdone...

Y corrido, avergonzado, comencé a andar con la cabeza baja. Había baile en el club. ¿Qué tenía yo que ver con eso?... Si cerraba los ojos, la veía dentro de mí, color de fuego, color de rosa, de todos los colores... Y cabellos turbulentos sobre las espaldas, pies desnudos, toda ella desnuda... Esa desnudez, elocuencia victoriosa de la carne, fulminábame, me idiotizaba, me daba escalofríos por la médula abajo. Nunca había visto boca más roja, ni dientes más lascivos, ni expansión de vientre más deshonesto y divina... ¡La tentación del asceta legendario, evocada entre privaciones, en las fiebres nerviosas de la locura, no tenía concentración más cálida que el delirio en que yo hervía!... Y por el color de su rostro y de las manos, por la escultura de los hombros, por los dedos afilados y por los cabellos en espiral en un tono rojo de la nuca, yo reconstruía ese cuerpo en un trazo; —sería alta, cintura elástica, una expansión de tu-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

lipa invertida, de las caderas a las rodillas, rótulas suaves, redonditas, de color de rosa desvanecido, tobillos finos, un pie estrecho y alto... Entonces friolera, sacudiría la camisa, echando los cabellos sobre la espalda en un gesto colombino de cabeza; y sobre una piel de oso blanco, ante el espejo de Sévres, ceñido de lilas y de rosas pálidas, sonreiría enamorándose de la propia belleza y poniendo polvos de arroz en los hombros, con la mano en la cintura, como las bellas estatuas délficas..

Pasos en la escalera; empujaban la puerta de la alcoba, aparecía un hombre dando tumbos, con el sombrero hacia la nuca...

—*¡Buenas noches!* (1)

Y entonces despertaba yo de nuevo, y me ponía a correr por las calles, detrás del primer hombre que veía, y en busca de la primera ventana iluminada, de cualquier puerta abierta, del menor rumor que despertase los ecos.

Anduve algunas horas en ese vagabundeo furioso, tropezando, hablando alto, queriendo embestir con todo. Pero la fatiga me vencía, tenía los cabellos empapados de sudor, íbame embriagando una tristeza estúpida, desopilante y brutal. Entonces, sintiendo aire fresco, penetrado de los olores acres del mar, levanté la cabeza para mirar en derredor...

Estaba en la playa, delante de las ventanas del mayorazgo, aún alumbradas a aquella hora de la noche. Subí las escaleras corriendo, dí con él en man-

(1) En español en el original portugués, dando la sensación del tipo español que Fialho d'Almeida pinta.—N. del T.

gas de camisa, cabeza amarrada en un pañuelo de Indias, chinelas de moro, un alear de sollozos.

—¿Qué es, vejete? dije yo sorprendido de verle afligido. ¿Alguna cosa de cuidarse malas noticias?...

El rompió a llorar, agarróme a mí con un desaliento profundo...

—No sé del pequeño, desde esta mañana que mi hijo desapareció...

—Tranquilícese usted, no está en peligro; se perdió, se le busca. Está por ahí jugando en alguna casa con chiquillos de su edad. ¡Nada de simol! ¿Cuándo le perdió de vista el amigo?...

Refirió aturdidamente que había ido al baño muy temprano, había más gente en la playa que de costumbre, una algazara del infierno de señoras y hombres en confusión... Fué a hablar con un amigo, soltó la mano de la criatura cuando iba entre los grupos; el caso fué que no le vio más. Anduvo aún por todos los rincones, mandó a otros por la playa adelante, fué preguntando a los grupos y a otros si le habían visto, corrió a la policía cuando supo darle razón de tal criatura...

Paseaba desesperado por el muelle, con suspiros angustiosos y un peso en el pecho, forjando destinos trágicos en torno del pequeño; podían haberle robado los barqueros, tal vez se hubiese ahogado, alguien le quería mal.

—¿Quién ha de quererle así, hombre? Ni lo conocen siquiera, tranquilícese, fué a pasar el día a una quinta; es lo que fué. Fue el viento que le llevó, criaturas que le tomaron por amigo y no le dejaron

## L A C I U D D D E L V I C I O

volver. Cualquiera de los dos, en fin... Mañana vienen a traérselo a casa... ¡Sucedete todos los días!...

Pero él no atendía, forciendo las dos manos cruzadas, yendo furiosamente de un lado para otro con el aire hirsuto de un loco y gestos frenéticos de quien resuelve un problema interno.

—¡Yo muero, muero sin mi hijol... decía con la mirada apagada, parándose bruscamente en la habitación. Y como yo me abrazaba compungido de verle pensar así, forzándolo a que descansase en el sofá, pretendiendo distraerle con conversaciones de azar sobre la playa, sobre las buenas mujeres abandonadas en el baño, sobre noticias de periódicos, sobre precios del ganado, cualquier cosa; con los ojos en el suelo él se mordía febrilmente las manos y como un estribillo decía de cuando en cuando:

—¡Válgame Dios! ¡Tuve una cruz bien pesada!...

Yo fingía no oír sus lamentos e iba contando la escena del conde, su mismo de borracho y mis deseos de la bella condesa de la sombrilla japonesa. ¡Qué mujer, amigo mayorazgo, qué magnífica mujer!... ¡Una cantárida! Y ya descargado del vino, me confiaba en él; había quedado detrás del marido hacía poco, me había perdido de él sin saberlo y ¡qué celos en medio de la noche negra!... Recordando el talle opulento de esa mujer, la palidez regia de su rostro, los meneos alocados, la elegancia de cintura y los dientes frescos, sentí otra vez renacer en mí el frenesí voluptuoso; insensiblemente mi voz caía diciendo cosas libertinas al oído del mayorazgo. Y a cada paso consultábale:

## F I A L H O D ' A L M E I D A

—¿No le parece? Yo hacía esto y aquello... ¿y usted, mayorazgo?...

Cuando yo ya le creía interesado en lo que yo decía, olvidado del pequeño, y en reposo de la áspera tormenta íntima que hacía tanto tiempo le minaba, he aquí que estaba llorando otra vez, en un lloro amarguísimo y profundo que causaba pena... Y de su cabeza resignada caían lágrimas ardientes en una aureola venerable.

—Bien se ve que es hijo único, decíale yo contemplándole. —Si tuviese otro el amigo, ya no sería tan susceptible. Pero ¡admirable, mayorazgo!... Imagínese que está todo el mundo detrás de ella!... Dícenme que uno de la familia real le hizo propuestas de archimillonario. Aquí se sabe todo. Pero consuéllese, sea hombre; aquí tiene cigarros distráigase... ¡Qué diablo, ya no se roban niños para hacer unos!... Estamos en país culto y en una pequeña comarca donde todos hablamos. Puede tranquilizarse, se lo aseguro...

—Y esa mujer, ese diablo, (dijo él de repente) con una especie de angustia, ¿es esposa de ese hombre, tal vez?

—¡Ah, buen picarón!... Ya va tomando calor... Por lo demás, una *cocotte*... Pero ¡espléndida, no se imaginal...

Estuvo mirando para mí, furioso, como hablando para dentro de sí mismo.

—¡Horas hay en que tengo ganas de reventar de una vez!... Y con una risa patibularia que le trastornaba:—¿Entonces es buena? ¡Esto no es vida ni infernal!...

## L A C I U D A D D E L V I C I O

Yo le miraba sorprendido y las lágrimas le caían por las barbas, heríalas la luz un momento, y venían algunas rodando por la pechera, gruesas y limpidas. Como recostaba la cabeza en la mano, ví en el nacimiento de su dedo anular una alianza fina, muy apretada, brillando a momentos bajo la rósea carnación del dedo... ¡Y aquello me recordó a su esposa, muerta, viva, qué sé yo!...

—Mi amigo—le dije yo impúdicamente—su caso es triste, lo adivino. Pero ¡tenga ánimos!...

Ví que se ponía en pie súbitamente, jadeante, molido del esfuerzo, casi sin poderme hablar. Pero alguien venía por la escalera, hablando despacito; y una voz dijo muchas veces:—¡Padre! ¡Padre!...

—Ahí tiene a Luisito. ¿No le decía, so bobo?

Vino a abrazarme por la espalda, olvidado de lo demás, casi risueño, furioso por abrir la puerta enjugando lágrimas aprisa. Agarré el candelabro para encender y él, tal como estaba, en chinelas, en mangas de camisa, púsose a bajar la escalera empinada, débilmente alumbrada desde arriba por mí.

El pequeño subía trabajosamente, cargado de bonito y de pasteles.

—Mire, decía con vocecita mimosa, un caballo tan hermoso... Y estos soldados. ¡Espere ahí! Y una caja de música, ande, toque...

Sin responder, el viejo se detuvo con los brazos caídos, el pescuezo sin cuello, las innobles chinelas metidas en los pies enormes de campesino, las mangas arremangadas como un tabernero. Miraba a la puerta de la escalera, donde asomaba un bulto de mujer emboza-

## F I A L H O D ' A L M E I D A

da en una *sortie-du-bal*, alto, fino y flexible de *silhouette*, derribando sobre la frente el capuchón de cobertura excentricamente recortada en un dominó, de cuyo pico caía, sobre damasco y encajes, un lazo de puntas flotantes...

Apenas aparecí con la luz, la mujer retrocedió hacia la calle, y en medio de la escalera, irresoluto y trémulo, con un medio aire idiota, el mayorazgo miraba para mí, para el pequeño, para todo, sin saber lo que hacía...

—Sube, hijo, sube...

Vino detrás de la criatura, con la cabeza baja, pisando los peldaños con dificultad, y todo pálido de la aparición. Entró a vestirse de prisa el chaleco, puso cuello y corbata, calzó las botas dando gemidos de los callos aplastados... Y delante del espejo, ¡cosa rara!... mirábase todo, pasando en un gesto febril por los cabellos y por la barba el peine de acero.

Y trémulo, palpando las cosas y diciendo:

—Ya vengo, el señor me disculparía, vengo en un instante, perdóneme...

Llegó a la escalera, amparado en los muebles, cerró la puerta cuidadosamente, y sin fósforos, bajó tambaleando...

Oí el portón de abajo rechinar empujado con estruendo, voces que se alejaban cautelosas... Y quedé a solas con el pequeño. Entonces viniéronme a la memoria las vacilaciones del mayorazgo en aquel viaje para Lisboa, cuando nos habíamos visto por vez primera; el riguroso luto guardado por él en tres años, su índole solapada, la sumisión que a todos



## L A C I U D A D D E L V I C I O

mostraba, su vergüenza entre mujeres, y lo que la lengua de Alvares insinuara... Y ligando aquellos datos al pequeño anillo que le había visto en el dedo, la graciosa silueta de la dama embozada y singulares desalientos en que le veía sumergirse, adiviné la cosa toda... ¡Nada más sencillo!... Y al rapazuelo que en silencio mascaba bombones, dije:

—¿Entonces qué, Luisito, diste hoy un gran paseo?...

El dijo que sí con la cabeza.

—¿Te gusta aquella señora?...

La misma respuesta.

—Es la tía, no. ¿Cómo se llama?

—Es mamá, mamá, dijo él vivamente.

—Es verdad, mamá. ¿No la veías hace mucho tiempo, eh?

—No la veía, repitió él, y la cabecita chata, echada para atrás, sin esfericidad y sin gibas, hacía resaltar el hociquito aguzado de bruto, menudito y pálido, con los agujeros de las narices abiertas, como aplastadas por un puñetazo, y la boca fría, inexpresiva e inerte que tenía la brevedad de un golpe.

De allí a una hora apareció el mayorazgo.

—Sepa el señor que me marchó mañana, exclamó él con modales bruscos y un temblor en las manos... Y con un tono de explicación añadió:—Voy a vivir del todo entre los matorrales... ¡Otro descanso en las heredades... ¿Quieres, eh, Luis?...

Agarré el sombrero para salir y apretándole en los brazos dije:

—Si necesita usted de mí, escriba... Adiós...

El me abrazó convulsivamente con angustia.

—¡Y ahí está para qué un hombre es honrado sesenta años!... Mire, palabra de honor... Quería mejor que el señor nada supiese. Es mi vergüenza. No lo quise creer...

—Es desgracia, vergüenza no, dije yo gravemente... ¡Qué culpa puede tener el señor de esa!...

El viejo me apuntó la camisa de luto; y duramente me dijo en respuesta:

—Que murió hace tres años... ¡Ay, lo que yo he sufrido, lo que he pasado, de cuatro años para acá!... ¡Caramba, no me hago cisco la cabeza por consideración al niño!... ¿Quién cuidaría de él en este mundo, desinteresadamente? Dicen que el dinero lo da todo; mentira, tal vez el dinero me robase lo mejor... ¡Y que no haya leyes para castigar a las adúlteras, que dejan los maridos y los hijos y se escapan por esos mundos de Dios con miserables aventureros!... ¡Ay, ninguna fué más amada que la mía!... Todos los caprichitos, todas las niñerías, todos los antojos; hasta venía dulce de Lisboa en tarros, los sábados por la tarde... Pues me engañaba, para vengarse del amor que yo le tenía... Vestidos todos los días le llegaban, un horror de dinero solo en música; y cuando fué a la exposición de París, y viajes por España, y meses enteros en Lisboa, y veraneos en las mejores playas... Y yo siempre con una buena voluntad, unos cuidados: nena, esto... nena, aquello... y perdiendo noches en el teatro, yendo con ella a las regatas y arriesgándome en el mar, pudiendo virar el barco... Me gustaba mucho; entonces, ¿qué, nunca se vió a

## L A C I U D A D D E L V I C I O

nada a quien le gustase una mujer?... Que soy un rústico, bien lo sé; hijo de un triste criado... un pobre hombre de trabajo; nadie me dió principios, no tenía obligación de adivinar ciertas delicadezas... Pero ella bien podía esperar que yo cerrase los ojos, para no estorbarla, hasta me hubiera parecido bien morir más pronto; era una limosna que hacía... Pues ni eso, ¡infeliz de mí!... ¡Y aún viene a reclamar al pequeño, que es muy mío!... Le pago las letras, le pago todo; que esté tranquila ese trasto... Pero ¡mi hijo, nuncal... ¡Es capaz de envenenármelo aquella perdidal... Sacar de sus costumbres a un pobre viejo; y al cabo, quédate por ahí deshonorado sin tener quien te dé caldo en una enfermedad y quien te cuide en la agonía... Pues fué el viejo quien la sacó de la miseria y quien de la hija de un tosco almojarife (1), hizo una señora... Aún esa mujer se alaba de tener sangre real en las venas... La madre era *gansa* (2) de príncipe; no me admira que la hija saliese lo que salió... El señor no puede formarse idea de mis tormentos ¡no se forma!... Basta decir que solo dormimos juntos una semana y para nunca más. Siento vértigos, viene un período de calma, y disculpas y más disculpas, luego se puso otra vez a explotarme... hoy tanto, mañana cuanto, desprecios, malas respuestas, un tono de escarnio; y un día voy a pedirle perdón

---

(1). Conservo esa linda denominación árabe, aunque sea poco usada en la lengua popular castellana y se emplee en portugués en lenguaje más al uso del pueblo.— *N. del T.*

(2). Denominación plebeya de concubina.— *N. del T.*

de rodillas... y me expulsó, diciendo que yo era un labriego indigno de ella y que había de escaparse con el primero que encontrase... Yo tenía ya desconfianzas horribles; el señor me perdone... Es un desahogo... Pero una noche me desperté de repente y sentí besos. Desde esa hora se me emblanquecieron los cabellos, de las noches que pasé llorando, paseando por la casa como un loco, mordiendo la ropa para que nadie oyese los gritos... Eran unos celos, una fiebre, una rabia de morderla toda, de arañarla en el pecho, de arrastrarla por los cabellos, vea el señor... pero ¿qué? Si yo sentía dolor de causarla pena, pobritina, que anda ahora por ahí sin tener quien la aconseje, niña como es, y aún por añadidura maltratada de todos... ¡Capaces son ellos de pegarla; que hay tantos canallas en este mundo!... ¡Ay, un día, se me desvanecieron las dudas, desgraciadamente lo ví!... La expulsé, se acabó; no sé cómo la expulsé. La gente pierde la cabeza; tiene momentos de no saber lo que hace... Hoy era distinto... Al fin... Fué como si hubiese muerto. Hasta guardamos luto, vea el señor... Pues asimismo me explota. Lesoy necesario siempre; viene a solicitar mi auxilio sin rubor, saca a mi nombre la cantidad que quiere; Vianna tiene orden para eso... Y ni siquiera me da las gracias. La perdición hace a las mujeres crueles y ansiosas. ¡Tanto como hice por evitar esa desgracia, tanto!... Le hubiera perdonado la primera vez; hubiera sido para ella un padre, como antes... Pero vicios en mi casa, no!... ¡No, no, no!... Antes condenado a presidio, antes caer por esos barrancos comido de gusanos, antes la muerte

## L A C I U D A D D E L V I C I O

sin sacramentos... Adiós (dijo posando sobre mí sus ojos suplicantes); no me desprecie, no me quiera mal, en el fondo todos somos unos miserables, pero me entra un frenesí por ella aún ahora, aún hoy, que he de sentirlo toda mi vida... Es una ceguera, es un castigo, es un destino; de noche me levanto como loco, véola en todas partes, donde quiera que vaya, y por más que hago por olvidarla...

Hizo saltar la tapa del cofre hispano-árabe, de concha y oro, donde estaba una fotografía de esmalte indestructible... Y en una especie de alucinación jadeante, de furia nerviosa, quedó mirando detenidamente el retrato, como si le viese brotar del medallón, y poco a poco fuese abultándose, tornándose palpable... Hablábale con palabras dulces como a un niño, y en voz baja, cubriendo la figura de besos, los ojos llameando de amor...

—¡Qué lindal ¡Parece una santa!... Y en un lloro aflictivo, tartamudeando:—Podías venir, ya ves... yo no tenía valor para despacharte... ¡Y así, nunca más, nunca más!...

Entonces, instintivamente, conmovido por aquel frenético amor de septuagenario, que le absorbía, tan grotesco de aspecto, tan vil de expansión, me acerqué al cofre para ver... ¡Pobre viejo, puesto en ludibrio, tan bueno de modales, con delicadezas de insinto, rompiendo a trechos en la ruda corteza exterior!... pensaba yo... Y en esto dí un salto inesperado, reconociendo en el retrato a la anónima condesa de la sombrilla japonesa, éxito de la playa en la estación que transcurría, anhelo de toda esa mocedad roída y

palaciega que dandineaba (1), haciendo la rueda a la corte de veraneo; raro y fino animal que el español andaba exhibiendo, apreciando, explotando, ofreciendo, cínicamente, interesadamente, como en un bazar asiático de esclavas... En el espanto en que me había quedado, ni encontré una buena palabra que decir al mayorazgo. ¿Cómo? Entonces era la condesa, aquel impudor de raza, aquel alegre vicio vestido en los *magasins du Louvre*, llena de actitudes a lo Robida, con elasticidades de zebra, tan provocativa fumando en las frescas mañanas de playa, entre las risueñas banalidades de la alta gomosería, tan descaradamente distinguida y fina y espiritual como una parisiense de Duez; era ella la esposa de semejante palurdo? ¿Qué *gaucherie* de comienzo, realmente!... Y me infundía escarnio tan despreciable origen... Una mayorazga de provincia con crías de conejos y ristra de chorizos en las chimeneas de la finca... Singular cosa es como ellas cursan de repente la alta escuela del *quartier Breda* (2), con una canallería tan *chic* y sin haber salido ni un palmo de tierra alemte-

---

(1) No temo emplear este galobritanismo (de *dandy*, elegante, *to dandy*, elegantizarse, *se dandiner*, en francés, pavonearse, que ya he empleado otras veces. Fialho escribe *que dandynava*, que hacia el *dandy*, pero yo apareo esta significación con la de *se dandiner*, menearse, pavonearse, que completa todo el sentido del verbo en esta frase a la cual quiere dar Fialho tanta plasticidad.—N. del T.

(2) El Barrio de Breda, en París, centro de distinción. Fialho usa voluntariamente aquí, en estos párrafos, múltiples galicismos y giros franceses para dar la sensación de la mujer elegante.—N. del T.

## LA CIUDAD DEL VICIO

jana... ¡Vayan a descubrir en esa *sourire chapeau rose*, un rastro siquiera del gazpacho rústico, vayan!... Francamente, buen hombre, iba confesando para mis adentros, al meditar en la obesidad amorosa del mayorazgo; si fuese otra, condenábala por haber traicionado esa tu blanda bondad de puerco gordo. Eres una bella persona, sin ofender a nadie. Sin embargo, eternizando contigo la luna de miel de los bien casados, aquí entre nosotros, la condesa quedaba en ridículo... ¡Hay cosas, que no comprendes que una mujer de gusto no puede hacer sin comprometerse... Imagínate tú que comenzaba a engordar matrimonialmente en paralelo contigo, conforme es uso en los matrimonios patriarcales de tu distrito... ¡Diablo, diablo! Esa gordura era obscena en una señora...

Poníame entonces a imaginar a la condesa en su segundo día de esposa, de pie en su palacete de provincia, aún en traje de novia, y despertando de su sueño de virgen para repeler el amor de ese hombre vulgar con rebeliones de princesa cautiva, transfigurada, inflamada, clamando por alguien que tuviese talento, un ideal de cultura, y fuese bravo, abnegado y dulce, con maneras de gran señor... Y aquel hombrecillo de arado, tan sencillo y tan tosco (1), hijo de un criado, engendrado en el vientre de una mujer del monte, heredero de las ordinariieces, de las gro-

(1) *Tao singelo e tao gebo*, dice Fialho, *Gebo* es rústico, tosco, rudo; y es curioso que la palabra haya ido de Portugal a Vasconia o emigrado de Vasconia a Portugal, pues un *gebo* es en las Provincias Vascas un rústico, un palurdo.—*N. del T.*

serías morales y de los juanetes paternos, teniendo virtudes previstas en la Carta Constitucional, y un compadre en Lisboa; y explotando el trabajo de las aldeas con el aspecto de protegerlo, terror de los candidatos, prestando a réditos, señor de manos gruesas, con las uñas aplastadas, pelos en los oídos y un dolor de ciática con las mudanzas de la temperatura, pronunciando sin gracia y riéndose con unos dientes verdes; ese hombre estaría arrodillado a los pies de ella, con los brazos febriles entre su cintura ondulante, sudores en la calva, y tartamudeando monosílabos de sátiro decrepito... Y le veía lleno de pretensión, con el traje nuevo, eructando cuentos y chascarrillos, dominado por un vicio de muchachitas jóvenes, endurecido en el egoísmo dispéptico de los viudos, hacer el asedio a aquella pobre hija de almorzarife de coto real, ambiciosa como todas las hechizadas de príncipe, llena de los hormigueos de su lujo entrevisto en cacerías de corte, acechado por las cerraduras, aspirado en el rumor de las fiestas reales, en el tintinear de las vajillas, en las músicas de cámara dominadas de una austera gracia, en las *toilettes* de las grandes damas, en los centelleos de las *rivières* y en los susurros de los abanicos pintados por Greuze y Galland, en todos los refinamientos de la alta vida, exagerados en la pragmática de palacio, provocando un huracán en ese espíritu de gacela vanidosa...

Y la vida de casados en un horror de finca, con las ventanas de la cámara nupcial abriendo sobre algún patio de labor, poblado de carretas del tiempo del cautiverio de Israel, de gañanes en mangas de camisa



## L A C I U D A D D E L V I C I O

silbando al ganado que bebe, de perros errantes con la lengua fuera; y la rasa campiña en derredor, segada, pelada, sin guarida, sin cobijo, sin árboles, anestesiando la vista, carbonizada de sol, y poniendo un océano de separación entre ese insidioso carácter de mujer bella y la neurosis centelleante de las capitales, por ella tan ardientemente soñada... Por más que hiciese y por escrupulosa que fuese, esa mujer debería fatalmente llegar a detestar a su marido, teniéndole siempre delante de sí, en la *deshabillé* de rentero que tiene gases y teme a la apoplejía...

Después, su modo de ser amable, de abrazarla poniendo por medio un gran vientre timpánico, de pasarle por la cara tan blanca y sensible la ruda mano que metía en los *patacos* de la feria y en la lana de las crías; y una falta de intuición, de modales de buena cana, de gusto, que daban ganas hasta de serle hostil. Ella acaso sufrió todas estas cosas pacientemente (volvía yo a cavilar), con la esperanza de ir a Lisboa, donde la habían educado como a una princesa, interesándose por las obras de la inteligencia, recibiendo todos los *vient de paraître* (1) de la literatura y de la música, vestida con trajes de París, en medio de aquel desierto, cultivando plantas de estufa, interpretando a Chopin y adorando a una galguita que tenía, por la necesidad de un alma poética que a su lado sufriese también las inhóspitas tristezas del abandono... Una de las cosas (vine a saberlo después) que la hicieron recibir a altas horas de la noche por primer amante al

---

(1) Conservo en francés como Fialho lo puso, el «acaba de aparecer» de las etiquetas de las librerías.—*N. del T.*

secretario general de Evora, fué el vicio que el mayorazgo tenía de eructar, mientras ella esmaltaba de nocturnos y de fragmentos bíblicos de Rubinstein el religioso silencio perfumado de su cámara... A más de que se le metía siempre en chinelas en sus aposentos... Tamaño odio le tomó desde entonces, que una tarde, como él no entendía las alusiones, las ironías, las sátiras, le echó fuera con un gesto de reina... ¡Y la desvergüenza de quererla a ciertas horas, en las satiriasis de la digestión!... ¡Y siempre referencias de *tio Grandet* (1) a cuentas pagadas, a vestidos de seda echados a un rincón al día siguiente de recibidos, a los encajes de valor rasgados en arranques de sorda cólera; de forma que la pobre ave sabía cuánto costaba por año, cuánto valía en corcho, en queso o en lana de oveja, lo cual era un tormento... Y sucesivamente, mordida de irritabilidades histéricas, comenzó a no salir de su cuarto, a no hablar a las criadas, a enflaquecer y a ponerse pálida, con elasticidades de zebra, tonos azulados de manos, y esa deslumbradora blancura de linfática, bajo cuya estatua tan frágil hay contenciones singulares de caprichos, refinamientos de gracia nerviosa, y subitáneos respingos de impudor...

Bajé la escalera muy despacito para no perturbar

(1) Alusión a la célebre novela de Balzac *Eugenie Grandet*. Pero me parece que aquí Fialho se atropella y confunde y quiere decir *père Goriot*, aludiendo a la otra novela del mismo autor.—N. del T.

## LA CIUDAD DEL VICIO

la adoración en que él había quedado. Fuí un momento al club. Pasaba un poco de las dos de la madrugada. Nadie walsaba; bajo *abat-jours* japoneses, las velas derretíanse en los huecos de los candelabros, en mesas de juego abandonadas con fatiga, momentos antes; había grupos en los alféizares de las ventanas, grandes risotadas en las terrazas, animación de hombres hablando al mismo tiempo... En la sala de lectura, el amigo Alvares gesticulaba muy exageradamente entre un grupo de muchachos que se destornillaban de risa... Pregunté:

—¿Qué diablos pasa?

—¡Ay, muchacho, qué escándalo más elegante!... Perdiste por no estar aquí, perdistelo todo, vete a esconder en el desierto tu poca fortuna, que no estás en gracia...

—Pero ¡por fuerza es caso espantoso!...

—Imagina tú que Castro irrumpe en el baile con la condesa española en *toilette* de lujo, con un diluvio de brillantes... Estaba todo lleno de señoras... lo mejor... Apenas la vieron aparecer, fué una desbandada general. El Director del servicio quiere expulsar a la mujercita, Castro va a pedir satisfacción, ármase una gran algazara... ¡Ah, me gustó mucho, qué juergal... El caso es que esto se anima. En los otros años era una sosería... Pero ahora muy bien... Voy a interpelar a la dirección...

—Y yo a dormir, respondí apretando las manos a los contentulios.

En la calle ví a Guimaraes padre, tesorero del Banco, hablar despacito con el Vizconde de Paredes

director del Banco y financiero ventrudo de la cáscara amarga, con medio kilo de joyas baratas, que apodaba la literatura «peste pública», y se había enriquecido suministrando mezclas al ejército y falsificando el rapé... Cuando pasé, tenía Guimaraes unos billetes en la mano, que enseñaba a Paredes, confrontándolos minuciosamente...

Y oí al pasar la voz runruneada del Director:

—Está muy bien. ¿Telegrafió?

—Vienen refuerzos esta noche. Mañana por la mañana les echamos mano...

Al día siguiente había rebullicio en la playa; nadie se interesaba en los baños de la Corona; de grupo en grupo iba la gente a informarse, a dar su parecer o a reír de la indignación de los más austeros patricios... Se habían descubierto billetes falsos en circulación; considerables depósitos en las maletas del español, que media hora antes había sido preso junto con la condesa, deliciosa estafadora que se divertía en pagar con ellos compras principescas por esos almacenes de modas y novedades... A más de eso, corría el rumor de que mucha gente de altura se había comprometido en la empresa, unas cinco prensas sorprendidas en un palacio en Lapa (1); dos fábricas subterráneas que estaban trabajando a la entrada de la policía; muchas piedras litográficas con modelos de billetes, sellos de firmas falsas, herramientas, tintas, una contabilidad montada, chapas de mil formas...

---

(1) *Lapa* es un barrio de Lisboa, cerca de la Basílica de la Estrella, formado por la *Rua do Lapa*, *Rua do Santo Domingo* & *Lapa* y *Rua do Sacramento a Lapa*.—N. del T.

## LA CIUDAD DEL VICIO

Venían ya los primeros ensayos calamitosos de quiebras fraudulentas con capitalistas huídos, robos misteriosos que la policía tenía orden de dejar impunes, contrabando en gran escala y docenas de moratorias apuntalando una general desorganización del crédito...

Y a esa hora, el mayorazgo, con su hijito de la mano, el quitasol con el forro verde entre las rodillas, y un gorro de seda por debajo del sombrero de fieltro de ala corta, iba para su trabajo, recogido en la camiseta de luto, silencioso, lleno de ceremonias, y teniendo el pensamiento puesto en la bella codorniz a quien acababan de enjaular en el Aljube (1).

—¿Pobre hombre!—decía yo, viéndole partir en el carricoche...—Ir para la finca ahora en los meses en que no hay pasto...

---

(1) El *Aljube* es la cárcel de mujeres de Lisboa; fué antigua cárcel eclesiástica; está cerca de la Catedral, en la *Rua do Arco do Limoeiro*. En castellano arcaico, *algibe* a más de significar cisterna o pozo, tiene la significación de cárcel.—*N. del T.*



## XI

### LA INDIGESTIÓN

**E**N un pequeño país de sol, batido por los vientos, surcado de blancas serranías y cubierto de naranjos, celebridades e historias cómicas, gobernaba un bueno y gorducho rey, Menelao de nombre, de mediana estatura y vientre esférico, lleno de benévolas ociosidades para su pueblo, y señor de unas blancas manos de prelado que, en punto a actividad solo sabían dejar caer entre los dedos las bellas monedas de los erarios públicos. Venía el rey Menelao de una ascendencia muy noble y antigua, que en los blasones ostentaba símbolos de todas las noblezas en campos de mil colores; y en sus venas había conseguido hacer circular un precioso licor hecho con sangre de todas las dinastías de la tierra, desde las más antiguas hasta las más modernas. Este licor blanco como leche, (tan noble había conseguido destilarse en las sucesivas edades) tenía una composición extraordinaria de anemia, infecundidad, pureza, tristeza y dulzura... Por su color separaba al rey de los hidalgos que lo tenían azul aguado y del pueblo que siempre lo había derramado rojo por obedecer a su

señor... La corte de que el rey se rodeaba estaba con-  
feccionada con los más puros nobles del reino, nom-  
bres históricos oídos en todas partes del mundo,  
primos y acreedores unos de otros, gente correcta  
de modales, y desdeñosa hacia las capas inferiores,  
poco atribulada en labores mentales y captando las  
reales simpatías por un ramo cualquiera del instinto  
recreativo...

Había, por ejemplo, los que sabían perder al bi-  
llar con Su Majestad, encantada de haberles ganado  
sin esfuerzo, los que traían de fuera buenas frases y  
finas partidas galantes, los que tiraban al pichón,  
los que walsaban, los que sustraían *brevas* (I) a las  
cajas sin estropear el charolado vargüeño donde el  
Rey solía guardarlas, los que picantemente hacían  
caricaturas a la acuarela de los enemigos políticos  
de Su Majestad, los que le elogiaban las dotes y le  
convencían de la grandeza, los que le escribían dis-  
cursos, le compraban caballos, le dictaban el estilo  
de los arreos, le hacían suave la vida ocultándole  
los descontentos de la multitud y truncándole la  
lectura de los periódicos; quienes por él mandaban,  
comían, tenían ideas, efervescencias, platos de trufas  
en salsas sabias, comilonas, cuentas en los alfombris-  
tas y en las tiendas de *bric-à-brac*, alegrías, relampa-  
gueos de vino generoso y babas golosas en los be-  
llos hombros alabastrinos...

La bondad triste de Menelao permitía en derre-  
dor suyo, en las camarillas, abandonos de actitudes

---

(I) Fialho nos hace el honor de transplantar esta pala-  
bra al portugués con su expresividad.—*N. del T.*



## L A C I U D A D D E L V I C I O

y palabras que al pueblo, a distancia, se le figuraban rótulos de fiestas sardanapalescas en el alcázar donde las cortesanas bebiesen por cálices sagrados y pálidos arzobispos de mitra caída picaronamente sobre la cabeza fuesen aventurando cancanes fadistas con lindas azafatas untuosas de modales y resplandecientes de pedrería... El monarca, entretanto, marchitábase, fatigado de convivir con la turbamulta que andaba cotidianamente por los salones del Palacio y nostálgico tal vez de los cariños de familia pobre que no tenía... No estaba para agitaciones de política cínica el pobre rey de sangre serosa, achaques ordinarios y absolutas tendencias caseras hacia un dominó de compadres... Y cada vez que veía en lucha a los partidos, disputándose opíparas prebendas, negociando condecoraciones y títulos, obteniendo sinecuras (I) para sus sacristanes y Ganimedes, vomitando infamias por la garganta de la prensa, disolviendo las costumbres y dejando preteridos los méritos, el gordezuelo Menelao, enterrando la corona de oro hasta los ojos y royendo la contera del cetro, poníase disgustado a gritar que no resistía, que le arruinaban y que era su real deseo abdicar para irse a las aguas alcalinas de Cauterets... En vano, en esos terribles momentos de cobardía, eran llamados al Palacio todos los cronistas y arqueólogos del reino para citar a Menelao una cantidad enorme

---

(I) Esta es la traducción más exacta del verbo *anichar*, que rectamente significa colocar en un nicho, pero que en sentido figurado quiere decir lograr inmerecidamente colocaciones lucrativas y puestos elevados y suculentos.—*N. del T.*

## F I A L H O D ' A L M E I D A

de expedientes y dichos de viejos reyes, sus antepasados, en análogos lances de gobernación tormentosa. Y era muy de ver como tan venerables y polvorientos sabios se embreñaban en diligencia para verter del barril de la historia en el blanco corazón del Rey litros y litros del heroísmo de las primeras dinastías.

En vano los cornetines sonoros de las bandas marciales venían a animarle con ofertas de marchas, himnos y mazurkas de superfina trama; lidiadores de toros le consagraban suertes de hierros cortos y ricas puntas de picas; directoras de colegio le daban celebridad exponiendo en los almacenes de modas retratos suyos en flecos con ojos de cuentas amarillas; y dorados ministros, escurridizos de pomada odorífera en las mejillas, le certificaban, en coplas retozonas, a la hora de la firma regia que todo marchaba en su reinado al trote; los súbditos nadando en júbilo por verlo bien de salud junto con los niños; la rueda de la lotería andando al día siguiente; y esa noche un rayo de piececita nueva en los Bufos donde los descotes de las hembras no tenían principio ni fin...

Alientos de tan jocunda prosperidad que pavoneaban de gloria al ministerio dejaban frío a Menelao, sombrío y más que nunca absorto en la estulta idea de abdicar... El ministerio consternado recurrió entonces a expedientes febriles, púsole bizmas y sedales (1) dióle inyecciones, hizo desfilar ante

---

(1) Se sabe que sedal es en cirugía el cordón de seda o de hilo que se pasa por entre la carne después de abrirla con una incisión para facilitar la evacuación de humores.—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

él paradas de gran uniforme, con sonidos de tambores y clarines, expidióle en comisiones los altos cuerpos directores del espíritu público:— las ciencias representadas en un inventor de grasas impermeables, las artes reposando en un grave pintor de brocha gorda, las literaturas, las industrias, el clero... Pero ninguna súplica conmovía al Rey Menelao, que sólo ambicionaba ir a comer la lista civil en un viejo palacio campestre, con parques donde bramasen venados, y a la sombra de cuyas arboledas pudiese vigorizar su fortaleza con jugo de higuera, tan alabado por el plenipotenciario de Suiza...

Había en la corte un poeta de larga melena de azabache, afamado por sus trovas y por el cual, una a una, todas las damas se perdían... Y encontrando a Menelao cosiendo monedas en los forros del manto, como salvaguardia en caso de destierro, así le habló:

—¿Qué honda tristeza hace marchitar y caer hacia tierra como lirio segado la frente augusta de Vuestra Majestad?... ¿Acaso son saudades de la linda castellana que se fué con su doncel en el palafren de la aventura, mordida por el áspid de la ingratitude?...

Contempló el Rey al menestral y respondió de esta suerte:

—¡Ah, mi muy amado menestral, que no sabes

cuán doloroso es ser así de pequeño y cargar encima de los hombros más de quinientos nombres de familiar... Los pueblos nos comprenden hoy menos que los orientalistas entienden los jeroglíficos. Si pasamos por la calle, ningún vasallo se postra; los *maestros* difaman en músicas burlescas la dispepsia que nos roe; y desde que se habla de un rey, todo el mundo pregunta de qué naípe... ¿Quieres tú en traspaso mi trono y mis dependencias?... Es de los más pequeños y de los más gloriosos del mundo; Dios le puso la piedra fundamental. Como ves, no echa humo ni olor; hay puerta para la escalera, lo peor es ¡qué diablos! que oscila como un diente viejo... Pero tranquilízate; tengo la guardia aquí cerca... No imaginas cómo era esto hace ochocientos años. ¡Ni nobleza ni raza!... Calcula el trabajo de mis antecesores en fabricar hidalguía de primera calidad, llegando a haber monarca que, con ese propósito caballeresco, legó a los reinos no menos de dieciséis y dieciocho bastardos. En las gradas de este trono donde empingorotado doy besamanos a los de mi séquito, hay manchas de sangre de un valor incalculable; lo que queda en documentos de los parricidios, fratricidios, filicidios y otros asesinatos de menor cuantía; todos los brillantes hechos históricos de las monarquías... Arqueólogos impertinentes, venían a veces, disfrazados, a raspar y echar dentro de saquitos estas sagradas partículas de crímenes bendecidos por Dios, para hacer venta de ellas a los coleccionistas... Razón por la cual revestí los peldaños con

## L A C I U D A D D E L V I C I O

este encanto de alcatifa (1) roja ¡que es de un *chic!*... El rumor que se oye, no es de la ira popular, sino de ratones que me ofrecen serenatas... Posteriormente realicé obras, forzado por la canalla; lo confieso. Abrí una ventana hacia un zaguán que llaman Parlamento y para evacuaciones hay el barril del *Diario Oficial*. ¿Te llevas esto por media libra diaria, eh?...

—¿Corona y todo, señor mío?

—Claro está, dijo el Rey Menelao.—Y con risa triste añadió:

—¡Es de latón, menestrall... La otra me la robaron para pagar unos buques de guerra.

El poeta estuvo cavilando qué respondería. Y en voz alta, pero hablando para sí, iba diciendo:

—En el *Teatro de Maravillas* van a dar revista de aparato con música y bailables... A ver si el empresario se queda con estas frusterías por unos *tos-toes*...

—¡Ya lo he alquilado en varias piezas, mi trono y mis soldados!... Pero me lo vomitan todo de vino...

—¡Estómagos rojos,—dijo el poeta.—Y haciendo una pequeña pausa, preguntó:

—Los generales de Vuestra Majestad... no sé cómo lo diga, si... ¿se encuentran en estado de servir?...

—Para comisiones, gran aprendizaje... Fáltanles vergajazos (2) a los más gloriosos. Pero pintados, quedan como las rosas...

(1) Prefiero conservar la linda palabra hispano-árabe, que en castellano ya se olvidó un poco y sólo se usa en poesía, y que ha sido sustituida por la vulgarísima de *alfombra*.—*N. del T.*

(2) La típica palabra *rodísios*—rodezuela en la extremidad de los azotes de flagelación—no encuentro medio de verterla en castellano sino por esta sinonimia.—*N. del T.*

—¿Y cuántos miles de soldados, poco más o menos?...

—Cuando me casé, muchos... Pero el heredero presunto es fogoso, tú lo sabes... Con la manía de las peleas y la educación guerrera que se lleva en Palacio, ha formado regimientos sobre regimientos... He ahí por qué el Ministro de la Guerra va a llamar a las reservas y elevar al príncipe al grado de coronel...

—Bien, bien, dijo el poeta; voy a la husma a ver si encuentro por ahí un chalán.

—Te doy de regalo, si el negocio sale a mi talante, la gran cruz de los *Zoilos verdes*; valor, lealtad...

El poeta, que ya iba hacia la puerta, derrengándose en las zalemas de etiqueta, avanzó al oír las palabras del gordo Menelao:

—¿Aún más grandes cruces, señor?... Pero me voy a ver chorreando grandes cruces, que no va a haber amoníaco que las limpie. Ambicionaría mejor de Vuestra Majestad gracia de menos bulto...

—Habla, pues,—dijo el monarca.

—Si Vuestra Majestad editase mi libro de versos...

—¿Qué son versos?...

—Quejas de íntimo y amargo sufrir,—respondió el menestral girando los ojos en blanco, como en las declaraciones de amor...—Si una organización selecta, como la mía o la de Vuestra Majestad, se sorprende algún día envenenada por disgustos sin lenitivo, tan grandes que es poco el mundo para conte-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

nerlos, comienza a versificar fatalmente... Por el verso, mi señor y rey, los dolores se volatilizan del alma, como los perfumes de las ánforas y revuelan palpitantes en espirales de música a la región de las nieblas...

—¡Dios mío!—dijo el Rey.—¡Qué necesidad tenía yo de ser poeta!...

Y dirigiéndose al menestral añadió:

—Me ofrezco como editor del libro, tu idea me encanta. Pero ¿cómo titularlo?...

El poeta irguió en un gran júbilo las dos manos viscosas.

—¡Hojas y Cáscaras, señor mío!

—Excelente...

—Hojas, en memoria de las resmas de papel vitela con que Su Majestad colabora en el volumen; Cáscaras, en memoria de lo demás...

Menelao quedóse cavilando en lo que oyera al poeta: *Quejas de íntimo y amargo sufrir... Si una organización selecta como la mía o la de Vuestra Majestad... Por el verso las penas se volatilizan del alma como perfumes y revolotean en espirales de música...* Y la imaginación se elevaba en el voltigear de estos arbitrios sutiles... También él sufría perdido en los prosaísmos del mundo moderno, tan grosero que no le cortejaba, tan escéptico que le ponía en duda el origen divino, tan egoísta que pensaba cercenarle la lista civil,.. ¡Oh, estaban ya lejos los tiempos de poderío y triunfo, cuando pomposamente los reyes entraban en las ciudades al frente de cabalgatas decorativas, entre vítores y

flores, envueltos en el clangor de las trompetas de los heraldos; o aceptaban en los monasterios góticos los opíparos festines de los priores entre arengas bíblicas; o en las selvas, aún sobre alazanes fogosos cazando los venados regios, venían a nimbarse de claridades celestes en un macizo de hojarascas, a la aparición de algún santo patrono que rezongaba palabras desconocidas, apuntando al cielo... Entonces eran ellos señores y mandatarios, lucían las coronas en fulgores omnipotentes, y al menor de sus gestos caía en el polvo la plebe asombrada, oscilaban de la horca rebelles y apóstatas, y el Papa les remitía por nuncios purpurados el último billetito del Eterno con sellos de la cancillería celeste... ¡Y ahora todo abatido; las realezas de la tierra y las realezas del cielo, el empíreo y los tronos, ni obediencia ni fel...

E insensiblemente, el monarca Menelao rimaba ya... De allí a poco, el menestral volvía desanimado. Había recorrido todo: casas de préstamos, bastidores de los teatros, sombrereros, hermandades del Santísimo y bailes campestres... Nadie quería el trono real y sus dependencias... Arreglos recientes, hechos por obreros bárbaros con el famoso martillo constitucional, le habían quitado el mérito como obra de arte... Ahora era una arquitectura híbrida, sin tipo ni estilo, con fragmentos de todos los ciclos históricos y sangre de todas las matanzas políticas... Cada rebeldía desfilando por él, cada usurpación haciéndole oscilar, la invasión extranjera venida para ampararle, le habían arrancado de los ni-



## L A C I U D A D D E L V I C I O

chos enrejados, de los frisos en voluta, de las columnatas y arquitrabes, la estatuilla de un prestigio, el florón de un don exclusivo y la cariátide de una tradición heredada... Y mientras con formidable impudor el escabel rudo de la canalla iba en cada sedición tomando dimensiones ciclópeas, el pobre trono carcomido hacía colgar más y más su dosel ahilado; ¡cabeza decrepita ofreciendo el gazonete al nudo corredizo del cadalso!

Era ya el alegre tiempo de los reyes desterrados, estanciando por los hoteles del Boulevard Haussmann y por los camerinos de las *estrellas* nuevas, yendo a cenar *chez* Bignon, *chez* Vachette y *chez* todos los restaurantes de suntuosos gabinetes, con lechos Gauthier, *bidé*, velador para comer y el pequeño peine de madreperla, discreto y útil, que alisa, para no dejar vestigios de los *cancans* en pelota, los cabellos destrenzados de Coralía, Fanny Essler o Rosita Maury... Por las coronas ni medio céntimo daban... Todos los días los expresos arrojaban al torbellino de París, príncipes y princesas, herederos sin reino que heredar, reyes y reinas de paletot color de miel y *cache-misère* color de palomo, grandes-duques de tamaño de granos de mijo, barbados como mazorcas y tan poderosos que si se caían de los calzones en su capital, venían a romperse las narices en país extranjero... En el Hotel Druot, alternaban las ventas de las colecciones Demidoff con las almonedas de las reinas rumbosas... Esos destronados no sufrían mucho, sin embargo, porque les embriagaba la verbosidad de Audran, Halevy y Planquette; soplo de vida nueva,

## F I A L H O D ' A L M E I D A

sutil y péfido, que iba despojando a los dinastas de la vieja consagración poética, echándoles a correr mundo con la lengua fuera, y con los cascabeleos de *couplets* en la collera...

¡Y desde las barandillas del Palacio, lanzando los ojos por la infiel ciudad que le repelía, el Rey Menelao daba suspiros pensando en los colegas, pero siempre versificando, el excomulgadol...

—Muy bien, dijo el monarca cierta mañana, al cabo de reflexionar largo tiempo...—El príncipe es joven para las riendas del gobierno; por otro lado, nadie me quiere tener en hospedaje con la reputación que le hicimos... ¿Qué remedio sino reingresar en mi trono?...

Y afilando con un cuchillito de oro la pluma de pato de las literaturas célebres, prosiguió:

—Puesto que soy de las raras organizaciones selectas y por los versos se volatilizan penas, etc... ¿por qué no me he de hacer poeta y publicar también un volumen de *Hojas y Cáscaras*?... La ociosidad me indisponde con el pueblo. Quiero por el trabajo recobrar su respeto... Escribiré para ser grande...

Púsose entonces a rimar, con todas sus ganas, los asuntos nobles de su corte, virtudes y riñas domésticas de las azafatas y damas de honor, los dolores de muelas del Gran Canciller que ponían en crisis al gabinete, uno u otro parto feliz de su galga favorita, llegando incluso a escribir una oda sobre la baja de los algodones, muy elogiada por las clases comerciales...

Esta nueva fase gubernativa le creó hostilidades y

## L A C I U D A D D E L V I C I O

cariños en la prensa y en las clases obreras... Los republicanos le compararon a Nerón pulsando liras, a la faz de Roma bañada en claridades de incendio... En los grupos de mundanos corría en risotadas breves el dicho mordaz de un cierto Marqués Fulgencio al leer la real oda... Y la mayoría saludaba en el excelso Rey uno de esos genios poéticos, mandados por Dios de cuando en cuando, para glorificación de los pueblos, que, por su dulzura, sus esfuerzos, su sabiduría y sus martirios, habían sido beneméritos de la Omnipotencia...

Dos salidas o tres, jugadas por el gordo Menelao a la popularidad que se le escurría y huía, le cercioraron de la buena impresión que en los ánimos hiciera la noticia de su *coqueluche* poética... Eran tenderos que venían a la puerta con los metros en actitud de reverencia; personas que le decían adiós (1) en las calles; dos periodistas o tres que le sonreían como colegas, descubriendo calvas de vasta autoridad y saber... Y una vez que su carruaje embocó, por consejo del Ministerio, en una de las grandes calles de la ciudad, más de mil personas vinieron a ofrecerle al soberano tarros de dulce y otras menudencias de afecto... Ya su bello semblante de molinero se rubicundizaba en un bienestar regalado y los reales ojos de besugo, velados por párpados soñolientos, osaban mirar por cierto tiempo, menos asustadizos y suplicantes, a la turbamulta de las calles, entrevista en los paseos en carruaje. Decíase en general:

---

(1) Tiene más fuerza la frase con el lindo diminutivo lusitano: *peessoas que the faxiam adousinho nas ruas.*—N. del T.

## F I A L H O D ' A L M E I D A

—Es un hombre inteligente nuestro Rey Mene-lao. Escribe, por ejemplo...

Para disculparle de las incoherencias de gobier-no y de cierto derroche de dineros, los amigos opi-naban:

—¡Qué diablo! ¡Es un poeta!...

Y en los centros literarios, como sus rimas solta-ban, al someterlas al análisis, escamas de caspa y es-quirlas de venado, esos mismos amigos añadían:

—¿Cómo ha de ser buen poeta nuestro Rey Me-nelao, fatigado como anda en las cosas de la gover-nación?...

El reino atravesaba un período singular. La indus-tria de destrozar hijos en el vientre de las madres, dejando de ser monopolio de las altas clases, demo-cratizábase desvariada por toda la morralla de calle-jones y cabañas de aldea y ciudad. Quien robaba de cien *contos* (de cien mil duros) para arriba, era ab-suelto y condecorado; quien robaba un pañuelo o un *pataco* iba condenado a presidio para toda la vi-da. Los jueces escogíanse entre forzados de galera y los títulos entre granujas. Evidenciando un cinismo mordaz que estaba en moda; los primogénitos de-cían en los salones a las ricas herederas:

—Pienso hacer como mi padre, que nunca se casó...

Los asesinos invadían las carreteras para apuntar con trabucos a las diligencias; y por todas partes azotaban hambres bíblicas y pestes asiáticas... Co-mo Saturno, los coroneles devoraban a los regimien-tos; los generales se cubrían de gloria y de medallas

## L A C I U D A D D E L V I C I O

en los ministerios, casas de juego y tes oficiales; y ¡los aspirantes de lanceros eran las primeras bailarinas del Ejército!... Todos los días quebraban casas bancarias, había saldos por deudas, se abrían almacenes de préstamos o los periódicos anunciaban suicidios. Y con respecto a las ciencias, los astrónomos fijaban la tierra en los espacios y todos los astros en derredor descabellados en correrías de juega o fandanguando en baile desnalgado... Los pocos espíritus sanos, vueltos a un pasado de históricas pompas, le contemplaban en una apatía desopilante, perdonando las vergüenzas presentes por las glorias de entonces...

Espoleado por el éxito, el Rey Menelao invadía los dominios del alto arte poético, el soneto pastoril, el acróstico recamado de dulzuras de Himeto, el logogrifo lleno de juegos de palabras y de imágenes acartonadas; sublimidades métricas donde la regia inspiración tenía velos de gallinácea... Sus preocupaciones literarias llegaron a tal punto que hasta una pluma de letra bastardilla mandó clavar en la punta del cetro para que así no le fuera a escapar la inspiración que le acometiese acaso en las horas solemnes de la pragmática... No era raro que apareciesen los discursos de la Corona y las respuestas a los plenipotenciarios, acribillados de rimas y alusiones mitológicas que inundaban de confusión el alma de los funcionarios y hasta llegaron a suscitar hostilidades con los ingleses...

Sin embargo, bien pronto la atmósfera de simpatía y favor en que florecían los laureles de Menelao

hicieron al rey, baboso de su persona, infiltrándole ambiciones de mayor diámetro, filancias (I) de grande hombre e insidias felinas de niño mimado. En los consejos de la corona, embozado en el viejo manto real, que la aguja de la reina había remendado de paisajes y dibujos de ciempiés, daba con el pie en el suelo si le negaban dinero para francachelas, a que era dado, alegando ser en verdad un monarca mal empleado en tal pelagatería de país.

Iba audazmente desde las formas pindáricas de la oda y del soretto heroico—composiciones línfáticas de media página que el de las *Hojas y Cáscaras* secretamente refundía—a las audacias del volumen orlado en colores, todo en *cul-de-lampe* del estilo más puro, con letras Ehrmann adornadas de figuritas risueñas en actitudes de quimera, iluminado como una Biblia e impreso en China y Waltman de primera. . Y otras aspiraciones de gloria artística se desprendían de aquí: tener palacios y kioskos por quintas y cotos, con mármoles y bronce célebres, esplendores de vajilla constelados de viejos Limoges, cabalgatas históricas por las selvas, festines de pavo para poetas en terciopelo y oro, y una multitud de bichos y fieras enjauladas en los jardines del palacio, que por las noches eran el terror del

---

(I) Me parece mejor emplear aunque no me tachen de pedante la linda palabra rígidamente helénica *filancia* (amor de sí mismo) que se ha trasladado al portugués y que usan mucho los autores más vernáculos como Camilo Castello-Branco, en vez de emplear la desdichada forma híbrida greco-latina de *egolatria* (adoración del yo).—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

burgo en derredor... En fin, una tarde, el pueblo, que mendigaba desamparado en las calles, royendo tronchos en las sombras de los portones señoriales o acurrucado salmodiando en las escaleras de los monasterios, oyó por las gargantas de los cañones, entre morteros y banderolas, baraunda de aristocracia rodando en berlinas de corte, alabarderos de tricornio y quitasol, literas y palafrenes en marcha, que los encuadernadores acababan los primeros volúmenes de la versificación regia; y en los monumentales carruajes pintados de erotismos a lo Watteau vendrían por la ciudad camino del palacio, a la solemne entrega de la famosa elucubración del poeta reinante.

En la cola del séquito, balanceado en las correas de la pesada y alta carroza bordada, decía el marqués Fulgencio a la preciosa marquesa adornada de marabús:

—¡Espantosa la obra del rey, mi primol... Como ejecución ¡qué colorido bilioso!... Por los fondillos rotos de la rima se ve la carne muerta del ideal... ¡Y qué enmarañada fecundidad, buen Dios de Isaac y de Jacob!... ¡Ah nunca podrán apreciarla bien sin tijera y peine!...

El Rey Menelao era magnánimo, fué magnánimo en todo los días de su reinado. Ante las súplicas de los que en chusma afluían cotidianamente a las puertas del palacio, en ese tiempo de miseria lívida,

su corazón vertía sincero dolor. Lo que le daba más lástima era que mendigaban a pie las pobres criaturas...

Y una vez, en la catedral, cuando una vieja cayó ante él de rodillas pidiendo limosna, el monarca quedó muy admirado de que la pobre no llevase guantes...

Mandaba dar a quien venía restos de su pantagruélica comida, cien cubiertos para la camarilla, vajilla de oro cincelada, y cuarenta platos en el menú, intactos en su mayor parte, y por las puertas traseras vendidos después a los ricos hoteles de la ciudad... De donde procedía que los pedigüeños recibían en servicios de Sajonia sólo esqueletos de aves y peces, envueltos en rodajas de limón y cáscaras de fruta. ¡Y exquisito a la mesa, el buen monarca!... ¡Un fastidio!... Para estimularle el apetito, condecorados y eruditos cocineros se agotaban ofreciéndole pastelerías de relleno fantástico, salsas nunca soñadas, preparaciones de especiería cara; lo que venía a costar ríos de contribuciones... El rey apenas tocaba en un plato o en otro. En cuanto a beber, muchas veces le sucedió levantarse de la mesa con los ojillos alegres, entonando cosas desvergonzadas de cierto naípe, dando pellizcos secretos en las carnes de las damas de honor, con su hilillo de baba, muy pillín, en el labio... De él decía el Marqués Fulgencio, entonces paternalmente:

—¡Corazón de oro, un tanto bebedorcillo!...

Martirizados de miseria, como iban creciendo vertiginosamente el hambre y el malestar en los ba-



## L A C I U D A D D E L V I C I O

rrios humildes de la ciudad, los pobres decidieron, por consejo de la burguesía, "implorar del rey cuantos beneficios éste obtuviese del precioso libro de versos tan ensalzado por esos reinos adelante...

En el memorial que a palacio fueron a llevar todo escrito por un *dilettante* de la generación moderna, frases ecuestres empenachadas de imágenes en un estrépito de hipérbolos, erguidos sustantivos tambaleándose entre adjetivos, como borrachos entre cabos de policía, verbos tropezones remendados con prefijos y espiraleando en cabriolas como arlequines; caminaban procesionalmente los espantajos clásicos con que el populacho se juzga ennoblecer y heroificar a los ojos de los reyes y de los poderosos, en los meses de ayuno forzado... Allí se alzaba el tradicional amor de las blusas obreras por las monarquías; el valor, valentía y esfuerzos demostrados en común, en las guerras contra el invasor; los sufrimientos sin queja sangrados en inundaciones y subidas del mijo, mientras el palacio, en las recepciones de circunvecinos monarcas, caros y nunca bastante amados primos, walsaba de calzón corto, invirtiendo las pantorrillas en los vaivenes del cotillón; allí se llamaba al pueblo eterno niño, león indomable, Prometeo cautivo en la roca, Atlas, y una convergencia de históricas calumnias, afiladas con el propósito de sorprender a la boca del cofre, muy subrepticamente, es verdad, los cientos de miles de *reis* que rindiese la principesca edición de rimas y cáscaras... Tres períodos o cuatro, sobre todo, ensalzaban con el arte más patético un cierto pan ne-

## F I A L H O D ' A L M E I D A

gro vulgarizado en las comidas pobres, que, por los decires de la petición, solía amasarse con sudores de trabajo, amarguras de la indigencia (¡qué vida, Jesús, qué vida!) y otras dosis más de líquidos humanos, de secreción dolorosa al parecer. «Ese pan, negro y duro, excelso señor y rey—decía el requerimiento—es el de los que sufren y trabajan en pro de la industria y de la agricultura patrias, es el pan del pueblo, el pan de la fábrica, el pan de la pobreza... Rudas faenas logran ganarlo; sudor de nuestras frentes lo amasa; pero alimentando el cuerpo, llena la conciencia al mismo tiempo de una santísima paz inviolable... A la noche, bajo los techos de las bohardillas, cuando la lluvia...»

Así se deslizaba el panegírico de la borona, escurrido de la pluma enloquecida, lustroso, resfregado de nuevo, tocando los platillos y con porta-hachones al frente; y en carrozas de estilo pasaban después alegorías de instituto, con diademas a lo fadista y vientres destripados de crines, retórica que más de tres siglos hacía figuraba ya en cortejos de igual pompa, elogios de sabios muertos por ejemplo, introitos de informes sobre los arrozales, programas de partido político, encabezamientos de testamento y no sé qué homilias de Cuaresma. «¡Oh, pero ese pan nos viene transfigurado cuando es legítimamente ganado y manjar alguno de príncipe, por delicado que se antoje, podrá igualarle en saludable influencia y excederle en exquisito sabor...» Precisamente este trozo comprometió la buena suerte de la solicitud por dejar meditabundo a nuestro rey Me-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

nelao. ¿Con qué exquisito y magnífico de sabor, eh? Y así cavilaba él bajo los baldquines de su trono, metiendo los dedos de los pies en holgadas babuchas de cañamazo.

—Los cocineros del palacio van agotando sus arsenales de recetas sin que hasta hoy les haya podido manifestar por sus méritos mi real satisfacción... ¡Ahora que estos funcionarios nunca han de hacer angulas a mi gustol... Y yo que siento positivamente un flaco por estas vasallas de caldereta... ¡Oh, los cocineros! ¡Condecorarlos fué perderlos!... Desde que brilla en el pecho del jefe la encomienda de los *zoilos verdes*, va la corte notando decadencia en los *fricasses*; y por mi Santa Patrona que era un pedazo de mijo aquel trozo de gallina que ayer nos sirvieron en la comida de gala... También es verdad (añadió bruscamente metiendo las manos consteladas de anillos por los agujeros del manto) ¿cómo han de interpretar gentes groseras el paladar de un príncipe?... Vienen todas de muy abajo para hacer un arte—y concluyó despacito—de comer... El que más sirve a mi satisfacción aún así es el cocinero de la hacienda... Pero me hace almorzar contribuciones en sangre, casi crudas, de forma que para comerlas me molesto mucho en quitarles de encima las pieles de contribuyentes, que siempre vienen agarradas con la violencia del embargo... El caso es que me estropean el estómago y voy estando obeso y blanco como una abadesa... De concejales y tenderos rotundos podrán decir los maldicientes que me traen en la barriga; pero sobre esta panza esferoide ¿qué

irán a conjeturar sino que ando aquí dirigiendo el tesoro?... Una tristeza poética le empañaba la faz de castrado... Dijo lentamente algunas veces, partiendo las palabras como quien las expurga de sentido: «...amasado con el sudor...» Casi estuvo esbozando un gesto de enojo, recordando picapedreros innobles, incrustados de fango como animales de estercolero y sudando bestialmente, que días antes había visto en una calle, encenagados en el trabajo como cautivos en la ergástula; pero continuó: «...Manjar alguno de príncipe, por delicado que se antoje, podrá igualarle en saludable influencia y excederle en exquisito sabor...» Dijo entonces para sus adentros:

—¡Es tal vez bueno para la diabetes ese pan celestial... ¡Y yo la sufro!...

Estuvo sin hablar un rato y royendo la uña grande con sus dientes caninos de lobo, irguió majestuosamente el rostro en la crispatura de quien cavila; aquel rostro histórico y rígido que la pragmática ordenaba en las caídas de ministerio...

--Pues voy a probar pan con sudor, a ver qué tal sabe... ¡Mayordomol...

Un genízaro rapado con navaja, grandes cuellos apuntalando el cerebelo, librea dorada con borlas de relieve, y vastos surcos apopléticos en el rostro, levantó los cortinones, haciendo acto continuo con la cabeza un arco de ciento ochenta grados. El rey quedóse diciendo:

—Que prometiese algo a los del memorial, todo incluso, pero oiga... para el año que viene. Si les gusta la música, la banda toca el himno allá abajo

## L A C I U D A D D E L V I C I O

en el patio... Pero por mi espontánea voluntad no he de invertir el lucro de mis rimas en beneficio de las clases hambrientas, ahora que tanto exaltan el pan, primero ganado y después comido. Sí, dígales que iremos al *Te Deum* en la catedral si las cosechas fuesen buenas, que intentaremos no aumentar la lista civil, ni autorizar aumentos de impuesto más del duplo de los que están en vigor... Mire, mayordomo, ríase con ellos, pobrecitos, que lo pasan mal según infiero y son fieles y pasivos vasallos, conforme afirman en su memorial de tantos del corriente... En cuanto al dinero, sí, tenemos pena, verdadera pluma de pato (1); pero bien lo vé el mayordomo, el dinero tiene un destino, ¡oh, sí! un destino muy noble y ejemplar... Lo que vamos es a comprar harina, sudar el sudor del trabajo que dicen ahí ser tan amargo y sublime y con estas dos cosas amasaremos pan de que nos iremos alimentando ellos y la corte...

El mayordomo, atónito, sin atinar con palabras de respuesta, estuvo lívido de asombro algunos momentos; y jadeaba dentro del uniforme como un gran crustáceo en su concha.

—Pero, soberano señor, aventuró con miedo de ver el proyecto realizado; ¿qué va a ser de Vuestra Majestad con semejante régimen?...

(1) Para entender bien el sentido de esta frase he de decir que Fialho hace un trocadilho o *calembour* con las palabras *pena* (dolor, pena en español y también en portugués) y *pena* (pluma). *Temos pena, sim, verdadeira pena do pato...* La frase así entera en portugués tiene sentido cómico con el juego de palabras que al pronunciarse suenan igual; en castellano pierde ese sentido.—*N. del T.*

—Tranquilízate; seré fuerte como un hércules...

—¿Qué va à ser de la corte tan anemiada aún comiendo a dos carrillos?... ¡Forzada se verá tal vez a traer lunch a palacio, Jesús y María!... Y baja en los géneros ante semejante abstinencia; los salmones que mi suegro provee, sin demanda, pudriéndose por ahí; la fruta que suministra mi yerno, desamparada; mi cuñado, proveedor de vinos, quebrando como un malvado vil; y mis sobrinas gallineras y mi hermano con mercería (1); y mis compadres, primos y primas!... ¡Ah, perdidos todos, deshonorados, abandonados, y encima de todo eso, Vuestra Majestad no podrá sobrevivirles con pan seco!...

Y el desgraciado, en una tremenda desesperación, arrojaba llanto sobre los mosaicos del salón...

—¡Pobre mayordomo!... Ahí está uno que me adora sinceramente, dijo el rey conmovido...

Y comenzó la más linda oda sobre la amistad, dedicada a su servidor; inexorable, sin embargo, en el ansia de pan con sudor y blandiendo el cetro con entrecejos merovingios...

—Sí, he de comerlo, clamaba por todo el palacio.—Mi honra está en eso empeñada; que los grandes ejemplos deben partir de lo alto. ¿Quiere virtudes en el trono mi pueblo?... Voy a ostentarlas. Y si muero en la contienda, los cronistas podrán decir: fué sobrio y poeta, llegaba a roer pan duro como los perros, pero deja versos que darán envidia a los

---

(1) Adviértase que en Lisboa las *mercearías* son los equivalentes de nuestras tiendas de coloniales y ultramarinos.—*Nota del T.*

## LA CIUDAD DEL VICIO

mayores genios... ¡Pobre diablo, convenimos en ello; pero gran rey!... Ahora me toca sudar...

Fué desagradable, muy desagradable al populacho, la negativa del dinero implorado... El hambre asolaba toda la nación, desesperando a la cañalla ruín... Venían trigos de luengas tierras a precios fabulosos, por haber sido mezquinas las recolecciones; sucedíanse los robos, las quiebras fraudulentas, los adulterios y los suicidios... En los cargos que pagaba el Estado afluía toda suerte de fraudulencia ignorante o descarada, sorbiendo los dineros en razón inversa de los servicios y de los méritos...

A veces, cuando alguno de esos se elevaba por cuatro discursos retumbantes y media docena de hábiles intrigas, una farándula de adeptos venía a rodearle, de pronto, a proclamarle jefe enfáticamente en los periódicos, a jurar que él era el más eminente de los amigos y el más probo de los compatriotas; y así se formaban pequeñas cortes ambiciosas, con los ojos inyectados a la mira del día propicio; en que, llevando la derrota a las facciones contrarias, pudiesen con la garra corva, y los maxilares voraces, trinchar en lo que de alimenticio aún quedase en ese esqueleto de nación... De los bajos fondos de la masa veíanse surgir de repente criaturitas mozas talladas en cuña, desconfiadas, moluscoideas y escurridizas, que ya en el ocaso de mocedades subterráneas y sospechosas, agujereando, sucesivamente agujereando, conseguían en la flor de la celebridad asaltar por fin, con los cuernecillos en ristre, alguna posición culminante... Y sordos mineros

exasperados por la vileza de largos años hambrientos, aparecían cierta mañana de ministros sin que nadie supiese de qué modo, directores generales, primeros magistrados, poderosos banqueros, jefes de la situación; y preguntábase, sin que nadie supiese responder, de dónde venían, cómo habían podido imponerse, qué plan de conducta iban a seguir o por qué tenebroso hilo de imaginación y egolatría se lograban incluir en el circuito áureo de la riqueza, de la evidencia y de la gloria...

Realmente, en una raza de cobardes, ponían escalofríos tales audacias de vampiros y la ignorancia y la cuquería públicas retrocedían cada vez que las embestia violentamente alguno de esos insaciables roedores... Muertas las actividades, empobrecidas las familias, asolado el país por las cuadrillas de aventureros políticos que, en las ruinas de las instituciones, se emboscaban a saquear cuanto pudiesen, el hambre del pueblo pronto recorrió la gama tendida entre la humildad y la amenaza, por no tener más que perder...

Si acontecía declararse la guerra entre facciones adversarias o en el seno de una facción, tremendas revelaciones de infamias cometidas causaban un pánico general. Entonces se venía a saber cómo había sido pagado tal tráfuga, cuánto costaba tal empréstito, o lo que percibía tal funcionario. Por esos desgarrones de fe traicionada o de lealtad desmentida, la mirada penetraba en las catacumbas de la bancarrota, de cuyos pilares colgaban ahorcados, verdinegros, los cadáveres de la honra y del brío.



## L A C I U D A D D E L V I C I O

nacionales; ¡y tenía visiones de tremendas catástrofes!... Después rumores siniestros en fotoesfera a cada lúgubre episodio, fondos falsos de calumnia, libertinaje y crimen, ciñendo en espirales ciertas reputaciones venerandas en el extranjero y engolfadas por millares en la podredumbrel... Semejante desorden rompía los resortes del juego cosmómico en la vida de la sociedad y de la familia; la buena fe se desvanecía; moría el crédito; cada cual en una desconfianza eruptiva miraba de soslayo a todo el mundo, extraños, parientes, hermanos de armas, pensando lo contrario de lo que se les afirmaba, mordiendo los labios en un sarcasmo furioso, y con esta idea vibrando puñaladas sobre quien quiera que se aproximase a ellos:

—¡Tú me engañas, ladrón!...

Como en la lúgubre era feudal, el mucho sufrir pervertía las facultades; los locos y los maníacos se contaban por millares, había en el dibujo de las cabezas predestinaciones de patíbulo y esa melancolía negra de mochuelo, que viene de los estados enfermizos, roídos por un dolor moral. Porque la ruda batalla de la vida que todo lo exacerbaba, iba alterando en paso igual la fisiología rítmica de los grandes centros, haciendo hasta exagerado y falso el testimonio de los sentidos; de lo que daban prueba los restos de literatura o de arte que aún había resistido, a pesar de las apatías dominantes.

Así no eran raros los que, vencidos de tedio, morían maldiciendo de todo; los que emigraban para no volver más; los que se reducían a la condición

de inmundos animales; y los que, en sectas informes, despreciablemente destrozados, perseguidos, vagabundos, por todo el país predicaban absurdos y desvaríos...

En el lujo de los ricos, notas de extravagancia insolente daban la medida de iguales desarreglos... Las mujeres ceñíanse los vestidos con relieves impúdicos, imitando en los cortes figuras de peces, mariposas y aves, en un charivari de colores vivos y contrastes de gustos de tribu caraiba. En esta agonía de raza temblona, sin conciencia ni vigor, si la negativa de Menelao hizo mal efecto, la noticia del pan amasado con sudor del trabajo, y después comido en palacio, parcamente, pobremente, como en la choza más fría de un mendigo, lejos de ser mirada como grotesca, ensalzáronla como ejemplo de la más sana filosofía... entre esa gente. Menelao subió más aún en los grados de estimación...

Cuando por todas partes se difundió la noticia de que el monarca, en un impulso de heroica bondad, pretendía comenzar a vivir de las ganancias de sus aptitudes particulares, el pasmo de la masa fué extremo por pensarse que la amplitud de este capricho llegaría a la donación voluntaria y generosa de todo lo que el rey anualmente acostumbraba a chupar de las ubres de la nación... Tener rey gratis; he aquí el pensamiento dominante en ese país de hambre... Y la leyenda transfiguraba la figurita regia, en un Me-

## L A C I U D A                      D E L   V I C I O

sías de extraña pureza. Hasta se formó un partido político entre la juventud culta teniendo por programa un pedazo de corona, y a guisa de programa de frugalidad de Esparta. El caso, lo lanzó a un gallofa de épica más bendiciones y coronas se ornaban pintadas de Menelao coronado como un Dios de fama brazos mostrando su bondad. Y de repente boca, dejando a los ojos que el Rey había en una de sus quinientas de la era nueva que darían el cuño de la moneda por ventura un las clases y el pueblo. El teo de la buena costumbre pescadero descalzo distas de su condición viera cuenta, peluqueros sejeras escotadas majestuosos dignos dispensar la *toilette*

(1) *Saloios*, dice F. de...  
ción, pues se trata de...  
campesinos de los alrededores  
los mercados de la ciudad

abnegación sin precio. Hasta se formó un partido político entre la juventud culta teniendo por programa un pedazo de corona, y a guisa de programa de frugalidad de Esparta. El caso, lo lanzó a un gallofa de épica más bendiciones y coronas se ornaban pintadas de Menelao coronado como un Dios de fama brazos mostrando su bondad. Y de repente boca, dejando a los ojos que el Rey había en una de sus quinientas de la era nueva que darían el cuño de la moneda por ventura un las clases y el pueblo. El teo de la buena costumbre pescadero descalzo distas de su condición viera cuenta, peluqueros sejeras escotadas majestuosos dignos dispensar la *toilette*

o cual es traducible por aproximación local. *Saloios* llámase a los mercados de Lisboa que surten de víveres  
*Nota del Traductor.*                      \*

## F I A L H O D ' A L M E I D A

campesinos llevarían sus gorros de borlas, las planchadoras sus capotes, los mendigos su piojería accesoría... ¡Nada de ceremonias, buena sociedad, nada de ceremonias!...

Solamente como preventivo contra expansiones del temperamento cálido se daba el consejo a las damas de no llevar brazaletes, collares o cualesquiera adornos de precio; se pedía a los agraciados con veneras no traer placas incrustadas de brillantes, sino simples cintas pequeñas, simbólicas de la orden a que estuviesen adscritos; se esperaba de la caballerosidad de los señores ladrones, durante esos días, la suspensión de escamoteos a las bolsas y pañuelos de sonarse a que por descuido eran dados, (¡bien poca cosa!); como también se pedía a los asesinos el obsequio de divorciarse, por igual período, de sus navajas. No por temerse desaguizado, que era bien conocida la fina educación, elevado carácter y alto nacimiento de tan flamenca tropa, sino porque los ardores de la sangre nacional hacen excitable el brío; palabra saca palabra; figurón boquiabierto está pidiendo santo empalme con el reloj; y de ahí, como una persona es frágil, sin querer, alguna vez... ¡En fin, nunca confiarse!.. Tanto más cuanto que las fiestas ofrecían manjares de la mejor confección, frascos de vinazo gratis, pan blando, la bella habichuela, y en la noche cerrada ...¡adiós señores!, con unas mozuelas, sálvese quien pueda...

A cada poeta era permitido declamar trechos alusivos a la obra de la regeneración que se iba a emprender, habría laurel para los célebres y expertos

## L A C I U D A D D E L V I C I O

y Menelao mismo hacía intención de leer un fragmento de gran efecto. Después de los banquetes, danzas nacionales, fuego de artificio;—¡con todos los diablos, qué magnificencia!—decían todos por todas partes.

Pero mientras tales alegrías vehementes se expansionaban así en los clubs de los descalzos, extraordinarias batallas se libraban en palacio, indómitas, torbellineantes, entre Menelao que se obstinaba en democratizarse al último límite en aquel paseo proyectado a las huertas, y toda la soberbia corte avergonzada de semejante gatuperio...

Porque al fin, si el monarca descendía del solio a fandanguear con patulea de chaqueta y bocamanga, la ilusión óptica de la Majestad quedaría perdida del todo, en vista de que ella consistía en la persuasión general de que el Rey por forma alguna podía ser un hom.brecito a semejanza de cualquier otro, sino una especie de semidiós como el Mikado japonés medio místico, medio incomprensible, medio velado, y siempre complejo, vibrando miedo en derredor de quien se aproximase, participando de las propiedades de la tromba marina, teniendo los relampagueos de centella eléctrica, y en comunicación con los grandes espíritus errantes de la sabiduría, de la fuerza y de la justicia... Desgracia sería si algún vasallo sintiese su voz de ronquido, le viese la caspa, le llegase a suponer forma y naturaleza ordinaria, o en el gran pólipo de la real patata, (I) vi-

---

(I) Aquí Fialho emplea *batata* (patata) por sinónimo de cabeza.—*N. del T.*

niese a contar haberle notado granos purulentos como en la calamocha del más fantiaco general retirado... ¡Ah, siendo así, la maripúa estaría perdida!... ¿Qué iría a ser después de esto, del extraño nimbo, vetusto y terrorífico, de la vida realza superficialmente dorada; qué respeto inspiraría ella, cuando el mujeriego tocándole en los dedos del manto reconociese al punto que eran de algodón y poniendo los ojos en los borceguíes de los del príncipe, entreviere riendo por una hendidura, en la prominencia de los callos, algún prosaico juicio de calcetines?...

—Cautela, mi primo y soberano, cautela,—había dicho el Marqués Fulgencio muy empaquetado en una cabellera empolvada y profusa, asestando el *lorgnon* con refinamientos pertinentes.—La experiencia de estos mis años me manda advertiros que el pueblo imagina a los monarcas por las efigies de las monedas y sellos, creyendo que sólo tienen cabeza y de relieve... Conozco a fondo la predilección que dáis a la angula y de sobras tengo mostrado cuánta benevolencia me inspira esos pequeñitos libertinajes de paladar... Sois mazo, sabéis evitar la acedía por el bicarbonato... Desde los árabes, ya nuestra familia cubre con su gran apetito aquellos animalillos filamentosos; hay incluso en el blasón de nuestra casa una caldereta de angulas en campo de plata ¡qué demonio!... Pero si por ellas os metiéseis a fondo en el banquete que intentáis, la plebe vería que tenéis intestino, al contrario de los dioses... ¡Y el vinazo (1), precioso soberano!... En nuestra familia,

(1) El *carrascáo* que nombra Fialho es el vino de las tabernas ordinarias, el equivalente de nuestro peleón plebeyo.—Nota del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

este zumo dá alas a la lengua, principalmente siendo por cuenta del labrador; más acordáos que los Secretos de Estado deben ser inviolables...

Pero el rey permaneció aún inflexible, hasta impaciente y disgustado por ver que no le seguían en el único sistema de restaurar el amor de su pueblo y proporcionar completas pruebas de cuanto él sería capaz de sacrificarse por la felicidad de los súbditos...

Todos los medios de persuasión ya agotados, el Ministerio de los ancianos venerables, que siempre se encaprichara en imponer su credo de rutina, secular y bárbaro, a las pasividades deprimentes de la corona, juzgó digno pedir la dimisión; el Marqués Fulgencio, que había ido a un rincón a refregar los párpados arrugados de cínico, con cebolla, volvió llorando ante los borceguíes del primo, pidiendo morir allí antes que transigir; y como urgía un profundo golpe político, fué llamado el partido nuevo y brotaron las reformas, comenzando por los tres días de fiesta y reconciliación general, conforme el programa trazado...

Apenas publicado este programa, violentas sobreexcitaciones tetanizaron la ciudad; nadie quería creerlo; el comercio tuvo miedo, se pusieron de luto los nobles, y el resto reía en farándula y comilona descomunal. En vano las clases altas mandaron diputaciones, en contraste con los caprichos del monarca, haciéndole sentir los peligros que había en una popularidad jugada de tal forma...

—Mi primo y soberano, las tradiciones de nues-

tros mayores...—aventuraba el Marqués Fulgencio.

—Las provisiones de mis parientes están atrasadas—decía lacrimoso el mayordomo.

—Las prosperidades de esta gloriosa nación,—se puso a decir el alto comercio.

Y Menelao impaciente, dijo:

—¡No, no, no!...

Se apeló a la religión, y vinieron los grandes mitrados de largos parajes, a implorar a su vez... ¡No! El mismo poeta favorito que veía amenazado su pasto vigorizador a la mesa de los cuarenta cubiertos, recibió en el rostro muerto una negativa formal...

Y los periódicos clamaban:

—¡Estamos sobre un volcán!... ¡A las armas!...

Pero ¡qué armas!... El populacho que hacía los motines e intimidaba a los poderes estaba del otro lado. Y las fiestas tuvieron lugar, apareciendo los ministros con túnicas amarillas y el rey con ramas de laurel en el cráneo y ricas sandalias cubiertas de zafiros y perlas...

Para llegar a la campiña donde estaban puestas las mesas del festín, atravesábase el gran lago, tranquilo y magnífico como un Mediterráneo. Era en tiempo de Mayo; el cielo tendía como un toldo de montaña a montaña y de horizonte a horizonte; entre oasis de palmeras, cedros, baobabs y arenales ondulantes, pequeñas aldeas reían sobre las aguas, entre revirivuelas de palomos e inviolables cigüeñas blancas, sagradas en el país. Violentas reverberaciones de sol henchían la marina toda de aristas refulgentes, verdores de juncales entre los islotes



## L A C I U D A D D E L V I C I O

perdidos, húmedas masas de bosque en cuyos misterios extáticos dormían formidables túmulos de héroes y reyes bárbaros, sacudiendo de las varandas derribadas alfombras de hojas y cascadas de flores...

Encastillábanse en derredor titanescos escenarios de serranía astillada, convulsiva, áspera, color de lila en los recodos a la sombra, azul en los aspectos medio luminosos, y roja o color de rosa por los espinazcos donde más vivas lucían las incidencias del sol; y más lejos, cada vez más, en las últimas escarpaduras de silueta apagada, fingía obeliscos de nieve, enormes, en un centelleante cristal de facetas en flecha... Entre los despeñaderos a pico, por la vertiente de los desfiladeros, donde cabritos monteses de cornamenta demoníaca balaban, los comensales cubríanse con sus sombreros de fieltro, grotescos como clowns, repicando al viento carillones fantásticos de campanillas... Entonces en un gran torrente escarlata, esculpido de quimeras de oro, dragones alados, perros de Fó con cetros en la pata, el rey en medio de sus ministros, bajo tiendas de púrpura y ramos de olivo, atravesó el lago en las asas de los remos, como en un fin de magia, apoteósico, encaramado, entre barcazas donde la turba se apiñaba para saludarle al son de cántigas, que las guitarras repicaban bajo las uñas de los bufones, en acompañamiento a las rimas extraídas de la real metrificción... Bebía el rey por copas de forma antigua, como leyerá ser uso antiguamente, el vino que unos

negritos vertían desde lo alto, rojo del color de tierra, en bellas ánforas labradas de mascarones y relieves. Gritábanle muchos:

—¡Deja probar, oh reinantel...

Y vengan risotadas en la multitud...

Las barcazas llevaban a quien hubiera querido entrar en ellas; gente de azar, gente de trabajo, mal vestida y grosera. Menelao, con su túnica de lino, en medio de los ministros, con su barriga prominente y amplia, donde las puntas de sus dedos apenas podían cruzarse, figuraba así, coronado de verde, de estas gallinas crudas, expuestas en las mesas de comidas sobre ramilletes de salsa: y en la popa del trirreme un menestral repetíale las propias composiciones...

Venían de camino por esta y aquella aldea y más gentío en lanchones llegaba a engrosar la escuadrilla.

—Padre,—decían pequeñuelos de nariz respingada y faz de cobre—el rey se suena a las mangas como la gente.

Mujeronas de greña revuelta, piernas desnudas, velludas, pasmábanse de que el Rey no fuese de barro, como los ídolos de la parroquia...

Y evaporado el encanto comenzaban las desilusiones; hasta que atracaron a un desembarcadero pintoresco donde colonias de algas tendían hacia la roca suplicantes manos de azotadas; y la turba, aullando, cantando, blandiendo mazas, agitando las plumas de avestruz de los sayones, haciendo tintinear brazaletes de bronce en los miembros y collares de dientes de los enemigos vencidos en singular cóm-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

bate, iba desembarcando en desorden, con el arco al hombro, las flechas a la cintura, a saltos sobre las frescuras de la arena blanda y salada. De pie sobre el trirreme, iba el rey pasándoles revista, perezosamente, asqueado del hedor que exhalaban, preguntando si el pueblo era aquello y en fin de cuenta ya diciendo mal de su idea...

Nadie de la corte le había querido acompañar, ni el menestral, ni el Marqués Fulgencio, lo cual amargó su benévola alma de niño, pueril, desequilibrada, sin firmeza, al mismo tiempo hidalga y pusilánime... Lanzado en plena campiña, el banquete tenía simplicidades de menú, de tal manera rústicas y nutritivas que la gente de pies descalzos comenzó pronto a murmurar, en una rabia de hambre estimulada por las emanaciones del lago... Para embuchar un bocado de pan con medio litro de vino, no valía la pena salir de casa y mucho menos de la ciudad; ¿qué diablo de rey era este pelagatos que no se explicaba al menos con dos dedos de ternera?... Los gritos de ¡carne, carne! pusieron sobre aviso al monarca; fué forzoso mandar degollar los bueyes que había en los establos de la granja... Como los cocineros del Palacio, orgullosos de su ciencia y de su jerarquía, no habían querido embarcar, los convidados, arremangándose y blandiendo cuchillos, decidieron hacer ellos mismos la cocina... Y la romería ganó con estos episodios de efecto imprevisto, desórdenes, carniceros, alegrías feroces de gula insaciable, como en una caravana de nómadas...

Por toda la planicie, encendían hogueras, subían a

los árboles para cortar leña, degollaban y abrían por el vientre corpulentas reses colgadas en los ramajes del pinar; entre las cabelleras viscosas de los matorrales, en la exuberancia de las hierbas, aquí y allá, veíanse salir mujeres en busca de agua, llevando cántaros a la cabeza; por detrás de las rocas, en los macizos acebuches de romero silvestre, de lechos de campanilla, de malvavisco y de trébol, lánguidas parejas irrumpían so capa, arreglándose furtivamente las ropas en el desorden del amor compartido. Y Menelao, paternal, refregaba sus manos prelaticias gruñendo:—¡Ah, so picarones, suena la hora de aumentar población!...

Abriendo pipas que sin cesar chorreaban, otros bebían por grandes escudillas, con los ojos turbios y la cara congestionada, arengando con la oratoria de las tabernas y de los mercados... Pero el olor de la carnaza asada entre dos piedras, que comenzó a derramarse por el campo, trajo los primeros desenfrenos del apetito; los gritos y aullidos redoblaban; grupos de gentío, dando vivas al Monarca, agitando ramos y harapos, iban en danzas de *La Africana*, medio obscenas, medio bárbaras, delante de la tienda regia, desenrollando serpientes con amplias perspectivas, en una zambra (1) de remolinos y berri-dos, a los que se mezclaba el bajo sonido de los pies

(1) No quiero traducir literalmente la palabra que en este párrafo—como en algún otro de pasaje de este libro—emplea Fialho d'Almeida—«charivari»—porque es un galicismo imperdonable, que tiene su equivalencia en cencerrada o zambra, aunque podría autorizarme con *Azarin*, que así tituló uno de sus primeros libros.—N. del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

descalzos en el suelo. El festín comenzó en la hierba, debajo de los pinares, aquí y allá, desordenadamente, con aglomeraciones de gruesas hembras, lavanderas, dueñas de taberna, señoritas de arrabal, encantadas de arengar en presencia del Rey, en el caló oficial de sus maestros...

A título de ejemplo, Menelao se había impuesto el deber de comer solo de aquel noble pan sudado en las lides del trabajo, heroicamente, tan sabroso y reconstituyente, según rezaba la petición que los populares habían hecho. Y por simple placer de agradar, iba manducando a grandes bocados ese pan negro, salobre y macizo como argamasa que sabía a tierra y a bazofia. A veces, la droga traía a la boca un respingo de acedia, lágrimas involuntarias brotaban de sus ojos violados, mientras el pueblo murmuraba: ¡Está conmovido, granujal... Queriendo reaninar al monarca, los del pie descalzo tomaban libertades de ocasión, dábanle abrazos en pleno vientre, proponíanle jugar al escondite, o en lo mejor de los callos, le iban soltando con los zapatones herrados pisadas aplastantes, mascullando brindis con voces de vino, en un chapotear de insolentes cordialidades... Al mismo tiempo (y más esto le apenaba) oía él los versos que compusiera en noches inspiradas, repetidos por bocas vinosas, corrompidos en el caló popular, intercalados de risas y de facecias y le entraba un disgusto del fúñobre reinar sobre tal casta de hombres... ¡Fulgencio tenía razón, tarde reconocía esto el pobre Menelao!... Pero era forzoso aparecer alegre, aun respondiendo a

brindis que, en vez de lisonjear su divina persona, la estaban ultrajando más y más...

Con una risa lívida marmorizándole la boca contrahecha, esbozaba gestos que bruscamente se quebraban en un asco, respondía palabras incoherentes; y por las fauces de la canalla veía desaparecer los últimos barriles de vino. Llegó la noche; en las somnolencias del campo los grillos acribillaban el silencio de chirridos y como lámparas encendidas para una boda, ya las estrellas colgaban en la tienda palpitante de los cielos... Blondas traslúcidas de encaje de neblina subían del lago, condensábanse, subían más, ligeramente, apagando en las sierras la escotadura de los desfiladeros y confundiendo bastiones de roca con las torres ásperas de las iglesias; pues a esa hora aún, tumbados por debajo de los árboles, los del pie descalzo bebían o rodaban en los brazos de sus damas... Y como el Rey quisiese regresar a su palacio, muchos se oponían, le rodeaban, y le decían: «Un poquito más, amigo rey, por quien es»... y le apretaban el cerco en derredor como una cuadrilla de rateros. La retirada casi fué una evasión, pues todos querían embarcar en la trirreme; muchos, tambaleándose en zigs-zags, golpeaban en el hombro de Menelao, diciéndole: «Hasta siempre, camarada... Arráncate con un cigarro»...

Y el rey sentíase empachado por la borona comida, sentíase asfixiar pausadamente, crecíale el estómago dolorido, y sudores de angustia helábanse empapándole los cabellos en las sienas... Tarde llegaba su

## L A C I U D A D D E L V I C I O

arrepentimiento de haber transigido con el populacho y de haber abdicado del orgullo dinástico que mantenía a distancia a esa vil raza de *fellahs*; había olvidado que la realeza, como la madera agusanada, dura podrida mucho tiempo mientras no se le toca; su travesía por el mundo de los versos había sido ridícula; queriendo vivir del triste pan de las cabañas, había sido idiota...

Y como esponja embebida en líquidos, se le hinchaba en el estómago aquel pan negro comido, desmedidamente, furiosamente, obstruyéndole con un peso de metal que se hiela y se inmoviliza... Para hacerle desembarcar, los ministros le sirvieron de angarillas porque el rey no se podía mover; y detrás la turba, desmelenada, clamaba y mugía a la luz de los hachones, en la alegría indecorosa del vino...

Rojas claridades descubrieron entonces los muelles apiñados de burgueses, con el sombrero sobre

los ojos y las manos en los bolsillos, riendo en voz baja unos con otros, y volviendo las espaldas cuando pasaba el cortejo... A veces, del corazón de las tinieblas irrumpía una frase cruel, que instigaba públicamente al escarnio, incitando a la rebeldía; oscuridades espesas llovían de las embocaduras, hirviendo en rumores de amenaza; y súbitamente, al atravesar el barrio noble, —Babilonia defachadas álgidas, tejadillos lúgubres y torres roquizas con gradería carcomida —Melao vió bien que estaba perdido... Ni una luz en las fachadas ni un viva en boca de las familias patricias, que le veían pasar con la turbamulta de los descalzos... Y su boca escaldaba y el estóma-

go le crecía más y más y sus labios blancos murmuraban en una aflicción de empacho:—¡Mi reino por una botija de Sedlitz!...

¡Ay, pobre Menelao!... Había querido digerir el pan ganado con el trabajo, como si de tal fuese capaz su estómago de ocioso, delicado, señoril, dispéptico, a quien una ascendencia de pompa, costumbres galantes y placeres había educado solamente para vivir del pan de los demás, y he aquí cómo pereció de indigestión el buen Rey Menelao, tan querido de su pueblo, que todos los años, aun ahora, lleva luto en el día del aniversario de su muerte; y antes de él seis meses nadie trabaja de pena, lo cual ocurre también en los seis siguientes a pesar de ser muy laboriosos todos los habitantes del pequeño país de las francachelas... Para colmo de poca suerte, murió sin admirar la rica palma de cáñamo y oro, que, en los certámenes poéticos del otoño, Mont-Real le dedicó en pleitesía a las *Hojas y Cáscaras* rimadas, premio votado unánimemente por la noble Academia de Tolosa, en la sección: *Sujet libre, quarante vers au plus* (I)...

La palma figuró muchos decenios entre las joyas de la corona; pero ¡oh fatalidad!... vino un día la República, que la hizo cortar en botones para los calzoncillos de gala del Presidente.

---

(I) Fialho, para dar más carácter a esta narración fantástica y satírica, pero de una intención tan sangrante y de una insidia tan pérfida y poco velada de asaeteo al pobre Rey don Carlos I, «el Martirizado», emplea aquí la frase francesa: *Tema libre, cuarenta versos a lo más.*—N. del T.



## XII

### COMIDA EN EL MOLINO

**E**stos días luminosos en que nos place el amor de las cosas sencillas, la comprensión y el cumplimiento de los deberes honrados, pasados en el campo y fuera de la convivencia monótona de los coches de punto, de los *meetings* republicanos con comilona, del tifus y del Parlamento, nos son particularmente agradables y nos infiltran en el organismo fatigado, partículas de salud que tornan alegre el alma, y dentro de nosotros cantan marchas colosales de poderosa instrumentación, *preghieras* de ritmo suavísimo y casto, toda una ópera de auroras y de triunfos, llena de grandes arias y sorprendentes coros... El cielo no tiene negruras, es frío y lavado el aire, con transparencias en que la mirada se embebe sin esfuerzo y el alma sueña sin pesadilla...

Tú bien conoces este estado gaseoso del alma, caro hombre gordo que me acabas de leer, cuando pasas de la calle donde moras en la *Baixa* (1) hacia la

(1) La *Baixa* es, como ya se ha advertido, la parte céntrica y elegante de Lisboa que da sobre el río; Pedrouços y Lavarrabos son dos arrabales de Lisboa en la orilla occidental del Tajo, donde hay playas que en verano frecuentan los lisboetas.—*N. del T*

atmósfera de Pedrouços o Lavarrabos. Este purísimo azul cantado desde que hay liras, tan puro de ley, que ni las emanaciones morbígenas de la poesía chocha de otros tiempos consiguieron corromper y estragar, siempre nuevo para los evohés de cada vate que llega, es el gran poema colosal, que cada uno de nosotros trata de metrificar y comprender, en el aprendizaje artístico de cada espíritu en marcha hacia el supremo ideal de bondad, de justicia y de amor...

En cada mañana que nace, por las tierras que lánguidamente el arado surcó y las primeras folículas de las mieses germinantes aterciopelan de un tono verde y tierno por los barrancos orlados de arbolillos sin hojas, espinos cubiertos de frutos rojos, maticos de romeros silvestres, tomillos sombríos, jaras, ajenos acres, retamas, mirtos, el sol vierte su pulverización de oro en una serie de musicales vibraciones, cuyo ritmo solo percibe una pupila impresionista; vibraciones por las cuales se afina la música de los pájaros en el plumaje de los nidos y el *pizzicato* de la arboleda regurgitante de savia; vibraciones que provocan lentamente el deshielo en refulgente orballo, en la concavidad de los remolinos, a flor de los cuales irrumpen croando ranas, verdinegras y amorosas, cantando también los *couplets* de su primer noviazgo de este año...

Con mi sombrero caído y mis botas de cuero crudo, sólidas y altas, cinturón prieto y chaqueta de pieles, a la hora en que los señores están digiriendo aún salsas del restaurant Silva (1) y cariños de hetaira, voy

(1) Restaurant famoso por entonces en Lisboa y que aún hoy tiene su representación en una de las callecitas que desde la Rua da Gloria bajan a la Avenida de la Libertad—N. del T.

## L A C I U D A D D E L V I C I O

yo a pie fumando mi pipa y pensando en mis barbechos por las veredas que pasan entre las hojas de sembradura, o como rojas serpientes galgan por las espaldas dorsales de las cordilleras...

Los cantos de los pardales recuérdanme sin saber por qué, un canto de ave extranjera, preciosa ave cuyo perfil etrusco recuerda una pintura exhumada de los sarcófagos de Corneto y Castellacio, y cuya laringe es un tesoro; —Mademoiselle Borghi, esa morena de ojos inteligentes y boca sarcástica, a quien Lisboa ya debió las mayores emociones y los más vivos entusiasmos...

Y a fuerza de pensar mucho en la cantora, bajo estos árboles que en voz baja cuchichean y gentilmente me saludan, como coquetas, creo que la voz de ella me llega ahogada en el rumor de las hojas que el viento besa, traída sobre los monstruos fantásticos de nubes elegantísimas, que llegan en caravanas como dromedarios dolientes, con su bagaje de lluvia tal vez; o aún comunicada por los hilos del telégrafo, en cuyo extremo Edison tuviese la bondad de enlazarlos a su sencillísimo y prodigioso descubrimiento...

En una aldea, allá abajo, en el fondo del áspero Alementejo, donde paso la mayor parte del tiempo, la raza es bella de línea, vigorosa y sobria, de una pureza y sencillez de costumbres que me encantan, y gobernándose como las tribus de los primeros días, sin conocer Ente Supremo, fuera de un viejo labrador patriarca que reparte con los más pobres, en los malos años, sus graneros... Admirable es la ignorancia serena de estas buenas almas por el resto del mundo,

y su desprecio al mismo tiempo por los artificios de otropel que infunden como una civilización tuberculosa por las villas más populosas de la cercanía; cabezas de partido con funcionarios de trescientos mil *reis* (1) levitín de botones recomidos; o pobres villorrios a los cuales la estación del ferrocarril dió pretensiones de centro culto e hidalga indolencia... El circo de montañas altísimas que sirve de *fichu* a la aldea, aisló de las malas compañías a la población laboriosa, cuya probidad insuperable es encantadora de ver... Al mismo tiempo, ¡un respeto por las mujeres, un desvelo de familia para familia, una religión poética y pagana de la naturaleza!... Las muchachas casaderas salen solas por los campos, a pelo y con ropilla corta, atraviesan las eras y los juegos de bolos, los domingos, con una confianza donairosa que es simpática a todo el mundo... A la puerta de las cabañas, grupos de hembras cosen y cantan, en una paz llena de candor... En medio de las plazas hay olivares de troncos arrugados donde se enjuga ropa... Los bueyes de trabajo, enormes, teniendo un aspecto de personas de familia, con ligeros saludos de cabeza a un lado y a otro, pasan junto a las puertas, sin guía, camino de sus corrales, a la hora de beber; o en la gran duerna de la fuente surben con intermitencias perézosas el agua que chorrea por una gotera desarreglada, mientras a sus pies, casi desnudos, colgándoseles de los cuernos, niños juegan y saltan co-

---

(1) *Trescientos escudos*, al año, que, estando el cambio a la par, son unos trescientos duros españoles, o sea el *ordenado*, el sueldo corriente de un modesto funcionario.—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

mo bandadas de novillos descuidados... Cuando se pone el astro, galvanoplastizando en el poniente claridades de fragua titanésca, y comienza a correr por debajo de los árboles una brisa refrigerante, las muchachas pónense los cántaros en la cabeza, y erguidas, trigueñas, con los ojos magníficos, la mano en la cadera, marchan por grupos, cantando, a la fuente, con regularidades, casi arquitectónicas de figura... Van adormeciéndose los campos; algún perro de alquería dá ladridos; la aldea se ha recogido a los hogares; y se forma una asamblea general en torno de la fuente, para saber cómo le fué a cada uno en la cosecha, si fulana se casa y si el burro del compadre va mejor... Los rapaces, estirados y altos, figura seca y músculos de acero, bellos adolescentes como Yalouleds argelinos, que tienen un aire tranquilo de estatuas, sacan agua para los cántaros de las hermanas y de las primas, cantando bajo los fresnos que agitan con aire benévolo sus cabelleras de follaje... Los ganados se apiñan cabrioleando con sed junto al brocal del bebedero, haciendo elegías con balidos, para expresar poéticamente sus saudades del sol... El Angelus... (1) Oscurece... Por debajo de los parrales sin hojas, unas ahora, otras después, se ven pasar las mozas en siluetas, equilibrando cantos árabes con ondulaciones en las ancas, y como llevadas en un soplo...

—¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana!...

—¿Cómo vá tu vaca, María?

---

(1) *Trindades*, escribe sobriamente Fialho, como una frase que tiene ya poder de gran evocación poética en Portugal.—*N. del T.*

—Mal, por desgracia. Desde que el buey murió, el animal no tiene cara de persona...

¡Respuesta que pinta la vida primitiva, amiga, en común, de toda esta familia animal, hombres y brutos, compartiendo iguales intereses y gozando de iguales respetos, sin distinción de formas ni de categorías, el hombre auxiliando al bruto, el bruto auxiliando al hombre y todos con derecho a la vida, y todos con derecho a la estimación, santa vida!...

Mediodía en los relojes de sol de los campesinos que varean los olivares, (¡no pueden calcular cuánta aceituna hubo este año!...) y en el estómago sano de las mozas que abajo, encorvadas sobre la tierra, cogen los frutillos negros cantando:

Tenho dentro do meu peito  
um canivete doirado  
para cortar un *pan-leve*  
no día do teu noivado... (1)

El sol es como un botón de oro pulido en el uniforme azul de lo inconmensurable (2). Subo las cues

---

(1) «Tengo dentro de mi pecho un cortaplumas dorado para cortar una flor en el día de tus bodas». Es una vieja canción popular del Alemtejo, la tierra que tanto amaba Fialho.—*N. del T.*

(2) He aquí en qué aspecto Fialho es modernista o precursor de los modernistas (simbolistas y decadentes). Se adelanta a ellos por la intuición artística y por la profusión y originalidad de las imágenes. He aquí una que indignaría a un crítico académico, como don Juan Valera, que por otra imagen semejante se indigna con Ruben Darío al hablar de *Azul*.—*N. del T.*

## L A C I U D A D D E L V I C I O

tas apoyado en mi cayado de arrendatario, y a medida que subo se me ensanchan los horizontes, como telones de fondo sucesivamente tendidos en los confines de los valles, que la luz retoca en una gracia castísima de tonalidades...

A la derecha, un molino bracea con sus brazos de aspas laboriosas, dilatadas como alas de mariposas reales... ¡Y pienso en el molino de Daudet, aquella deliciosa ruína en el fondo de la Provenza legendarial... El viento hace rugir sus cordajes y su maderamen. En derredor, todo verde, hierbas altas y húmedas, alfombras interminables que entre los regueros de los prados de heno van descendiendo, con sus ramilletes de arboleda, hileras de chopos y álamos, casitas y huertecillos, el convento en ruínas donde las corujas pían; y en el declive silencioso, el cementerio de la aldea, sin capilla y sin árboles, sembrado de puntos negros con números blancos y teniendo aquí y allá verjillas negras de sepulturas... Detengo sobre aquel cercado mis ojos... ¡Ay de mí!... De los que me vieron pequeños y me tuvieron en las rodillas, de los que jugaron conmigo y todas las mañanas me venían a despertar en un susurro de besos castos y de risotadas inocentes—¡pobres y queridos dioses de mi alma!...—muchos yacen allí para siempre jamás...

Doce campanadas en la parroquia. Los que labran y los que varean los olivares, los que cojen aceituna y plantan las cepas, páranse en la faena...

--¡*Medio día, caldera vacía* (1) es lo que se oye...

(1) *Méio día, panella vazia*; es un proverbio alemtejano popular.—N. del T.

Y en las tierras de labranza, en los olivares, en las concavidades de la montaña y en los viñedos del valle, ranchos de personas hacen rueda, cantando para comer... Biot, Helmholtz o el mismo Tyndall (1) si estuviesen aquí, iban en seguida a calcular la distancia de los cantadores por la intensidad más o menos amortiguada con que aquí llegan las voces. Yo sigo mi camino, fumando en mi pipa, solitario y nostálgico, con la nostalgia brumosa de los que nunca tuvieron suerte en la vida...

Comienza la heredad poblada de encinas, suelo cubierto de bellotas, árboles laocoónticos (2) que cuelgan cargados de frutos. Pasa la piara de cerdos, hocicando y gruñendo. ¡El cerdo hasta en sociedad es melancólico (3), el pobrecillo!... ¡Cuántos viven y mueren comiendo esa bellota harinosa, que media docena de sus hermanos felices hace bordar en oro en las golas de los uniformes de galal... Deténgome a calcular melancólicamente que por mil de estos tristes asados en familia, y expuestos a la venta por esas salchicherías, hay tal vez uno solo que llega a consejero... ¡Y ese mismo consagrado, qué monótono y tristón!... Casi siem-

(1) Notables físicos que han hecho especialización de su ciencia en la acústica.—*N. del T.*

(2) Adjetivo que Fialho forja para designar unos árboles retorcidos y como convulsos, por evocación del grupo escultórico del Museo Vaticano que inspiró a Lessing una de sus más bellas obras; grupo que conmemora la muerte trágica de Laocoonte, sacerdote de Apolo y Neptuno, que fué ahogado con sus dos hijos por dos serpientes.—*N. del T.*

(3) Linda ironía; *O suíno, mesmo em sociedade, é macambuzio coitado!*... (*Macambuzio* es más expresivo y gráfico aún que *melancólico*).—*N. del T.*



## L A C I U D A D D E L V I C O

pre copia en la corte el aire rinoceronte del Rey Juan VI, calvo, obeso, adiposo y muelle... Aún hablando en la cámara de los Pares, desde su sillón color de bronce, bajo las miradas del Arzobispo de Mytilene, (1) su voz es un gruñido nasal, bueno para repercutir en una pocilga nada más... Es el tipo del pesadote, del autor de prosa dura, víctima de flujos hemorroidales, callos, ojos de perdiz y asaduras en la región del peritoneo... Siempre que él es ministro, los artículos políticos de la oposición representan solo una raspadura de costillas..

Y en su fervor doctrinario, la mayoría a lo más que llega es a servir al país *Son Excellence Eugène Rougon*, con judías blancas (2)...

A la ventana de su molino, el molinero de gorro azul y cigarro en la boca, hízome sus saludos de viejo amigo, confesando que no me esperaba tan temprano y diciendo que estoy hecho un hombre ¡hendígame Dios!...; lo que, hablando en serio no me asombra, pues que se lo oigo hace diez años siempre que nos vemos en el campo. Nos ponemos a conversar acerca de los casamientos proyectados, de las palizas distribuí-

---

(1) El Arzobispo de Mytilene es el título de prelado *in partibus* que ostenta el Patriarca de las Indias, residente en Lisboa y que tiene asiento por derecho propio en la Cámara de los Pares.—*N. del T.*

(2) Alusión a la novela de Zola. Esta obra de Fialho, publicada en 1882, transpira alusiones a casos y obras de la época.—*N. del T.*

das desde mi última estancia en la tierra, de las esperanzas de cosechar del precio del vino... ¿Que los diezmos del año han de aumentar, por lo que se vé? Hay una cosa que él no entiende muy bien, el pobre trabajador, a quien el Estado todo lo chupa y nada da...

— ¡Una comparación! me dice con enérgico remanguero.

Que compre una criatura su puerquecito, gastar en la compra del salvado y estiércol con que lo engorda a veces una cantidad respetable, y cuando va a hacer chorizos y embutidos del animal, venga la bribona de la justicia a decir: ¡tú, el de las cabras, me corresponde a mí y venga para acá tanto por hacer matanza para la hartura de la casa!... ¡Págase por tener burro, por ser casado, por crear hijos, por pisar la tierra de Dios, págase por todo, señores!... Con un dedo descuidado apúntole, riéndome, el varapalo que olvidó a la puerta. El molinero se encoge de hombros y responde:

— Pero ¿en quién?...

Encojo también los míos, sin poder mostrarle unas costillas criminales, en un país donde todas, más o menos, lo son...

¿Si quiero comer?... No me niego, y viene a abrirme su puerta hospitalaria haciéndome penetrar en su morada, llena de sacos de harina, molinenda blanca y trigo en montones sobre las grandes esteras de palma de rigirve. La mujer extiende el mantel en la mesilla, lisonjeada por mi franqueza y orgullosa de recibirme en su casa ¡la santa criatura!... Una rubia pequeñita, de ojos espantados y bo-

## L A C I U D A D D E L V I C I O

ca húmeda, un gran perro mastín de poderosa cabeza y pelo negro, dos gatos listados y el mozo de la carga, acércanse para recibirme afablemente, para sonreirme, para jugar conmigo y hacerme fiestas...

Y todos:

—¡Esta casa es suya! ¡Es suya!... dicen el molinero y la mujer con la boca; los gatos, los perros, la pequeña y el mozo con los ojos, ¡buenos ojos sinceros y castos donde Dios refleja la suprema bondad y la Biblia del azul deja un capítulo de su limpieza!...

Comemos. Muéstranme las habilidades de la hijita que ya va a la escuela. Descubro un libro, dos libros: la *Cartilla maternal* y los *Deberes de los hijos*... ¡Qué júbilo encontrar aquí la mano que he apretado tantas veces de ese benemérito tan sencillo y tan grande (1) a quien todos nosotros, escribidores de mala muerte, unas veces u otras, vamos a oír a la calle del Salitre, a la pequeña casita donde hay niños rubios también, *Cartillas maternas y Deberes de los hijos*!...

En diez lecciones, la criatura ha hecho prodigios. Va por la mañanita en el burro, entre dos sacos de harina, hacia la aldea, toda envuelta en el chalito de la madre, los libros en una talega, la merienda en la otra, escoltada por el muchacho y por el perro. El

---

(1) Alusión al poeta João de Deus, que fué autor de esos dos libros escolares, conocidos en Portugal, hechos por encargo del Gobierno para que pudiese mantenerse con su producto. Su hijo João de Deus Ramos, que ha heredado la estimación merecida por el nombre de su glorioso padre, es hoy Ministro de Instrucción Pública en el gabinete que preside la situación Domingo Pereira (Febrero 1920).—*N. del T.*

# F I A L H O D ' A L M E I D A

mozo cantando ladera abajo las imaginativas canciones que oye en los bailes; el perro ladrando detrás de las codornices que entre regatos buscan los campos de trigos recién sembrados...

A la tarde, vuelve, hambrienta y vivaz, hablando ese lenguaje monosilábico de los ángeles, que las madres comprenden tan bien y hace rejuvenecer a las trémulas abuelitas corcovadas... Me despido y vienen todos a la puerta para decirme adiós cuando yo esté lejos... ¡Hasta más ver!... ¡Hasta más ver!... En la ribera, las chochas pululan, según me dijeron en la taberna... ¡Hasta más ver, buena gentel!... ¡Este viejo Fortunato es gruñón cuando espera, diablo!... Es preciso estar allá de aquí a una hora...

*Andrés González-Blanco*

TRADUXIT

Lisboa, 1 a 15 Febrero 1920.

FIN

## INDICE

### Páginas

PRÓLOGO: <i>Fialho d' Almeida</i> , por Andrés González-Blanco.....	5
I.—Sinfonía de overtura.....	23
II.—Los novillos.....	37
III.—Noche en el río.....	47
IV.—Abandono del palomar.....	59
V.—El robo.....	75
VI.—El hombre del violín.....	111
VII.— <i>Mater Dolorosa</i> .....	117
VIII.—Mefistófeles y Margarita.....	129
IX.—La camisa.....	155
X.—El mayorazgo.....	165
XI.—La indigestión.....	207
XII.—Comida en el molino.....	249



**COLECCION EXTRANJERA**  
DE LA  
**BIBLIOTECA NUEVA**

**LEÓNIDAS ANDREIEV**

LOS SIETE AHORCADOS (novela) ..... 4'00 pts.  
 JUDAS ISCARIOTE (novela)..... 4'00 pts.  
 LA RISA ROJA (novela) ..... 4'00 pts.  
 MEMORIAS DE UN PRISIONERO (novela)..... 4'00 pts.

**GABRIEL D'ANNUNZIO**

QUIZÁS SÍ, QUIZÁS NO (novela de amores y aviación)..... 5'00 pts.

**EÇA DE QUEIROZ**

EL SEÑOR DIABLO.. 4'00 pts.  
 PROSAS BÁRBARAS. 4'00 pts.  
 CUENTOS..... 4'00 pts.  
 ÚLTIMOS ENSAYOS.. 4'00 pts.

**ALEJANDRO KUPRIN**

EL CAPITÁN RIBNICOV (novelas)..... 4'00 pts.

**MARK TWAIN**

NARRACIONES HUMORÍSTICAS..... 4'00 pts.  
 EL DIARIO DE EVA 4'00 pts.  
 ¿HA MUERTO SHAKESPEARE?..... 4'00 ptas.  
 EL PRETENDIENTE AMERICANO..... 4'00 pts.

**F. T. DOSTOIEWSKY**  
 TRES NOVELAS... 4'00 pts.

**OSCAR WILDE**

INTENCIONES..... 4'00 pts.

**KNUT HAMSUN**  
 (PREMIO NOBEL)

PAN (nov<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> ed.) 4'00 pts.  
 VICTORIA (novela) 4'00 pts.  
 LOS HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO (novela).. 4'00 pts.

**R. L. STEVENSON**

LAS TRIBULACIONES DE UN JOVEN INDOLENTE (novela)..... 4'00 pts.

**VILLIERS de L'ISLE ADAM**

LA EVA FUTURA (novela)..... 4'00 pts.  
 NUEVOS CUENTOS CRUELES..... 4'00 pts.

**FIALHO D'ALMEIDA**

LA CIUDAD DEL VICIO (novela)..... 4'00 pts.

**J. y J. THARAUD**  
 (PREMIO GONCOURT)

DINGLEY, EL ILUSTRE ESCRITOR (novela)... 4'00 pts.

**ENRIQUE SIENKIEWICZ**  
 HANIA.. (novela) 4'00 pts.

**CARLOS BAUDELAIRE**  
 PAGINAS ESCOGIDAS 4'00 p.

**TEODORO DE BANVILLE**  
 MUÑECAS (cuentos). 4 pts.

**FEDERICO NIETZSCHE**  
EPISTOLARIO INÉDITO 4'00 p.

---

**GERARDO DE NERVAL**  
LAS HIJAS DEL FUEGO (no-  
vela).....4'00 pts.

---

**CHARLES L. PHILIPPE**  
BUBU DE MONTPARNASE (no-  
vela).....4'00 pts.

---

**HENRI DE REGNIER**  
UNA BODA DE AMOR (no-  
vela).....4'00 pts.

---

**CONDE L. TOLSTOY**  
JABSI MURAN (novela). 4 p.

**ARTURO SCHNITZLER**  
MORIR (novela). 1'00 pts.

---

**JEAN LORRAIN**  
EL BURDEL DE FILIBERTO (no-  
vela).....4'00 pts.

---

**JULES RENARD**  
EL VIÑADOR EN SU VIÑA (no-  
vela).....4'00 pts.

---

**O. HENRY**  
PICARESCA SENTIMENTAL (no-  
vela).....4'00 pts.